

MEMORIAS

del

Marques de
San Basilio

SAN FRANCISCO
THE INTERNATIONAL PUBLISHING Co.

1897

NOTA DE LOS EDITORES

El viejo dicho latino de que de *mortuis nil nisi bonum*, es tan ilógico como absurdo, pues Carlyle dijo que la Penitenciaría de los delincuentes es la Historia, y esta no reconoce privilegios, ni en los que ahora son ni en los que en un tiempo fueron.

The International Publishing Co., editores de las presentes *Memorias*, han cercenado del manuscrito ciertos pasajes de dudosa moralidad, dejando intactos solamente aquellos que á nadie dañan y ántes por el contrario encierran provechosa á la par que elocuente enseñanza.

Ménos habrá que culpar al protagonista, pues bien mirado, él no fué más de el producto de una época y no la accion aislada de un temperamento, pues como él y de su edad y tiempo aún hay muchos, pero que no han salido á la superficie social—ni saldrán gracias á Dios—en virtud de la gradual transformacion que ha sufrido México, pasando, del período embrionario y

crudo y asáz turbulento, al sereno y avanzado de las civilizaciones modernas.

Con la publicacion de estas *Memorias* creemos, más que un mal, hacer un bien á cierta clase de la juventud hispano-americana en la que, infortunadamente, los juegos de azar y los matrimonios de conveniencia, más que el amor al trabajo y á la industria, se encuentran muy arraigados.

San Francisco, Julio de 1897,

The International Publishing Co



**MEMORIAS DEL MARQUES DE
SAN BASILISCO.**

CAPITULO I

De Patitas en el Mundo.

Dos ciudades se disputan el privilegio de haberme dado la cuna, mas como quiera que yo no querría ofender á la una con detrimento de la otra, me hallo dispuesto á admitir que mi padre me engendró en Ures, Sonora, y mi Señora madre se apresuró á echarme al mundo en la bella y poética Culiacan, capital del Estado de Sinaloa.

Llamábase mi padre Luis Camonina y sus amigos le habfan dado cariñosamente el apodo de Caramocha, sin duda porque tenia media quijada hundida de un machetazo.

Nací el 8 de Septiembre del año del Señor de 1830 y se me bautizó en la Parroquia de Culiacan dandoseme el nombre de Jorge, Jorge Camonina para servir á ustedes.

El autor de mis dias tenía el oficio de carnicero, y yo pasé mi niñez chapoteando, con los piés descalzos, en la sangre de los cerdos y las terneras degolladas. Yo aspiraba, con infantil deleite, las calientes emanaciones que se desprendían de la sangre y de la carne fresca y palpitante. ¡Cómo gozaba cuando mi padre, con la camisa arremangada y el rostro colérico, hundía el cuchillo hasta las cachas en la maniatada res! El rojo líquido salía á borbotones de la herida, y en su agonía el animal ponía los ojos en blanco, especialmente los borregos, cuyas boqueadas tienen mucho de humano.

A los diez años de edad degollé mi primer carnero, y me acuerdo que mi padre, desde la víspera, que era un sábado, me regaló un cuchillo nuevecito diciéndome :

—Vamos, zaragate, veremos si mañana eres digno de llevar el nombre de Camonina.

Esa noche no pegué los ojos en toda la

noche: retiréme á la cocina, encendí un candil y me puse á afilar mi instrumento. Y al acostarme lo dejé tan filoso que cortaba la vista con sólo verlo.

Alborozado volvíme y revolvíme en la cama—digo en el petate porque en mi niñez nunca supe lo que era un lecho—y cuando los gallos comenzaron á cantar, metí las piernas en mis pantalones de cuero y salí al corral, alegre como una alondra.

Por esa época del año 40 el Abasto de Culiacan se encontraba situado en la calle de San Felipe y consistía en una ramada á lo largo de la cual las reses eran degolladas. El lugar olía á almizcle, á estiércol y á grasa.

Mi carnero balaba tristemente, pues sin duda por instinto sabía lo que le iba á suceder. Dos ó tres carniceros saludaron á mi padre ofreciéndole un trago de aguardiente, y uno de ellos nombrado Gabilondo, díjome que el oficio de matancero era el mejor y más útil de todos, y que el matar ganado era un placer del que no todos los hombres disfrutaban.

—Bá!—prosiguió Gabilondo, acariciando

los cuernos de un buey preparado para la inmolacion—es oficio que hace valientes á los cobardes, y sino que lo diga Don Pioquinto, quien en el mes pasado, y en el Fuerte, mató á puñalada limpia á dos indios pápagos.

Pero la hora del degüello había sonado: á una seña de mi padre me aproximé al carnerillo, derribéle, cogile de las orejas y de una cuchillada furiosa le abrí el pescuezo. La muerte fué instantanea, pues faltó poco para que le decapitára.

—Caramocha!—gritó uno de los abasteros —ese muchacho es el mismo diablo!

Y diablillo me sentía yo, de verdad, en aquellos momentos: el corazon latía en mi pecho, la mano convulsiva asía el arma, y todos los objetos en torno mío, animados é inanimados, presentaban tintes de escarlata.

Me he detenido en narrar ese episodio de mi infancia para que se vea cómo y cuánto las impresiones recibidas en la niñez influyen en el carácter del individuo; si aquellas son tiernas, femeninas y delicadas, somos cuando grandes compasivos y piadosos; pero si por

el contrario fueron impresiones brutales, groseras y crueles, tenemos por fuerza que ser malos, pues la maldad es una planta que florece en la mañana de la vida.

A los doce años de edad yo no sabía leer ni escribir, pues mi padre era enemigo mortal de escuelas y escolares, y decía que el alfabeto había sido inventado por los frailes con el exclusivo objeto de prohibir la carne en los días de vigilia. El no bebía, pero jugaba hasta la camisa cuando la ocasión se presentaba: una noche perdió al monte sombrero, pantalones y zapatos, y fué necesario traerlo á casa atado á una carretilla y cubierto con una manta de arriero.

Una tarde que yó volvía de casa del cura Vadivia á donde había ido con unos lomillos de puerco, encontré á dos sujetos, que venían muy de prisa y uno dijo al otro:

—Pues sí, tocayo, acaban de matar á Luis Caramocha.

Imagináos cómo me quedaría al recibir la funesta noticia: era yó muy niño para discernir las consecuencias de ese hecho, y para hablar con franqueza diré que no tenía

una brisna de afecto por mi padre; más aún así la infausta nueva me impresionó desagradablemente, y de carrera me dirigí á nuestra casuquilla. Mas al entrar, el cura Valdivia, que en esos momentos salía, cogióme de la mano, y llevándome al remolque y dándome palmaditas carifosas en la cabeza, condújome al Curato, y ya dentro, sentóse en la poltrona y sin soltarme, me atrajo hacia él diciendo:

—Jorge, acabas de perder un padre, pero tienes en mí otro. ¿Te gustaría vivir á mi lado?

—Quién ha matado á mi padre, Sr. Cura?
—le repliqué evadiendo la pregunta.

Miróme con cierta lástima, y asentandose los cabellos blancos me repuso:

—Quién? la baraja, esa Biblia de Lucifer.

Desde esa fecha existí bajo el techo del buen cura Valdivia, y si no hubiera sido por él, el Marqués de San Basilisco sería hoy un mito y las actuales Memorias nunca habrían sido escritas, de lo que se deduce que lo que ha de suceder escrito está. Allí aprendí los primeros rudimentos de enseñanza; allí, en aquella atmósfera eclesiástica, mi inteligencia

flexible cual la piel de un felino, adquirió esa jesuítica elasticidad que sabe adaptarse, lo mismo á la tragedia que á la comedia, á la pequeña intriga como al tenebroso drama; y allí, finalmente, el granuja de carnicería hubo de transformarse en el sumiso monaguillo.

Las gentes de Iglesia tendrán todas las faltas que se quiera, pero nadie podrá negarles la cualidad positiva del *savoir-vivre*, y desde el cura más humilde hasta el obispo más encopetado saben conducirse, insinuar y darse á querer, y sus maneras son simplemente irresistibles en el mundo femenino, donde suelen estar en su natural elemento. Por el ojo de la llave, yo observaba al párroco Valdivia cuando venían á visitarle las damas más ricachonas y guapas de Culiacan, y era de verse con la finura y gracejo con que él las recibía, ora departiendo con la estirada mamá en voz queda y bien modulada, ora tirando de las encarnadas orejitas á la linda polla, ya soltando un chiste que las hacía reír, ya una frase elocuente y eclesiástica que las hacía ponerse serias.

Y al despedirse madre é hija le besaban la mano, dejándole un paquetito de chocolate, de dinero, ó bien una docena de cajetas de leche envueltas en papelillos de china.

El Sr. Cura, cuando las visitas se habían ido, olía el chocolate, atesoraba el numerario en una gaveta, y despues, suspirando y pensativo, calábase los lentes, abría un libro y reclinado en el equipal y cruzándose de piernas, se ponía á leer en silencio.

Despues de contemplarle por algunos minutos yo me retiraba meditando en el chocolate y en los ojos pardos de la muchacha, y de pensamiento en pensamiento llegaba á la conclusion de que la vida eclesiástica se había hecho para mí, pues que formaban parte esencial de ella el chocolate, el dinero y las mujeres. Porque en este último ramo mi precocidad ha sido portentosa, pues que en 1843 apénas contaba yo trece años, y no obstante las fantasías eróticas principiaban á atormentarme, fenómeno que más tarde me explicó un especialista de París en estos términos:

—He notado que los hijos de carniceros,

quienes desde la niñez absorven los átomos de la materia animal, son precózmemente sensuales. Mas en usted, Marqués, el fenómeno es sencillamente de temperamento: tiene usted un temperamento mercurial.

Mis ocupaciones, en el curato, consistían en repicar las campánas, ayudar á decir misa, limpiar las lámparas y ensillar la yegua del Sr. Cura, que entre paréntesis era muy mañosa, pajarera y asustadiza. Esa yegua como se verá más adelante, fué uno de los factores inconscientes de mi Avatar intelectual y físico, y al consignar á vuela pluma esta reminiscencia, me aferro en la creencia de que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios.

La cocina curatil nada dejaba por desear en la línea de comestibles y bebestibles; la leche y el queso abundaban, y nada diré del guisado de gallina, platillo en el que no tienen rival las cocineras sinaloenses. Doña Ignacia Buelna, prima del Sr. Valdivia, le hacía casa, y tengo el sentimiento de decir que esta buena señora no me quería, y de continuo echaba indirectas en mi presencia,

diciendo que de "tal palo, tal astilla," y que quien á hierro mata á hierro muere—aludiendo á mi padre—y que los pecados de los padres pasan á los descendientes hasta la tercera generacion.

El día 14 de Octubre del mismo año, el Sr. Cura; á instancias de José Retes, de Mocorito, se dirigió á esta poblacion para bendecir una capilla que se había construido. Yo le acompañaba montado en una mula: por desgracia, en las orillas de Culiacan algunos perros salieron á ladrarnos, y la yegua del Sr. Valdivia, asustada, se echó á correr. Este no era un mal jinete, mas sucedió que la silla, flojamente cinchada, se deslizára por las ancas, arrastrando en su caída á mi Protector. La caída le quebró el pescuezo, dejándole muerto en el mismo sitio.

Al saberlo, la Sra. Buelna salió á la calle dando alaridos, acusándome á mí de la muerte de su primo, pues decía que yo no había cinchado bien la yegua, sin duda por maldad.

En un tris estuvo, esa ocasion, que yo me hubiera quedado en la calle, mas la buena suerte que jamás me ha dejado de su lado,

vino en mi auxilio, y en la forma que yo ménos me lo esperaba—en la del sucesor de Valdivia, que se llamaba René Gaxiola.

Este párroco Gaxiola, desde el instante que puso ojos en mí, prendóse de mi juvenil talante, quizás en virtud de esas misteriosas afinidades que existen entre personas del mismo temperamento. El nuevo Presbítero era un sonoreense, jóven, alto, gallardo de apostura, camorrista, mujeriego y hombre de pelo en pecho. De su valor y hercúlea fuerza se contaban multitud de anécdotas. Decíase que una noche, y á siete leguas de Ures, él y su mozo de estribo habían sido atacados por una partida de veinte indios bárbaros, y que Gaxiola, con el solo uso de su sable y dos pistolas, había matado la mitad de los apaches, poniendo en ignominiosa fuga á los restantes. En ese encuentro lidió cuerpo á cuerpo con el gandül que hacía veces de cabecilla, y se refiere que se agarró á él, y levantándole de la montúra como si fuese pluma, le quebrantó los huesos oprimiéndole con los nervudos brazos.

Andaba armado de continuo, con el ancho

sombrero caído sobre la oreja izquierda y el puro humeante en la boca.

A su ampáro, estaba yo como el aguilucho bajo el ala del condor. Y desde que tomó posesion del curato, la disciplina fué ménos tirante, y yo podía, con entera impunidad, comer carne en el tiempo de cuaresma y no se me compelia á arrodillarme ante el confesionario. Ayudaba á la misa, como de antaño, mas el Padre Gaxiola la celebraba con tal prontitud, que con frecuencia yo no tenía la oportunidad de lucir como hubiera querido mi vestimenta de monaguillo, especialmente la que tenía mangas con encajes, y que me había regalado Doña Leonardita Yzábal, una de las damas más ricas de Culiacan.

Y si parda era la moral del párroco novel, sus ideas políticas eran originalísimas y desembozadamente expresadas.

—Tú eres muy joven aún—me dijo un día —para entender de política, mas ten presente, cuando llegues á ser hombre, lo que digo ahora. En política no hay más de dos opiniones: la del que está abajo y grita contra el que está arriba, y la del que está

arriba y aplasta al de abajo. No creas en palabrotas de patriotismo y otras zarandejas y la opinion no es más de la fórmula de uno ó muchos egoismos. Para mí, tan pícaro es Santa Ana como Paredes.

Sobre religion hablaba de esta manera :

—La Religion católica es la más poética y teatral de las religiones, y los ministros de ella tenemos que ser excelentes actores. Es evidente que su dogma fué revelado y sus ritos son los más hermosos; mas esa misma belleza plástica que tiene su culto, contribuye á paganisar á sus sacerdotes. En el alto clero, Camonina, hay más enconadas rivalidades que en las esferas del gobierno terrenal. Líbrete Dios del odio de un Obispo, y sobre todo, de la enemistad de un canónigo.

De la humanidad en general decía :

—La paz, al ménos la paz individual, es un sofisma filosófico, y el estado de guerra perpétua es el estado natural de la especie humana. El hombre peléa desde que nace hasta que muere, y en toda naturaleza hay un fondo latente de monomanía homicida. ¡Qué de veces un sujeto no desea, allá para

sus adentros, la muerte de sus rivales ó enemigos! Luego en teoría, ese individuo es un asesino, y tiene que responder al Ser Supremo de ese mal pensamiento. Yo soy un apóstol de paz, mas como San Pedro, mi espada siempre cae de filo, y no sobre orejas, sino sobre cuellos y corazones.

De los bienes mundanos, solía platicar así:

—No son bienaventurados los que lloran, sino los que gozan, y para gozar se necesita tener dinero. Hemos alcanzado tiempos de grosero materialismo, y la misma Iglesia no podría subsistir, ni ser respetada, si se hallase en la indigencia. ¿Qué es lo que admira la multitud en nuestras suntuosas catedrales? Los altares cuajados de luces y de resplandecientes imágenes, la voz sonora del órgano, las casullas cintilando en dorados florones y el aroma del incienso. Suprimid el aparato, y el culto y la creencia se desplomarán como castillos de naipes. El vulgo es como Monsieur Jourdan, que pedía la bata de noche para oír mejor la música.

Con todos sus defectos, que no eran pocos, el cura Gaxiola poseía cualidades de orden

elevado, y una de estas era su inagotable caridad. En Diciembre de 1845, ganó al Coronel Vega, en el juego de brisca, cerca de ocho mil pesos, y al día siguiente distribuyó ese botín entre las personas necesitadas de Culiacan.

El me enseñó los primeros juegos de cartas y hasta hoy no he conocido un hombre más ágil en eso de hacer sortilegios con los naipes, y estoy seguro de que si se hubiera dedicado á la prestidigitacion, hubiera dejado muy atrás al renombrado Herrmann. Con un pedacillo de cera tamaño como un alfiler, hacía salir las cartas que se le antojaban y retener las que le convenia. Una noche, se sentó á jugar albuces en el curato con dos sonorenses, afamados por su pericia en la baraja, tahúres de profesion, en una palabra, y ricos además. Por mandato del Párroco, yo permanecí en la sala para servirles copas de un añejo amontillado que un comerciante de Mazatlan había mandado al Sr. Gaxiola. El juego me fascinaba, me absorbía, y de pié tras de los jugadores, observaba los más insignificantes movimientos del tallador;

derrepente, y cuando el Sr. Cura tendía las cartas en un albur de á \$500, ví que una carta desaparecía en la manga de la sotana, pero con tal sutileza y celeridad, que ninguno de los adversarios lo apercibiera. El Párroco ganó la apuesta

CAPITULO II

Mis Primeras Aventuras.

Para que los lectores juzguen mis actos con alguna indulgencia, ya he dicho en otra parte que mi carácter no se presta á los afectos sinceros y amistosos, así es que no debe maravillarse que mi cariño por el Cura Gaxiola hubiera sido superficial y transitorio. Pero ese defecto, si es que lo es, en nada me desdóra, pues que uno no es culpable de las peculiaridades de temperamento.

Así fuí creciendo y desarrollándome hasta llegar á los veinte años, admirado por las beatas que infestaban la Parroquia y mimado por las cocineras del curato, las que se esmeraban en condimentar para mi estómago

pantagruélico, los más sabrosos bocaditos. De estatura mediana y rolliza, ojos cafés y bailadores, cara llena y de téz relumbrosa, ligero bozo sombreando mi lábio, mi aspecto era de aquellos que no pasan desapercibidos entre las muchachas. A objeto de asistir á la naturaleza, me dejaba crecer el negro y rizado cabello, algunos de cuyos rizos caían artísticamente sobre la frente. Mi vestido se componía de una blusa, unos pantalones de trabuco con bolsas de oreja de perro, como les llamaban entónces, y zapatos de cuero de becerro. Y mi sombrero? El sombrero sí que era todo un poema, pues del atavío masculino es el artículo que más me ha preocupado y me preocupa todavía. Ese adminículo es la síntesis individual, el alfa y el omega del carácter, el arma ofensiva y defensiva en las batallas amorosas. Se requiere donaire para usarlo y aunque me esté mal en decirlo, confieso que ninguno me aventaja en la manera de llevarlo. Mi sombrero del año 50 era de fieltro negro, mitad eclesiástico y mitad seglar, de anchas alas y alta copa. Me lo encasquetaba á la Ruy

Blas, es decir, inclinado sobre la oreja izquierda, á semejanza de los perdonavidas de que nos habla Lope de Vega en sus cuentos picarescos. Un zarape del Saltillo, terciado garbosamente sobre el hombro, completaba mi pintoresco *tout ensemble*.

—Cuerpo de Baco! tú harás fortuna, Camonina, por la buena ó por la mala, lo leo en esos ojos danzadores, en ese lábio sarcástico, en la expresion maligna de ese semblante mefistofélico. ¡Vaya un pequeño Satanás metido en la pila de agua bendita!

Y al pronunciar esa tirada, Don René me acercó un espejo, y mi talante, reflejado en la luna, no parecía sino que me hacía muecas, las muecas que hace Mefistófeles cuando pasa con Fausto junto á la cruz.

Se acercaban las fiestas de Navidad, y en el curato, por esos dias, todo era bullicio y animacion: el cura Gaxiola, para atraerse concurrencia femenina, puso altarcitos de Noche Buena, verdaderas obras maestras de pastoril miniatura. Despues del rosario, que recitaba el Padre Ortíz, servíanse en el comedor refrescos y pastelillos, vinos genero-

sos y chocolate. De esas posadas de Culiacan tendría yo los más gratos recuerdos, sino fuera porque ellas dieron origen á una tragedia, pues no parece sino que mi existencia, como la de Medéa, está intimamente asociada con elementos trágicos.

Entre las damas culiacánas que frecuentaban asiduamente esas posadas, se hallaba la Sra. Z ***, sinaloense bellissima, alta y magestuosa como una Juno, de ojos zarcos y rasgados y cútis de alabastro. Mi patrón Don René bebía los vientos por ella, y yo notaba que cuando los contertulios estaban más entretenidos, tanto la beldad como el sacerdote desaparecían, reapareciendo al cabo de una hora, ella, con las mejillas encendidas, y él, con una sombra de melancolía en el semblante.

Terminadas las fiestas de Navidad y en los primeros días del 51, el Sr. Gaxiola, una tarde, dióme una carta para la Sra. Z *** ordenándome que la entregára á ella en propia mano.

—Cuidado con una torpeza, me entiendes?

Fuíme en derecha á la residencia de la

dama, cuyo marido, más tarde lo supe, gozaba fama de ser un Fierabrás. Llamé tímidamente á la puerta, saliéndolo á abrirla, casi al momento, una criadita de no malos bigotes. Condújome al anchuroso pátio, en el centro del cual había una fuente con un Grifo de mármol arrojando chorros de cristalina agua. Mas no bien la sirvienta se hubo alejado, cuando se presentó delante de mí un hombre, de faz carnosa y barbuda, preguntándome con voz altanera qué es lo que yo quería.

Ya podeis suponerlo desconcertado que me quedaría ante ese encuentro inesperado: mi lengua me ha salvado en más de una crisis análoga, pero esa vez sentí la lengua hecha plomo y mis piernas comenzaron á temblar. Por fin, viendo que no había escapatoria y queriendo salir cuanto ántes del atolladero, entreguéle la misiva disponiéndome á huir. Pero el bruto me había cogido de la mano, y arrastrándome, se encerró conmigo en un cuarto donde estaban las sillas de montar. Allí leyó la carta muy despacio, la volvió á leer, y á medida que

lefa, manchas lívidas aparecían en la siniestra fisonomía.

Luego, cogiendo un chicote de esos que se llaman uña de gato dióme una azotaina furibunda, y yá no sentía tanto lo récio cuanto lo tupido, hasta que mis gritos dieron tregua á los azotes. Salí de esa casa inhospitalaria como alma que se lleva el diablo, y no paré hasta llegar al curato, refiriendo la historia de mi desventura, corregida y aumentada, al amartelado Don René.

Al escucharme y durante el curso de mi narracion, el Presbitero ni siquiera pestañeó, mas cuando hube concluido, asióme fieramente de los hombros, y empujándome hacia la puerta y sin decir una palabra, echóme fuera de un puntapié. Cuando volví en sí de la sorpresa halléme en la calle, sin un *tlaco* en el bolsillo, huérfano y sin amigos.

¿Hacia qué rumbo orientarme si yo, pobre rata de sacristía, ignoraba lo que son las luchas por la existencia?

—Jorge! Jorgillo!

Dofia Josefa Dávila, el ama del cura, me llamaba desde el postigo, y cuando me

acerqué á hablarle, díjome que al oscurecer el día fué á verla sin falta. Como todas las sinaloenses, esta señora tenía un corazón de ángel y había hecho para conmigo las veces de madre: ella me remendaba la ropa, procuraba que mis sábanas estuvieran limpias, y el día que yo comulgaba, planchábame la camisa con maternal cuidado. ¡Pobre Josefita! cinco años despues tuvo en Guaymas una muerte desastrada!

Teníame preparado, la excelente mujer, una canasta con bastimento, ropa limpia y algunas otras fruslerías.

—Merengue—me dijo ella con la vista anublada por las lágrimas (Merengue me llamaba cuando se enternecía) lo mejor que debes hacer es salir de Culiacan. Voy á darte un consejo, y como el que dá el consejo dá el dinero, aquí tienes quince pesos. Compra con ellos una caja de mercillero, y vendiendo de ranchería en ranchería, podrás ir muy léjos. Eres económico y astuto, tienes la lengua suelta y los ojos bonitos, y si llegas á Mazatlan, podrás encontrar allí un empléo.

Besóme enternecida y dióme como amuleto de buena fortuna, una muela de Santa Lucia.

A la madrugada del siguiente día, que era el 7 de Enero de 1851, saqué de las sandalias el polvo de Culiacan, encaminándome rumbo al Norte. Mi caja de buhónero, que cargaba en la espalda con el aire marcial con que un soldado lleva la mochila, iba surtida de todas esas baratijas que son el encanto de las mozuelas lugareñas. Un vientecillo de invierno soplabá de las montañas, y el camino, polvoroso y escueto, se prolongaba á mi vista en azulados horizontes. Mi objeto no era Mazatlan, sino Ures, en el Estado de Sonora. Allí tenía un hermano la Sra. Dávila, y yo traía para él una carta de recomendacion. La primera ranchería donde pernocté distaba ocho leguas de Culiacan: en ella vendí, con un 50 por ciento de utilidad, una cuarta parte de mi ancheta. Se alojaba en ese meson un mayordomo de mulas nombrado Don Gaspár Iturria, de camino para Culiacan. Trabé amistad con él, nos pusimos á jugar, y á las diez de la noche le había yo ganado, á los

albures, doscientos pesos. La educacion del Cura Gaxiola principiaba á hacer madurar sus frutos.

Mas sucedió que el Sr. Iturria no quería desprenderse del dinero, y despues de una acalorada discusion, propúsome en pago, y yo acepté, una mula ensillada y enfrenada.

Así montado y equipado, el cielo me pareció más límpido, la aridéz del paisaje ménos ingrata, y aun los mismos zopilotes, que de trecho en trecho distinguía en el camino devorando á picotazos animales muertos ó moribundos, se me figuraban cisnes de negro plumage.

Hasta entónces sospeché, además, el partido que podía sacar de mi gallarda presencia: las ranheritas y labriegas se ruborizaban cuando les dirigía la palabra, y no topé con ninguna que dejára de comprarme, ya dedales ó madejas de seda, ya espejitos, peines ó listones, al extremo de que al llegar á la frontera de Sonora, mi ancheta varilleresca había desaparecido.

La llama atrae á las mariposas, la serpiente fascina al pájaro, el rayo de luz absorve los

átomos;—¿por qué atraigo yo á las muchachas, cuál es la fuerza que las precipita en mis brazos, es fuerza espiritual ó puramente fisiológica?

Crucé á Sonora tres dias despues de la accion librada entre los indios bárbaros capitaneados por el cabecilla Mangas Coloradas y los voluntarios sonorenses al mando de Don Ignacio Pesqueira. La ciudad de Arizpe, á donde llegué por la tarde, presentaba un aspecto de gala, pues casi á la misma hora entraba en ella Pesquiera y su puñado de valientes. Una guapa arizpeña, creyendo que yo era uno de estos, arrojóme flores al pasar, y más adelante una familia entera me interceptó el paso, y las muchachas, quiéras que no, me coronaron de rosas.

Mas no supongan ustedes que paró allí la equivocacion, pues al ir calle arriba, la esposa de un rico comerciante y sus hijos se rodearon á mi mula, obligándome á que entrara á la casa y la honrara con mi hospedaje. Bien pronto esta se llenó de vecinos, ansiosos por saber los pormenores del combate, y Dios sabe lo que tuve que inventar para quitár-

melos de encima.

Un *enfant terrible* me puso en aprietos, al estar sentados á la mesa, con cuestiones indiscretas como estas :

—Por qué no tiene usted sangre en la camisa como los demás?

—Oh! le respondí con desparpajo—es que la corriente de un río me arrastró lavándome las manchas.

—Y cómo es que usted no está mojado?

—Niño, es que el sol me secó la ropa.

—Pero si hoy estuvo nublado!

Para no responderle, me puse á beber un vaso de leche.

Pero esa superchería fué la causa de que yo saliera mas que de prisa de Arizpe ántes de que me chillara el cochino; y á la mañana siguiente y muy temprano, encaminé mis pasos hacia Ures, medroso de encontrar apaches y reflexionando en mi última aventura.

¡ Quien diría que habiendo salido de Culiacan de un puntapié entraría á Arizpe en triunfo y coronado de flores!

Negareis ahora ¡oh! filósofos de pacotilla!

que hay hombres que nacen con estrella y otros estrellados?.....

..*

Decía el difunto mi padre que lo que cantando viene bailando se vá: al llegar á Ures paré en el Meson del Aguila de Oro y me hice de amistad con Félix Monteverde, un aventurero de la peor calaña. Me puse á jugar albuces con él, y á la media noche, mi mula y los cien pesos que había reunido pasaron á ser de su propiedad. Pero Monteverde tenía el corazon en su lugar, pues ántes de separarnos me dijo:

—És usted un jóven de mucho porvenir, pero no hará su fortuna en el juego. Tiene usted manos diestras y ojo certero, pero le falta nérvio. Ahora, voy á enseñarle de la manera que gané cinco mil pesos en Hermosillo sin arriesgar un solo peso. ¡Atencion!

Esa noche recibí mi titulo de bachiller en la ciencia de Birjan.

El Sr. Dávila, á quien fui á ver más tarde, recibíome con los brazos abiertos y los bolsillos cerrados: era éste una de esas personas que á primera vista ofrecen á usted el

oro y el moro, pero que á fin de cuentas concluyen por negarle un vaso de agua, Con él sí que no me valieron, ni mis lisonjas, ni las maneras insinuantes que á otros han cautivado.

Cerraba la noche y yo no tenía albergue ni mi estómago lastre, y las calles de la poblacion, desiertas y tenebrosas, causábanme pavora y desaliento. Por dicha mi temperamento está constituido para la accion y ántes de que el cansancio y el hambre hicieran presa de mí, me resolví á obrar, venga lo que viniere, sin perder un solo instante. Pesqueira, el vencedor de los indios en el combate de Pozo Hediondo, hallábase á la sazón en Ures y yó determiné verle del momento, haciendome pasar por uno de los voluntarios que habían peleado bajo su mando. Si me pedía informes, yo se los daría, pues para entónces ya tenía acopiados, por testigos oculares, los datos más minuciosos.

Pregunté por la morada donde vivía y á poco me encontraba llamando á la puerta: una muchacha salió á la puerta, y dándole á ella un recado urgente para Pesqueira, en

ménos tiempo de que canta un gallo platicaba con él amigablemente, y tan simpática le fué mi presencia, que esa noche dormí bajo su techo, y al cabo de una semana, por medios que no es del caso referir en estas páginas, me encontraba en Nácori como mayordomo de una hacienda del Sr. Gándara.

Allí me sorprendió la invasion filibustera del Conde Rousset de Boulbon, y fuí despedido del empleo por haber regalado á este un caballo que no me pertenecía.

Por gusto á la vida nómade más que por necesidad, torné á recorrer las poblaciones con mi ancheta de varillero, y así pasé los años de 53 y 54. En 1855 regresé á Ures, que como capital del Estado (entónces departamento) contenía una poblacion flotante compuesta de militares y empleados. Era Comandante Militar de Sonora Don Pedro Espejo, y un hermano de este llamado Braulio, tenía abierto un garito ó casa de juego, donde se desplumaba á los pichones más gordos. Don Braulio habiendo descubierto en mí habilidades poco comunes, empléome como tallador de banca, y si no

hubiéra sido por la malhadada revolucion de Ayutla, que estalló en Marzo del mismo año, y por el asesinato de Espejo, que acaëció en Abril, tal vez yo habría dejado mis huesos en el cementerio de Ures, pues para vivir entre los sonorenses de aquella época se necesitaba tener un corazon de apache.

La muerte de mi amigo ocurrió de esta manera: Espejo hacia trampas en el juego, pero nadie había podido descubrir en que consistían ni de que manera las ejecutaba. Mas yo, con mi sagacidad habitual, había dado en su *modus operandi*. Consistía este en un enorme diamante, de tal suerte cortado y montado, que las cartas, al extender la mano, se reflejaban en sus facetas. Una noche entró á jugar Don Teófilo Basozábal, un acaudalado comerciante de Hermosillo: apuntóse á los albures de cincuenta á cien pesos, y cerca de las once había perdido más de cuatro mil. Sonriéndose y sin dejar el asiento, exclamó, dirigiéndose al banquero.

—Hermoso diamante ese, Don Braulio, me permite usted verlo?

Don Braulio vaciló por un instante, mas en

seguida quitóse el anillo, pasándosele á Basozábal con un movimiento de disgusto é impaciencia.

Este se lo puso, extendió la palma de la mano, tornóla de derecha á izquierda, luego se paró, y arrojando el anillo en la mesa, amartilló la pistola disparando á quema ropa sobre el infortunado Don Braulio, quien cayó muerto en los brazos de un oficial llamado Aragón.

* * *

La casa fué cerrada por orden del Gobierno y héme allí plantado de nuevo á media calle, contemplando las estrellas y *chiflando* la canción del *chinaco*, aire muy popular desde el pronunciamiento de Ayutla. Por dicha mia y desdicha de mis enemigos la miseria produce en mi cerebro el mismo efecto que un tónico en un organismo debilitado: veo los objetos con más claridad y estudio á los hombres con mayor lucidez. A principios de 1856 Sonora era un campo de Agramante, y su capital, Ures, un semillero de intrigas é intrigantes. Don Manuel María Gándara, déspota de la vieja y clásica escuela, conspi-

raba sin cesar por imponer en el Estado la supremacía de las ideas conservadoras; y Aguilar y Don Ignacio Pesqueira, conspiraban para cimentar los principios liberales en el mismo. Consulté mi conciencia y noté con alarma que mis simpatías estaban del lado del Sr. Gándara; y digo con alarma, porque no hablaba dentro de mí Camonina el buhónero, sino Camonina el monaguillo de Culiacan.

Por recomendacion de Doña Estefanía Gándara, pariente de Don Manuel, entré al servicio de este como agente secreto, y mi primera mision, que fué la de llevar pliegos cerrados al comandante González situado en Hermosillo, desempeñéla con celo y diligencia.

Cierta ocasion y á tres leguas de Guaymas, estuve á punto de ser ahorcado por unos guerrilleros de las fuerzas de Pesqueira, que me detuvieron en el camino registrando mi caja de varillero, en busca de los despachos que yo conducía. Pero á cada insolente amenaza de los bandidos, yo replicaba:

—Peines, dedales, alfileres, espejitos?

Por fin, ellos se fueron echando zapos y

culebras, y yo seguí inocentemente mi camino.

¡Caramba! si se les hubiera puesto en la cabeza el registrar el papelito de alfileres, que yo les metía por la nariz gritándoles: alfileres, á real el papelito de alfileres!

Bien me decía el Cura Caxiola:—“Jorgillo, cuando quieras ocultar bien una cosa, ponla á la vista, que lo que salta á los ojos suele ser lo más escondido!”

CAPITULO III

Mi Primer Amor y mi Primer Cartucho.

“Quien ama el peligro en él perece”—me había dicho sentenciosamente Don René allá en mi niñez, sentencia que acudió á mi memoria despues de la malandanza de las cercanías de Guaymas. Y no es que yo amára el peligro, pues si alguna cosa aborrezco son las situaciones peliagudas en las cuales se suele dejar el pellejo, y aún me atrevo á opinar que los grandes héroes no son más de pequeños monomaniacos ; pero yo tenía que vivir, y si era factible, pescar en el rio revuelto. Mi talento, además, fué creado para la intriga, y yo quería exhibir á los sonorenses esa cualidad, con el mismo

donaire con que la guacamaya de sus florestas ostenta su verde é iriscente plumage.

Empéro Gándara y yo no pudimos entendernos, no obstante que entre los dos existían singulares afinidades de carácter: él era tacaño, voluntarioso, arbitrario y porfiado. El primer defecto, sobre todo, es imperdonable en un conspirador, pues está demostrado que el oro es el mejor elemento de corrupcion. De consiguiente, yo decliné ulteriores comisiones de espionaje, y en la expectativa de oportunidades más bonancibles, dirigíme sosegadamente camino del pueblo de Nácori, pié á tierra y con un surtido completo de varillería. A cinco leguas de Ures juntóseme un individuo llamado Tito Rosas, juglar itinerante y que yo había conocido en Sahuaripa como payaso en una compañía de saltimbanquis y acróbatas.

—Jorge! vengan esos cinco! Un trago de mezcal de Sásabe? Diantre, cómo has engordado, Camonina, y mientras más te miro más te pareces al cura de Arizpe. Vengan otra vez esos cinco!

Estrechéle dos veces la mano—que por

cierto estaba muy sudorosa—y por el camino púsome al corriente de los sucesos del día. Yo hice alusion para sondearlo, de Gándara y su partido, de lo cual Tito se rió estrepitosamente, arrojáudo su sombrero al aire y *capeandolo* entre los dientes.

—Camonina, el sol que nace es el que más calienta, y Gándara es un sol que muere. Si yo no tuviera profesion—que gracias á Dios la tengo y muy honrosa—yo iría tras de Pesqueira y le diría golpeándome el pecho: “Nacho, aquí tiene usted á Tito Rosas, que para los frailes es Tito Espinas y para las muchachas sonorenses es Tito Flores.” Pesqueira, Camonina, es el astro naciente y quien á buen palo se arrima.....

Al medio día buscamos el abrigo de una pitahayera y bajo su sombra almorzamos; mi amigo el payaso, en vez de dormir la siesta, procedió á hacer suertes con mi cuchillería, tragando y vomitando pufiales y haciendo desaparecer y reaparecer otros objetos con mágica presteza. Despues, desdoblando el zarape, sentóse á la turca y sacando del cefidor una baraja, invitóme á jugar una

brisca de á toston la apuesta. Resultado neto: al pardear la tarde había yo perdido mi ancheta, mi dinero, mi zarape del Saltillo y unas pantaloneras con botonadura de plata que yo había ganado en la Feria de Sahuaripa.

Tito Rosas se echó á espaldas la caja de mercillería, dió un salto mortal, luego una maroma y se alejó cantando:

Santa Ana tiene una pala

De palo y plata!

La noche había cerrado, estrellada y silenciosa, y á un lado y otro del camino se extendía una de esas terribles nopaleras de Sonora, de un verde ceniciento, bajo cuya espesura se desliza cautelosa las viboras de cascabel y la crótalo, la venenosa tarántula y el temible vinagrillo. En esas desoladas campiñas la brisa raras veces sopla, y no parece sino que la atmósfera se halla impregnada de átomos impalpables y sofocantes próximos á determinar una espontánea combustion.

Por supuesto que mis pensamientos se

hallaban en perfecta armonía con el siniestro paisaje :—“Héme aquí—me iba diciendo—bregando en estos arenales como un coyote ó un indio ópata, jóven, robusto é inteligente, cuando en mi derredor se mueven gentes que valen ménos que yo, montados en buenos caballos, galanteando hermosas mujeres y comiendo á grandes manteles. Pero en Sonora como en Sinaloa el nombre es todo, la inteligencia casi nada ; aquí, para ser álguien, necesita uno llamarse Gándara ó Pesqueira. ¿Qué culpa tengo yo de que mi padre se llamára Camonina en vez de nombrarse Monteverde que es más bonito? Bá! que el diablo me lleve si ántes de espichar no ilustro el plebeyo nombre de Camonina, y con relieves tan brillantes que estos señorones de provincia se ofusquen al solo pronunciarlo.”

Mas tengo de bueno en mi privilegiado temperamento el que nunca dejo al sentido práctico subordinado á la exhuberancia imaginativa ; así es que, sacudiendo de mi mente esas quimeras, desviéme del camino de Nácori orientándome para el de Hermosillo.

Un jóven de mi apostura y de mis talentos

fué hecho para vivir en las ciudades y no en los despoblados como yo había vivido hasta entónces llevando una existencia de gitano; en aquellas, poseyendo facultades de penetracion uno se puede adaptar, no á las circunstancias, sino á los individuos.

Estos, en una ciudad provincial se dividen en dos porciones: la de los que mandan, que son los pocos, y la de los imbéciles, que son los muchos. El trabajo de observacion, como se vé, queda simplificado: si son seis tipos los que gobiernan y des gobiernan, habrá que estudiar esos tipos, adaptándose al *ego* sus pequeñas idiosincracias.

El oráculo de Hermosillo, á fines de 58, era el subprefecto político y respondía al nombre de H. M.

Su voluntad era ley, y su ley era la arbitrariedad. Sin pérdida de un minuto yo me puse á estudiar, á mi llegada, ese curioso documento humano.

Y saqué en limpio lo siguiente:

Temperamento: sanguíneo y afrodisíaco.

Carácter: extraordinariamente vanidoso, y su monomanía favorita consiste en contar y

recontar á sus amigos el gran número de apaches que ha matado.

Hábitos : parsimoniosos ; quien le pide un peso prestado se lo echa de enemigo.

No tardé en descubrir las guaridas que él frecuentaba, siendo su predilecta la fonda de la Paloma, situada en la Plaza principal. Doña Tomasa Aguayo, la fondera, mujer frondosa y de cuarenta años, de pié tras del mostrador y con monumental peineta rematando el peinado, presidía con un ojo las labores culinarias, y con el otro dominaba el comedor y los comensales con mirada de águila.

Junto al mostrador se instalaba, invariablemente, el apoplético subprefecto. Yo acudí antes de que éste llegára, y cuando se hubo sentado, me levanté negligentemente, y acercándome á Doña Tomasa, díjele respetuosamente, cuidando de levantar la voz :

—Señora : permita usted que un forastero la congratule por su espléndida comida y créame si le digo que no hay en Sonora una fonda como la Paloma. Qué puchero, Madama, y qué frijoles blancos, y que pescado del

Río Yaqui!

Ella se puso radiante, y emocionada, se llevaba la carnosa mano al collar de cuentas de ambar, y de éste á los zarcillos de coral, los que semejaban gotas de sangre cayendo de las orejas de un elefante. Por último, replicó, ruborizada y sonriente:

—Es usted sinaloense, señor?

—De Culiacan, si señora, ¿y sabe usted lo que me trajo á Sonora? Pues dos cosas: la primera pelear contra los bárbaros, y la segunda conocer á ese famoso matador de apaches llamado H. M. de quien se refieren en Sinaloa actos de valor inaudito.

Excuso decir que levanté la voz al pronunciar esas palabras, teniendo buen cuidado de dar la espalda, como al descuido, al auditor que más me interesaba que oýese.

El efecto fué instantáneo: la Sra. Aguayo se puso más encendida mirando á hurtadillas al subprefecto, mientras que este tosía y tosía, procurando hacer conocida su presencia. Por último el aludido, no pudiendo más contenerse, y acercándose al mostrador como si nada hubiera escuchado, preguntó á la

fondera con finjida indiferencia :

—De qué se trata Tomasita ?

Esta elevó los brazos al cielo y luego respondió :

—Oh ! Don M. imagínese usted que este jóven ha venido desde Culiacan con el solo objeto de conocer á usted.

El subprefecto dió un paso hacia adelante, hinchó las venas del cuello, esponjó el pecho, irguióse y exclamó :

—Jóven, jóven, venir desde tan léjos para ver un pobre viejo que no tiene más méritos que haber cumplido con su deber ! Pero así es la juventud ; cuando yo tenía veinticinco años anduve cuarenta leguas para ir á dar un beso á mi nóvia y á lanceár de paso y por mero divertimento media docena de indios bárbaros. Mas perdone usted, ¿con quién tengo el honor de hablar ?

Llegó mi turno de erguirme y estirarme y respondí :

—Con Jorge Camonina, de la casa Camonina y Compañia de Culiacan.

Para abreviar la historia, diré que cuando salimos de la Paloma, el subprefecto y yo

íbamos del bracero, pues él se empeñó en conducirme á su morada. Mostróme sus trofeos de guerra conquistados en sus campañas contra los apaches. En una salita donde había un estante de libros, recuerdo que á lo largo de la pared pendían como veinte cabelleras de indios salvajes, y cada una tenía al pié un nombre y una fecha.

—Vea usted—me decía alumbrando con la bugía—aquí está la cabellera del feroz Técori, á quien corté la cabeza de un solo tajo; ahí la del capitancillo Tenochi, á quien ántes de despachar, me derribó dos caballos á flechazos; allá, esa cabellera cerdosa, perteneció al aguerrido Maizi, que una vez entró al Altar al frente de doscientos bárbaros. Yo le maté de una lanzada.

Terminada esa lúgubre exhibicion, brindóme con una copa de jerez, y ántes de despedirme le dije:

—General, quiero pedir á usted un favor?

Al oír la frase su semblante se endureció, pues sin duda supuso que iba yo á pedirle dinero; así es que repuso, un tanto cuanto amoscado.

—Y es?

—Qué me dé usted un abrazo!

La nube se disipó de la faz y vino hacia mí con los brazos abiertos.

En la puerta, insistió en que yo volviera á su casa al día siguiente para comer y presentarme con su familia.

Me alejé riendo de la vanidad y credulidad humanas, y ya en el meson donde me alojaba interrogué al mesonero con respecto á los lúgubres trofeos que acababa de ver.

El mesonero, que era un hombre chato y socarron, se echó á reir y repuso:

—Son puras patrañas, pues él compra las cabelleras á cinco pesos y yo le he vendido algunas.

Puse á requisición el único espejo que había en el Meson del Turco—donde yo me hospedaba—y cuádráme militarmente frente á él. ¡Pardiéz! cómo me regocijé al verme! Mis ojos alumbraban, por decirlo así, un rostro bronceado por el sol, sirviéndome de marco una mata de cabellos negros, abundosos y rizados. Mi bigotito negro comenzaba

á formar espirales serpentinas, dejando asomar mis dientes blancos, firmes y cortantes. Vestía una chaqueta de paño de un color verde botella, banda encarnada, calzoneras de gamuza y sombrero jarano. De conjunto, yo presentaba la audáz catadura de un Frá Diávolo, más aún cuando una sarcástica sonrisa vagaba en mis sensuales lábios.

Sobre mi camisa de pechera encarrujada vacié nada ménos que medio pomo de patchouli, y cuando sonaron las once de la mañana en el reloj de la Parroquia, dirigíme á la morada del subprefecto, dejando tras de mí una estela de perfume.

—Marta, te presento al jóven sinaloense Don Jorge Camonina, de quien te hablé anoche.

Tal era el nombre de la hija del Sr. M. y desde el instante en que la ví quiso el destino que me enamorára perdidamente de ella. En lo humano hay séres que tienen algo de divino en su naturaleza, y ni el pincel puede retratarlos ni la pluma describirlos: el pintor refleja las facciones, los contornos, los suaves tonos de luz y de sombra, pero en su paleta

no cabe esa aureola de espiritualidad de las vírgenes del Ticiano, sin duda porque esas vírgenes fueron fantaseadas en el ideal y no en lo tangible. Y si el pincel es impotente, lo es todavía más la pluma, y una pluma como la mía, torpe, masculina y con resábios de vulgar.

Alta, blanca, escultural, con senos de Juno; ojos grandes, negros y luminosos—he ahí la primera visión que de mi Marta tuve. Las sonrosadas carnes se traslucían al través de la tenue y álbea gasa, y al acercarse á ella uno aspiraba emanaciones voluptuosas transmitidas en una corriente de magnetismo animal.

Antes de sentarme á la mesa me sentía con el hambre de un coyote sonoreño; mas teniéndola á ella delante, abrasados mis ojos en el fulgor de sus pupilas, mi corazón, ensanchándose llenó el estómago y se me quería salir por el pecho, con el ímpetu con que el chorro de candente lava se escapa del cráter del volcán.

A semejanza del pavo real que en el mes de Mayo hace la rueda á la pava favorita,

así yo desplegué, cuando nos retiramos á la sala, mi chillante y viril plumage. En mi existencia vagabunda y errante, yo había aprendido á pulsar la guitarra, tenía voz de barítono y cantaba con el gracejo de un gitano, y más de una vez me gané la cena, en mis andurriales, cantando y tocando en los fonduchos y posadas del camino. Por desgracia, mi repertorio musical coleccionado entre arrieros y titiriteros, tenía coplas arriesgadas y leperunas, indignas de ser escuchadas en un estrado de señoras; pero inspirado por el lucero de mi alma, que estaba cerca de mí, improvisé con el fuego sacro de un Paganini, sustituyendo las partes escabrosas con las más sentidas y ternísimas endechas.

En la cancion del *corneta*, que entónces hacía furor en Hermosillo, los hechiceros ojos de Marta se arrasaron en lágrimas, sobre todo cuando yo entoné los perversos que á la letra copio :

Mi novio murio en la guerra
Con el acero en la mano;
Y al levantarlo del campo

*Y sepultarlo en la tierra,
Dejome sola en el llano
Deshecha en amargo llanto.*

* * *

“Hacer el amor con la barriga llena, es un acto naturalísimo, y la gracia consiste en hacerlo cuando se encuentra vacía; y si los duelos con pan son menos, los amores saben mejor á platos llenos.”

De esa manera me hablaba el Chato Rodriguez, dueño del meson del Turco, un mes despues de mi primera visita á la casa del subprefecto. Por que yo, en mi aislamiento, habíale hecho confidente de mis clandestinos amores, refiriéndole cómo me amaba la Sefiorita Marta M., las entrevistas que teníamos á las rejas de sus ventanas, los juramentos que uno y otro nos decíamos, los besos tronados con que mútuamente nos regalábamos y los ardorosos suspiros que se perdían en alas de la nocturna brisa.

El Chato Rodriguez llegó á quererme como un hijo, y me daba en el Turco cama y comida grátis; no grátis precisamente, pues que yo tenía que darle lecciones en la ciencia de

Birjan, y fregar de cuando en cuando los platos, los días en que se emborachaba la posadera.

Mi amigo el subprefecto, que al principio me festejaba y mimaba, dióme con la puerta en los hocicos, desde el momento en que supo mis relaciones con Marta; y conecedor de que su hija y yo nos veíamos á hurtadillas, declaróme una guerra sin cuartel, más cuando alguien le informó como yo había sido espía de Don Manuel María Gándara.

Una noche de Noviembre, embozado en mi zarape y con el sombrero de lado, acudí á una cita de mi adorada: halléla tras de la ventana, cubriéndose del sereno con un blanco abrigo.

—Jorge!

—Cielito mio!

Y enlazados de las manos, nos prodigábammos besos y caricias, caricias y besos sin cesar.

¡Pobre Marta! ella me amó contra todo viento y maréa, en la miseria y en la opulencia, en la pátria ó fuera de la pátria, infamante ó infamado, mendigo ó marqués!

De súbito, Marta dió un grito, al mismo tiempo que dos individuos se echaban á palos sobre mí; pero si la agresion habia sido abrupta, mi escapatoria no lo fué ménos. De un salto me planté á media calle, y cuando mis asaltantes volvieron á la carga, yo llegaba jadeante bajo el techo hospitalario del Turco, brincando sobre dos viejas que se encontraban sentadas á la puerta.

El Chato, que jugaba á la malilla con unos arrieros, salió á recibirme, y enterándose de mi cuita, se expresó de este modo, una vez que estuvimos solos:

—La cosa es séria, Jorgillo, y lo malo es que ese bellaco del subprefecto tiene el palo y el mando. En estos pueblos el mandón es la piedra y nosotros somos los cántaros. ¡Cáspita! él es hombre que no se anda por las ramas, y como todos los cobardes, tiene la valentía del crimen. Malo, malísimo negocio —prosiguió el mesonero despabilando la vela y mirándome de los piés á la cabeza—y lo peor del cuento es que yo me lo voy á echar de enemigo.

—De enemigo?—le pregunté con inquietud

al ver el sesgo que iba tomando su razonamiento.

—Es claro! Donde se alberga Camonina? En el Turco. De quien es el Turco? Del Chato Rodriguez. Luego el Chato, por carambola, es enemigo del subprefecto. Más claro no lo canta un loro del rio Yaqui. Además, tenemos la circunstancia agravante de que Jorge no paga por su hospedaje. ¡Diantre!

El posadero dejó la silla y sentándose en un ángulo de la mesa, comenzó á balancear las piernas, y así permaneció durante quince minutos fumando cigarro tras de cigarro, paseando la vista de la techumbre al suelo, y del suelo á las paredes, que se hallaban cubiertas de sartas de cebollás, chorizos y ajos.

—Camonina!—exclamó de repente el Chato, poniéndose de pié y encarándoseme—la mujer es como el hierro, y debe manejarse cuando está candente, y una vez enfriada, no la derriten todas las fraguas de Vulcano. Ahora es tiempo de machacar. No me interrumpas! Tú tienes que salir de Hermosillo,

por voluntad ó por fuerza : si te ausentas, Marta te olvida ; si te quedas, su padre te mata. Busquemos ahora la manera de que te vayas sin que te ausentes de ella.

Calló por un segundo y con voz más queda continuó :

—La muchacha es rica, tiene alhajas y sabe donde estan las platitas del subprefecto. Supongamos—mera suposicion, se entiende —que yo proporciono dos caballos para la fuga, que tú te la robas, y que ella, por distraccion, se apodera de dos mil pesos que el padre guarda ocultos en cierto baúl que yo conozco . . . Y cuando ya todo esté listo para la marcha presumamos que mi amigo y protegido Camonina se me acerca, me abraza, y al despedirse me obsequia con la mitad del dinero, no en pago del servicio—oh ! no—sino simplemente para dejarme un recuerdo.

—Señor Rodriguez, que está usted diciendo ?

Sentíme ofendido y humillado, pues en mi vida gitanesca y de piedra rodadora, no había habido hasta entónces ni la sospecha de un crimen ; truhanerías y picardihuelas

no escaseaban, pero delitos y maldades, como el sugerido por el Chato, eso nunca jamás.

Jamás?.....

Pillo redomado y de muy aguda penetración, el posadero cambió al momento de táctica, ordenándome que saliera del Turco al instante. Mi equipage consistía en un bordón y un lío de ropa súa; cogí éste y empujando aquél, me dispuse á salir. Mas ya en la puerta, miré hacia la solitaria callejuela, y distinguí, acechándome, á los dos rufianes que me habían agredido dos horas ántes.

Reentré al meson apresuradamente, y dirigiéndome al mesonero, que no había perdido de vista uno solo de mis movimientos, le dije:

—Estoy dispuesto á jugar el todo por el todo.

—Lo esperaba! respondió lacónicamente el Chato mostrando dos hileras de amarillos dientes.

—Pero querrá ella fugarse? insistí yo.

—¡Sopla! esa muchacha es una bola de fuego y quien la encendió tendrá que apagarla.

—¡A caballo! gritó el Chato, poniendo el pié en el estribo.

Y en silenciosa cabalgata salimos por la garita Sur de Hermosillo, un yaqui á la vanguardia y el mesonero á la retaguardia. Marta montaba una yegua negra y pasilarga, yo un rocin braceador y el Chato un garafion retinto de los criaderos del Opató. A las tres de la mañana ya nos habíamos alejado de la poblacion como dos leguas, y al volver la cabeza su blanco caserío había desaparecido en esas delicadas brumas que preceden á la alborada. Mi adorada tiró de la rienda de su yegua, y secándose una lágrima con el blanco pañuelo, lanzó un beso de despedida á Hermosillo, beso que debieron llevar en sus alas las brisas matinales.

—Al galope que yá se oye el chirrar de la calandria!—y esto diciendo, Rodriguez metió espuelas tomando la delantera.

El mismo día llegamos á San Javier hospedándonos en el meson del Chino, cuyo propietario, el Tuerto Aragon, tenía cercano parentesco con nuestro amigo el Chato.

Después de la cena éste recibió sus mil pesos, y al concluir de contar y morder una por una las monedas, hablóme como sigue en presencia de mi dulce tormento.

—Sin aceite, Camonina, no anda la carreta, pero tu tienes yá la rueda bien untada, pues con dinero baila el perro y canta el ganso. Como quedámos tu te iras derechamente para Alamos, y la Señorita Marta, que es amiga de Don Ignacio Pesqueira, obtendrá para tí una plaza de oficial en las tropas de Pesqueira. El General sonoreense cruzará la frontera de Sinaloa en ménos de quince días, y si su campaña contra los mochos tiene éxito, á principios de 1859 se hallará á las puertas de Mazatlan. No tengas miedo á las balas ni te desmaye el olor de la polvora: procura ser de los últimos en entrar en accion y de los primeros en gritar victoria. Si llueven tiritos, échate boca abajo y hazte del muerto, que vale más un zorro con vida que un leon lescuartizado. Ea! valiente Camonina, un abrazo y andando, que yo regreso esta misma noche para Hermosillo!

Si me pusiera á narrar las aventuras que

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

trágico que había tenido mi mentor el cura Gaxiola; que frente á Cosalá oí silbar la primera bala y quemé mi primer cartucho; que en los alrededores de Concordia, ví reventar una granada á media legua de distancia; y qué, finalmente, el 3 de Abril de 1859 tomamos por asalto la plaza de Mazatlan, que se hallaba defendida por los Generales Pérez Gomez y Gándara.

Siento decir que mi caballo se desbocó á la hora del asalto llevándome muy léjos y para atrás, del campo de accion; pero yo dije á Pesqueira, cuando me reprendió, que mi rocin no comprendía nada de disciplina.

Es que el Chato le había enseñado esas malas mafias.

CAPITULO IV

A Salto de Plata.

La guerra tiene su lado negro y su lado blanco: su lado negro es el de la pólvora, su lado blanco el de la plata. Porque para ganar platita no hay como una buena revolucion, siempre, por supuesto, que uno sea revolucionario de oficio y sepa tocar la guitarra, barajar los naipes y zapatear de cuando en cuando un jarabe.

Y esto lo digo por experiencia, pues desde que me incorporé á las fuerzas de Pesqueira, siento que mi cinturón de cuero pesa más de lo que pesaba al salir de Sonora—; como que traigo en él trescientos grullos!

Lo dicho; la guerra parece que fué inven-

tada para beneficio mio, pero para sacar provecho de ella, se necesita tambien agilidad para torear las balas ó saberlas capotear, como decia el capitán Rivera al referirme la accion de los Guásimas.

En efecto, las balas son la única parte desagradable en la vida del soldado, y si el plomo y el acero fueran eliminados de la campaña, sospecho que llegaría á cesarme la banda de General.

Pero andando con Pesqueira uno tenia que andar en tiritos y tiritos, así es que resolví abandonar á mi Jefe, y si era preciso, á Sonora y Sinaloa.

Entre mis compañeros de armas venia un alférez de mi mismo temple llamado Nicanor Empáran, originario de Noria de Valles, á quien hablé de mis deseos por un cambio de aires, que serian convenientes á mi salud y á mi bolsillo.

—Camonina—replicó Empáran torciendo un cigarrillo—pájaros de una misma pluma vuelan juntos. Precisamente estaba pensando ayer en lo que ahora me dices, y si tú no me hubiéras hablado, yo te lo hubiera

propuesto. ¿Qué dirías si nos dirigiéramos á la Sierra de Alica á incorporarnos con el Gral. Coronado? Con él si que estaremos á las anchas, y me informan que los chinacos de su brigada son tan ricos que el más pobreton usa espuelas de plata.

—Y se juega?

—¡Vaya si se juega! Son tan jugadores esos chinacates, que algunos se sientan á tallar albúres cuando el combate está más reñido. En la accion de las barrancas dos soldados se sentaron á jugar, y cuando el humo de la pólvora se disipó, los encontraron descabezados, pero los dos con baraja en mano, y uno de ellos en el acto de tender un tres de copas. Una de las cabezas cayó sobre las rodillas del otro, y aprovechando la oportunidad, echó el último vistazo á las cartas de su contrario.

—Canario! qué buena ley de pollos!

En esos momentos pasó á caballo y cerca de nosotros el Gral. Pesqueira, y saludándonos se alejó al trote de su brioso retinto. Cuando se hubo perdido de vista, Empáran exclamó:

—Muy valiente, pero es una lástima que no conozca los naipes. Es el único defecto que tiene el General, pero en la vida militar es un defecto grave.

—Pero cómo hacemos para incorporarnos con Coronado? pregunté al amigo Empáran deteniéndole, pues que ya se preparaba á partir.

Este meditó por un instante y luego me dijo:

—Lo más sencillo: pedimos se nos dé retirada á dispersos, montamos á caballo y luego á paso de carga para la Sierra de Alica.

—Pero si los lozadeños nos matan?

—¡Matar á dos oficiales sonorenses que han peleado cuerpo á cuerpo con los apaches! Cámonina, acuérdate bien de lo que te digo: los indios lozadeños, en vez de balearnos, nos besarán las manos.

Pesqueira, más que de prisa, nos concedió el retiro á dispersos, apresuramiento que me apenó, pues yo creía que el Gral. mi paisano, se opondría á deshacerse de mí, más aún cuando me dijo al despedirme, no sin cierta sorna:

—Allá tras de las montañas del Nayarit, que desde aquí se divisan, un hombre de la viveza de usted valdrá en oro lo que pesa en carne y hueso. Cántaro que no baja al pozo no saca agua.

Empáran y yo feríamos nuestros caballos por mulas de grande alzada y cascós seguros, y habiendo dejado instalada á mi Marta en una casa de Mazatlan, nos preparamos á la jornada. Muy de mañana ensillaba yo mi mula, cuando de pronto se presentó á mi vista un cura limpio de cara y con negra sotana, de abierta sonrisa y quisquilloso ojo. Al verme no pude ménos de quedar sorprendido, é iba ya á besarle la mano cuando de súbito soltó la carcajada diciendo :

—Alabado sea Dios! ¿no me conoces Jorgillo?

¿Y, quién piensan ustedes que era mi curita? pues nada ménos que mi amigo Empáran, dispuesto para la marcha.

—¿Pero qué significa esto? le pregunté asombrado.

—Poca cosa; desde este instante, yo soy el Sr. Cura Empáran y tu mi mozo Camonina.

Es la manera más segura de viajar entre los indios.

Y esto dicho metió pié en el estribo y yo le seguí más y más admirado. Y cuando los rayos del sol naciente iluminaban las crestas del Nayarit, ya habíamos dejado muy atrás las palmeras que circundan á Mazatlan, siguiendo el polvoroso camino de Concordia.

El pillastre de Empáran caminaba por delante, gínete en mula baya cabos negros, y su silueta eclesiástica, al perfilarse en el claro del paisaje, me recordaba al cura Gaxiola, y por primera vez sentí la nostalgia de la pátria.

De trecho en trecho encontrábamos arrieros, los que al percibir á mi compañero, quitábanse apresuradamente los sombreros, y algunos se echaban pié á tierra solicitando la bendicion, la que Empáran les concedía de muy buena voluntad, despidiéndolos con un ademán y un latinajo.

En Concordia, nos hospedamos en la casa de un ranchéro nombrado Arellano, y de allí seguimos para Acaponeta, faldeando la Sierra en direccion á Tepic, pero sin alejarnos

mucho de la Costa. Ya cerca de Acaponeta, comenzamos á pasar en el camino cuadrillas de indios armados con fusiles, arcos de flecha, lanzas y palos, indios de aspecto facineroso, y hasta entónces comprendí, estimándolo en todo su valor, la sabiduría de mi compañero en disfrazarse de clérigo.

—Son lozadefios! me dijo Empáran al distinguir un grupo que se preparaba á tendernos una emboscada.

—Volvámonos—le respondí—ántes de que nos corten la retirada.

Mi amigo se sonrió desdeñosamente, y siguió andando tan tranquilo cual si se halláse en las calles de Ures distribuyendo saludos á las muchachas.

Las piernas me temblaban de miedo y las espuelas repicaban con el temblor, pero obedeciendo á una seña de mi compañero, seguíle quieras que no. De repente uno de los indios gritó:

—Alto!

Y cuando volví la vista, más de cien mosquetes nos apuntaban á derecha é izquierda, y ojos diabólicos centelleaban tras

de las breñas.

Empáran se detuvo, y quitándose el sombrero, para que mejor se viéra la tonsura, principió á prodigar bendiciones á un lado y otro, elevando los ojos al cielo y murmurando palabras en latin que estoy seguro ni él mismo entendía.

El efecto fué mágico é instantáneo: los lozadefios, tirando las armas, salieron atropelladamente de la emboscada, comenzaron á besar los piés, las manos y los pantalones de Empáran, posternándose como niños de escuela en el espinozo polvo del camino. Imperturbable, el ficticio cura prosiguió echando bendiciones, y hasta tuvo la audacia de improvisar un sermon al aire libre, sermon que los indígenas escucharon de rodillas.

Al proseguir nuestro camino, el cacique de la gavilla, seguido de una veintena de guerreros, se empeñó en escoltarnos hasta el pueblo vecino, y en éste nos recibieron con una murga, cohetes y una especie de tamalada.

De aquí para adelante, puede decirse que caminamos en una procesión no interrumpida.

Empáran colmado de besos y de regalos, y los dos tratados á cuerpo de rey, comiendo pechugas de gallina y lomillos de ternera.

Y así llegamos hasta Acaponeta, donde nos pasó una aventura que por poco nos cuesta el pellejo. Sucedió que la procesión de indios que nos servía de columna de honor, nos llevó á alojarnos derechamente al curato del pueblo. Allí vivía un cura verdadero y amigo de Lozada, y el tal curilla no tardó en descubrir la superchería.

Así es que, cuando despues de la cena nos retiramos á la habitación que nos habían preparado, Empáran cerró la puerta, y en secreto me dijo:

—Ese zorro del cura me ha visto el cobre y juraría que en estos momentos se dirige á ver al Alcalde para que nos aprehendan y luego nos fusilen.

Al oirlo sentí que las quijadas se me caían, pero tuve aliento para preguntarle:

—Por Dios, ¿qué hacemos?

—Chist! apaga la vela y vamos á la caba-
lleriza, que al entrar ví pastando dos buenos
caballos.

—¿Pero donde están las caballerizas? le interrogué con ansiedad.

—Hombre, pues tiene gracia la pregunta: debes saber que en estos tiempos de revuelta lo primero que hay que hacer, al entrar á una casa, es echar un vistazo á las caballerizas. En nuestra profesión, la mejor arma es un caballo. Sígueme!

Hacia una bonita luna, y en el corral vimos dos magníficos corceles y nuestras dos mulas, estas se habían apoderado del pesebre á fuerza de patas.

Empáran lazó uno y yo otro, y en menos de que salta una pulga los habíamos ensillado y nos hallábamos en sus poderosos lomos. Calladamente salimos á la calle, y aún no llegábamos á la esquina, cuando vimos venir al Sr. Cura seguido de más de cincuenta indios armados hasta los dientes.

Los indios nos divisaron, el cura dió un grito, sonó luego una descarga cerrada, y hé-nos allí camino de Tepic en furiosa carrera.

—Já, já, já! ¿qué te parece Camonina? tengo ó no buenas narices para oler el peligro? Pero moderemos el paso, pues estoy

seguro que estos son los únicos caballos que hay en Acaponeta. Que había, quise decir—concluyó riéndose.

* * *

A los ocho días llegamos á las cercanías de Tepic, pero es el caso que el Gral. Coronado había evacuado la plaza acampando á cinco leguas de distancia.

Al anochecer y guiados por las hogueras del vivac, avanzamos resueltamente hacia el campamento.

—¿Quién vive? preguntó un centinela con voz somnolienta.

—¡Patria y Libertad! respondió Empáran golpeándose el pecho.

De seguida, un sargento y cuatro soldados nos condujeron á presencia del Gral. en jefe, al que hallamos bajo una tienda hecha de mantas de arriería. Una raja de ocote ardía fuera de la tienda, y á su resplandor pude observar las facciones de Coronado. Representaba tener entonces algo así como cuarenta años, alto, bien hecho y fornido, de ojossaltos, grande nariz y barba negra y poblada. Cerca de sí tenía dos pistolas dragonas, y la

empuñadura de su espada, colocada entre las piernas, le llegaba hasta medio pecho. Apenas si se movió cuando entramos, y un ayudante se adelantó á recibirnos. Ese frío recibimiento me pareció de muy mal agüero, más aún cuando no ví en la tienda, por más que busqué, una baraja, para mí el mejor símbolo de fraternidad. Pero mi amigo no se acortó, y saludando al Gral. con marcial gra-cejo, le entregó las cartas de introducción que nos había dado Pesqueira.

Coronado las leyó detenidamente, y des-pues, mirándonos con fijeza, se dirigió á mí diciendo:

—Con que ustedes desean pelear á mi lado contra los lozadeños?

—Hasta morir ó vencer! se apresuró á re-plicar Empáran que se había cuadrado correc-tamente cual si estuviera en formación.

Miróle á su turno el Gral., y sonriéndose imperceptiblemente continuó:

—Como soldados de caballería y de arma blanca no hay como los sonorenses, y para que ustedes se distingan en esta guerra de Alica, voy á ordenar se les dé de alta en el

escuadron "Lanceros de Tamaulipas," que siempre pelea á la vanguardia.

Guardó silencio por un momento, volvió á mirarnos á hurtadillas, y luego se puso á escribir con lápiz unas cuantas líneas, y al concluir las dió el papel al ayudante con estas palabras:

—Mire, Echeverría, conduzca á estos jóvenes al campamento del Coronel Linares, y de paso dé orden para que se apaguen las hogueras.

Y tornándose de un lado y arropándose en un gran capote militar, se dispuso á dormir.

..*

¡Pobre Coronel Linares! dos días despues sucumbía acribillado á balazos en la accion de Barranca Honda. Ese sí que era un hombre de pelo en pecho, buen mozo, trigüefio y bastante joven. Esa misma noche le ganamos al monte quinientos durillos, y á la mañana siguiente desplumamos á la oficialidad del escuadron del último real. Y cuando á la hora del rancho y á la sombra de un saúz llorón contamos nuestras ganancias, notamos con alborozo que teníamos en limpio un haber de

\$1.200.

—Así es como entiendo yo la guerra—dijo Empáran rellenando su víbora de cuero con onzas de oro, pesos y tostones.

¡Infortunado amigo! quien diría que en menos de cuarenta y ocho horas yo iba á ser heredero de tu botín por decreto inescrutable de la Providencia!

Al pardear de ese día fuimos atacados por una columna de tres mil indios comandados por el Tigre de Alica en persona, y si no me valgo de una estratagema es casi seguro que habría dejado mi pellejo estacado en estos breñales.

Cuando se tocó á bota silla, mi Coronel Linares me asignó un puesto en el ala derecha del escuadron, es decir fuera del grueso de la caballería. Esto me dió en qué pensar y puse mi pensamiento en ejecucion. Fué el siguiente: al sonar las notas del maldito clarín ordenando la carga, el escuadron se precipitó como un torrente, lanza en ristre, sobre los lozadeños. Yo desenvainé mi espada, pero tuve cuidado de cortar el cincho de mi caballo resultando lo que yo más deseaba: la

silla se deslizó por las ancas, yo caí con la silla á un lado del camino, fingiéndome el muerto. Nadie se detuvo á levantarme, pues el enemigo estaba ya trabado en combate con los lanceros y estos dentro de las líneas enemigas. Detonaban tiros por todas partes, oíanse gritos, juramentos y estridente choque de aceradas armas, corceles sin ginete pasaban galopando cerca de mí, y lanceros heridos y moribundos aquí y allá pidiendo agua por amor de Dios.

Las heroicas soldaderas, sin cuidarse de las balas que silbaban en todas direcciones, iban de un lado para otro dando de beber á los infelices que habían mordido el polvo, y los bules de agua pasaban de mano en mano, y una de las galletas, al estar dando de beber á un herido, una bala le echó fuera los sesos.

—Madrecita, te han matado! dijo el moribundo soldado, arrodillándose junto á ella.

En esto, las soldaderas comenzaron á gritar:

—Viva la chinaca! los indios corren!

Ya era tiempo de levantarme y en volver en sí, pero cómo dar cuenta de mis acciones

al Coronel?

—¡Ea, Camonina, y ancha es Castilla!

Fuíme hacia un muerto, y abrazándole, me revolqué en su sangre, y así convertido en un Jesús de Nazareno, me dirigí para el cuartel general, regando la sangre agena á cada paso....

Todo el mundo, soldaderas y chinacos, se volvían á verme, y hasta el mismo viento de la sierra parecía susurrar:

Era torva su faz: de la matanza

Ostentaba su pecho rojas señas.

El Gral. Coronado, que á la sazón recorría el campo de batalla, se detuvo y me estrechó la mano, elogiando mi bizarría. Luego, dirigiéndose al cirujano Herrerías le dijo:

—Vea usted Doctor, parece que el capitán Camonina está herido de gravedad.

—Oh! no es nada!—repliqué apresuradamente—algunos flechazos entre cuero y carne.

Y antes de que el Doctor se bajará á examinárme, saludé militarmente y me alejé á paso de carga, y á la distancia escuché al Gral. que decía:

—Ese joven es un valiente, Sr. Herrerías.

Seguí andando y á poco trecho, el mismo ayudante de Coronado que nos había recibido en la tienda, corrió hacia mí exclamando:

—Malas noticias, Empáran está muy mal herido y ha preguntado por usted. Si quiere usted verlo dése prisa.

Tendido sobre unos sudaderos de montar, en el repecho de un peñasco, hallábase mi amigo Empáran, herido y desencajado; un joven corneta le humedecía la cara con una hilacha empapada en aguardiente. Al verme hizo un esfuerzo por sonreír, mas sólo consiguió hacer dolorosa mueca. Pidió que nos dejaran á solas, y cuando nadie nos escuchaba díjome, con voz entrecortada por los estertores de la agonía:

—Camonina, el médico me ha dicho que no me quedan más de algunas horas de vida. Acércate y desabrocha mi cinturón; hay en él setecientos pesos, paga mi entierro y quédate con lo demás. Dame agua, por Dios, agua fría!

Calmada la sed devoradora y más animado, continuó:

—Opino que al ingresar en las fuerzas de Coronado nos hemos equivocado de medio á medio; aquí se juega mucho, pero se pelea más. Los indios son muchos y pelean como fieras, y si el General se descuida, pueden acabarlo de un día á otro. Si yo estuviera en tu lugar, Camonina, pondría pies en polvorosa sin perder un minuto.

—Pero á donde me marchó, de qué manera?

—Márchate á Jalisco é incorpórate á las tropas de Uraga. Uraga es un cobardón y no le gusta andar á salto de mata como este testarudo de Coronado, que es capaz de embestir al mismo diablo. Deserta, compra un buen caballo y pica espuelas....

Media hora más tarde el infortunado Empanán fallecía, y me cabe el consuelo de haberle dado cristiana sepultura. Y antes de que brillara la luna en los riscos del Nayarit, me deslicé del campamento, y en una ranchería no lejana, compré á fuerza de oro un potro de alzada y á las once de la noche trotaba por entre desfiladeros con rumbo á Jalisco.

¡Noche de espectros y zozobras fué esa no-

che! El camino culebreaba interminable á mi frente, viniéronme ganas de llorar, y para librarme de tristezas indignas de un soldado de Pesqueira, azoté mi corcel y púsceme á cantar:

*Me voy de las playas do blando se mece
El candido lirio al soplo del viento.*

CAPITULO V

La Guerra a Vuelo de Halcon.

¡Te miro al fin Guadalajara!

Así exclamé parodiando á un poeta jalisciense muy de voga en aquella época, al entrar en la ciudad tapatía por la garita de Zapópan, una hermosa tarde del Estío. El sol poniente doraba con sus rayos de oro un panorama de cúpulas y al parecer minaretas, y las torres de aguja de la catedral, rematadas con una cruz de reluciente bronce, cortaban la luminosa atmósfera cual dos flechas de diamante en el acto de ser disparadas por un Dios pagano caído del Olimpo.

Desde luego y al penetrar por las calles

más populosas, llamóme la atención el garbo con que andan las mujeres, y el aire despabilado de los hombres. Aquellas, al pasar saleriándose, me lanzaban miradas retrecheras, á las que yo correspondía empinándome en los estribos y retorciéndome el bigote.

—Párate, alma mía, ¿quieres un vaso de agua de piña?

Tiré de la rienda y sorprendido ví que una docena de individuos, en camisas de mujer y calzoncillos de hombre, peñaditos y olorosos, planchaban ropa y charlaban con la volubilidad femenina de comadres. Uno me brindó con un refresco, otro me limpió el polvo de la cara con un pañuelo de seda, y el más cercano, al inclinarme á beber, me dió un beso tronado.... Y si no hubiera sido por dos vecinos que contemplaban de cerca la escena riendo á mandíbula batiente, juro que mi espada no habría vuelto á la vaina ni yo comido á manteles hasta no haber castigado la afrenta.

Y cuando, dos horas despues, contaba al Gral. Uraga esa aventura, él tuvo la amabilidad de ponerme al corriente de las acechan-

zas que en ciertos barrios de la ciudad asediaban á los buenos mozos como yo, particularmente si llevan espada al cinto y entorchados. El Gral. concluyó la entrevista amonestándome para que no pasára por el Puente de San Juan de Dios, y evitára comer pollo frito y enchiladas.

Mala impresion tuve de Uraga desde la primera entrevista, pues era uno de esos hombres que no juegan, ni beben, ni enamoran, sin corazon y sin cerebro, y que siguen la carrera militar porque no tienen aptitudes para abrazar otra cualquiera. Tieso en las maneras, escrupuloso en el vestir, insípido en la conversacion y puntilloso en la disciplina, de hábitos sedentarios y glotonos además, era evidente que no podíamos avenirnos ni mucho ménos congeniar. Díome de alta en su Estado Mayor, pero por más que hice, insinué y exhibí diferentes naipes, ninguno de los oficiales aventuró un real en el juego—simplemente porque no tenían ni para comer. Había tenientes que andaban con los dedos de los piés al aire libre, y coroneles que se sentaban en el cuarto de

banderas á remendar los pantalones. Había ocasiones, y estas demasiado frecuentes, en las que yo habilitaba con un toston ó una peseta á comandantes y capitanes para que no se pasáran sin comer, resultando que el que había venido por lana, iba siendo trasquilado á gran prisa.

No digo lo anterior por elogiarme, que bien sé que el elogio en boca propia es vituperio; mas si no he callado mis faltas, ¿por qué había de omitir la confesion de mis pocas virtudes?

Cosa que no deja, dejarla: yo siempre he tenido en horror á la miseria; la pobreza no se adapta á mi temperamento, y en Guadala-jara y en aquel periodo, la miseria aparecía bajo mil formas, y no obstante haber en la poblacion una Casa de Moneda, yo nunca ví el cuño de un peso tapatio.

Al cabo de un mes obtuve de Uraga el pasar á Michoacan y alistarme en las guerrillas del Gral. Epitacio Huerta, quien gozaba fama de ser uno de los Jefes liberales más desprendidos.

—¡A caballo otra vez, Camonina, que

pedra que no rueda se enmohece!

* **

Me dirigí por Ocotlán y la Barca, costeando la laguna de Chapala hasta entrar á Pénjamo, en Michoacan. Allí supe que Huerta se encontraba en Patzcuaro, y para allá me encaminé en pequeñas jornadas de seis leguas. Bandas de salteadores y guerrilleros infestaban los despoblados, y no se recorría el espacio de media legua, sin ver racimos de horca colgados de la arboleda. Mi caballo, de suyo brioso y espantadizo, enderezaba las orejas y corbeteaba y retrocedía cuando un ahorcado pendía demasiado bajo de las ramas, mas los ajusticiados eran tantos, que el animal hubo de familiarizarse con esos péndulos siniestros. Los zopilotes, hartos de carne humana y podrida, con los buchec repletos de podredumbre, hacían la digestion, entorpecidos, en las cercas de piedra, mientras que otro volaban raúdos allá á lo léjos, ó se abatían de súbito sobre un grupo de árboles. A dos leguas de Patzcuaro y de las ramas de un fresno copudo y umbroso, colgaba un facineroso de blusa colorada y

pantalonera de cuero, y dos zopilotes, posados cual manchas negras y movibles, sobre los hombros, le picoteaban los ojos y uno tenía en el acerado pico un fragmento de lengua, que se afanaba en engullir por entero....

* * *

—Con que viene usted desde la Sierra de Alica, Capitan Camonina?

—Desde más léjos: vengo de Sonora, y peleando palmo á palmo, mi General. Estuve en la toma de Mazatlan, en la accion de las Barrancas con Coronado, en.....

—Mi General!—entró un ayudante interrumpiéndonos—los mochos están en las goteras de la poblacion.

Cáscaras! más tiritos? Habré venido de Guatemala para entrar en guatepeor?

Huerta—pues era él con quien hablaba—en vez de alarmarse, se calzó tranquilamente las espuelas, y sonriéndose, me preguntó si mis pistolas tenían cápsulas y mi machete filo. Adivinando lo que había en la pregunta, le contesté que todo estaba en orden, pero que mi caballo no podía dar paso de **cansancio**.

—Oh! eso es todo, compañero? Venga, que le ensillen uno de mis caballos, al que mis muchachos llaman el toro. ¿Y sabe usted por qué le llaman el toro? Pues porque se mete en lo más tupido de la refriega, y sabe patear, y morder mochos como el pelon Valle. Yá verá, yá verá que alhaja le presto.

Lo dicho: salté de las llamas para caer en las brasas. Diantre! Cuánto mejor sería que los mexicanos, en vez de haber convertido al país en un campamento, no lo transformaran en un tapete verde!

De cómo resulté ileso de esa otra jarana, el caballo de Huerta puede saberlo mejor que yo: tengo una vaga idea de que al sonar las notas del clarín, el toro ó diablo, agachó cabeza y partió como bala de cañon sobre los pelotones enemigos; luego me ví entre un torbellino de ginetes y demonios, y la béstia que yo montaba mordía brazos, pateaba en círculo formando un molinete, se paraba sobre los cuartos traseros, moliendo huesos por aquí, aplastando cráneos allá, y por doquier difundiendo el pánico.

La victoria fué de nuestra parte completa, y Huerta, en la órden del día, hizo mencion honorífica de mi nombre—pero no de su caballo.

Resueltamente este Michoacan no me conviene, y ménos Huerta, y mucho ménos el caballo de Huerta. Sospecho que aqui, segun los ahorcados que adornan las arboledas, la vida es más barata que en Sinaloa, y vaya que en Sinaloa no es tan cara que digamos. Camonina, Camonina, sacude el polvo de Michoacan, y si es posible y al toque de alba, enseña á Patzcuaro un par de ligeros talones!

* * *

En vez de tirar hacia Guanajuato, donde hormigueaban los gavilleros Iatro-facciosos, seguí en direccion al Sur, hasta llegar á Cuernavaca. En esta poblacion conocí al conde de la Cortina, que entónces vivía retirado en una de sus Haciendas. Alguien me dijo que le gustaba el juego de brisca, y con el pretexto de comprarle un caballo fuíme á verle. Me advirtieron que era un conservador de tomo y lomo, y que la vista

de un chinaco le causaban cólicos de legítima indignacion. Le hallé reclinado en una hamaca fumando un cigarro envuelto en hoja de maiz. Me recibió con altivéz, mas al cabo de diez minutos de animada plática, el Sr. Cortina me había ofrecido caza y hogaza. Temblando de rábía me contó los latrocinios que los liberales habían hecho en sus propiedades, dándome á entender, que si yo era de opiniones conservadoras, me podría recomendar con Márquez ú otro jefe conservador de importancia.

—Qué quiere esta gentuza, Constitucion? pero amigo ¿cómo quiere usted gobernar indios con principios constitucionales?

Despues de la cena nos pusimos á jugar brisca, y á las once de la noche, le tenía ganados dos mil pesos. Pero en vez de dinero prometió pagarme al dia siguiente con cincuenta mulas de aparejo, extendiéndome un documento al efecto. Y de regreso para mi meson, me hacía castillos en el aire, pensando que esas mulas, vendidas en México, me doblarían la suma.

Echéme á dormir con sueños color de rosa,

y antes de levantarme, el mesonero entró de rondón á mi cuarto diciendo:

—Váyase, señor, váyase, porque dentro de media hora los mochos entrarán á Cuernavaca, he visto dos exploradores.

—Pero yo soy hombre pacífico.

—Cál si esta madrugada se fué un oficial que le conoció en Alica, y él ha dicho que es usted un General chinacate. Ya todo el pueblo lo sabe, ándele, váyase!

En un santiamén ensillé mi caballo, y montando de un brinco me alejé al trote por el Norte, mientras que por el Sur, y entropel, desembocaba un batallón de infantería.

* * *

Dejé á mis espaldas la Tierra Caliente, y por el camino de Tres Marias y Lerma, avancé precavidamente para Toluca. Los habitantes de estas regiones, para mi totalmente desconocidas hasta entónces, son montaraces é inhospitalarios, y al detenerme en las rancherías y pedir huevos ó queso, me echaban los perros encima. De cuadrillas merodeadoras ya no se diga: ¡religion y fueros! era el grito de guerra de las unas;

¡libertad y reforma! el guerrero grito de las otras. En las inmediaciones de Lerma, un comandante de guerrillas nombrado Chucho Lalanne se apoderó de mi caballo alazan en nombre del gobierno liberal, dándome otro flaco y escorbútico para que prosiguiera mi jornada. Lalanne fué años despues uno de mis mejores amigos, y por un capricho de la suerte, perdió y yo le gané un albur de trescientos pesos, que él había apostado en un caballo de espadas.

Pernocté en Toluca y sin sacudirme el polvo del camino, fuíme á ver á Don Santos Degollado, quien se alojaba en el hotel del Leon de Oro. Sus ayudantes, en la creencia de que yo fuéramos un correo extraordinario, dejáronme entrar libremente hasta el cuarto del General en Jefe.

Junto á una ventana abierta á ras del patio interior, frente á una mesa cargada de papeles, que revolvía, hojeaba ó destrozaba alternativamente, se hallaba un hombre como de 45 años, moletudo y regordete, de mirada penetrante velada en lentes con marco de oro. ¿Será éste—pensé vacilando—el re-

nombrado caudillo liberal cuyo nombre tanto ha resonado en Sonora y Sinaloa? Porque más había en su apariencia del letrado ó médico, que del soldado y adalid. Acostumbrado á ver en la Frontera tipos de espléndida virilidad y generosas proporciones físicas, el exterior de Don Santos me impresionó desagradablemente, fijos y escudriñadores como los de un inquisidor.

Yo no conozco libros, ni entiendo de estudios y filosofías, pero no hay hombre ó mujer cuyo carácter no conozca, al ménos en nociones generales, despues de haberle observado por un minuto. Y ese principio, que es en mí un método invariable, lo apliqué sin tardanza en Degollado y me dije:—“Allí hay talento, suspicacia y ambicion y es claro que no puedo medirlo con la regla que he medido á los héroes fronterizos. No, Jorgete, aquí no cuele la lisonja y hay que andarse con piés de plomo. En este caso habrá que emplear la gresca y el descenfado, el chiste, la historieta y la gracejada, pues esa cara expresa el aburrimiento y es necesario divertirlé.”

Y sin decir ¡agua vá! me aproximé á él y le tendí familiarmente la mano, cual si nos hubiéramos conocido desde la infancia. Fue tal mi osadía y su sorpresa tan grande, que por de pronto se quedó estático en el asiento, sin saber qué hacer ni qué decir. Pero yo no le dí tiempo para que reflexionára, sino que desatando el costal de mis picardihuelas y anécdotas, reales y ficticias, le regalé por espacio de una hora con cuentos de la Frontera, dándole á entender, con más tacto que delicadeza, que yo era uno de esos soldados que juegan con la vida, de esos que matan riendo y reciben la muerte con una sonrisa, como los nobles de Francia en el período de la Regencia.

—En la acción de las Barrancas, en el Nayarit, me batí cuerpo á cuerpo con Lozada, rodamos por el suelo y en la lucha le vacié un ojo de una mordida. En un pomo de aguardiente y en mi maleta traigo el ojo. ¿Quiere usted verlo, General?

—De mil amores, traígalo hoy mismo, Sr. Capitan, y mañana, por corréo, se lo mando á Comonfort.

Y por ese tenor la charla se prolongó hasta la hora de la comida, y Don Santos, encantado de mi conversacion, me invitó á que le acompañara á la mesa. Allí conocí á algunos de los jóvenes que despues figuraron en la época de Juarez y de Lerdo : á Pradillo, que era uno de los Adónis de la reunion, y quien de rato en rato sacaba un espejito para verse y admirarse ; á Nacho Alatorre, en esa época el bello Brumel de las toluqueñas ; á Corella, de cabeza rapada y orejas de lobo ; á Loera, en aquel entónces Capitan y desde entónces incorregiblemente estúpido, y otros muchos de quienes no me acuerdo ni quiero acordarme.

Se me olvidaba decir que al llegar á Toluca me alojé en la Fonda de la Bola de Nieve, si mal no me acuerdo de la propiedad de una Sra. Pliego, de no malos bigotes, aunque era una de esas mujeres, que como ciertas gallinas, no se cuecen del primer hervor. Es decir, cincuenta inviernos habían pasado sobre su cabeza, sin dejar en los cabellos huellas de escarcha.

Si teneis curiosidad, lectores benévolos,

para saber cómo salí de la mentirilla del ojo de Lozada, os diré que al día siguiente tuve que matar al gato prieto de la fondera, y con un cortaplumas le extraje diestramente uno de los ojos, que eché en una botella de alcohol, llevándoselo en triunfo al General Degollado.

—Pues qué ¿tenía Lozada los dos ojos verdes?—preguntó Don Santos examinando el gatuno troféo.

—Sin duda alguna, de otra manera no le llamarían el Tigre de Alica.

Creo que hasta la fecha ese ojo se encuentra en el Museo Nacional al cuidado del arqueólogo ilusionista Sr. Batres.

De los quince días que viví en Toluca tengo los más gratos recuerdos: Vénus, Marte y Birjan danzaban á mi rededor; la Sra. Pliego, que pesaba diez arrobas y no sé cuantas libras, cayó rendida de amores en mis brazos, y por cada beso que yo le daba, ella me freía media docena de chorizos toluqueños. Con el génio inventivo que nunca me ha dejado, transformé el comedor de la Bola de Nieve en mesa de juego, y

dando el cargo de grupier á un Teniente de cazadores nombrado Orellana Nogueras (ahora General) puse monte distribuyendo los ochocientos pesos que me quedaban, en artísticas pilas de á cincuenta, enviando secretas invitaciones á los jefes constitucionales más distinguidos. A las nueve de la noche comenzaron á llegar los invitados, y á las diez, el monte estaba en lo más alto de su vuelo, y á las doce, la Banca tenía sobre el tapete la modesta suma de tres mil del águila.

Un Pagador á quien llamaban el Cojo Tello, perdió los haberes de su batallon, y desesperado quería suicidarse allí mismo. Por fin, á las cuatro de la mañana se cerró el monte y á las cinco, y por orden del Gral. en Jefe, la columna se movía con direccion al Monte de las Cruces.

Y ya me disponía á seguir las tropas, cuando se me presentó el Capitan Paulino Machorro, diciéndome que por orden de Don Santos Degollado iría en calidad de preso, confiscándoseme mis tres mil pesos por disposicion superior.

—Pero qué delito he cometido? pregunté á Machorro.

—Ninguno, pero quien manda, manda, y cartucheras al cañon.

A los dos dias Degollado parecia en la accion de las Cruces, y yo entraba á la ciudad de México desconocido y pobre, sin laureles y sin camisas, con los piés en el lodo y los ojos en las estrellas.

CAPITULO VI

Ave de Paso y de Presa.

Había en la capital un café llamado del Infiernito, situado en la calle del Coliseo, frecuentado por veteranos de las guerras santanistas, empleados de Hacienda y vagos de profesión. Al Infiernito iba yo todos los días á desayunarme por la económica suma de medio real, y de ordinario me sentaba en un ángulo de la sala, en la última mesa de la derecha, con el oído alerta, el cerebro activo y el periódico á la vista. Junto á la mesita que yo ocupaba instalábase diariamente y á la misma hora, un señor trigüeño y bien vestido, de bigote negro y recortado, y corbata negra ancha de esas que se llamaban polkas. El

desconocido parroquiano tenía que ver con todo el mundo y todo el mundo le saludaba, y por aquí aprieta una mano, ó por allí daba una palmadita, quien le comunicaba una noticia, quien otro se la pedía, formando en su torno espesa atmósfera de chismografía. A hurtadillas yo le observaba, y más de una vez nuestras miradas se encontraban en mútua interrogación, la suya cual si dijera:

—Yo soy persona de importancia, ya lo vé usted; ¿pero usted quien es?

Se conocía que él deseaba hablarme, mas no quería ser el primero en romper la conversacion; á mi vecino le devoraba la curiosidad, á mí el desco de hablar y sacar partido de la plática. Y apenas me había formado la resolucion de dirigirle la palabra, cuando el desconocido, haciendo un esfuerzo, acercó su silla y me dijo:

—Perdone usted la pregunta, joven, es usted de la capital?

—No, señor, soy de Sinaloa.

—Ah! me lo sospechaba, y desde la primera ocasion que le ví entrar en el Infiernito, dije para mi colete: ¡este es un fronterizo! Y aún

hice una apuesta con el Coronel Pifia de tres fosforitos. No sabe usted lo que son fosforitos? pues se les dá ese nombre á las tazas de café negro con aguardiente catalán.

—Pero en qué conoció usted que yo soy fronterizo?

—En lo robusto del cuerpo y lleno de la cara, pues no hay joven en la capital que tenga ese pecho al aire de usted: no, señor, todos son flacos y tísicos como los pollos que nos vienen de Mixcoac.

Mi fortuito y nuevo amigo llamábase Don Patricio Dueñas, corredor de profesion, locuaz, dicharachero y en cordiales relaciones con los hombres públicos. De lengua mordaz, tenía en la punta de ella, la crónica escandalosa del día, y los generalísimos de uno y otro partido se descubrían ante ese Juvenal lírico y callejero. Con Don Manuel Payno mantenía estrecho compadrazgo, circunstancia que más tarde me fué de gran valimiento.

Don Patricio, interesado en mi suerte, me llevó una noche á la casa de Don Manuel Payno, personaje todopoderoso antes y después del golpe de Estado de Comonfort. Pay-

no se encontraba en el apogeo de la privanza, y liberales y conservadores le consideraban como hombre de talento, aunque yo opino que ambos se engañaban. Era un hombrecillo como de 46 años, de aspecto bilioso, medido y reposado de palabra, encogido en el ademán y elástico en asuntos de política.

Ahora, si á Dueñas yo le había caído en gracia, Payno quedó prendado de mi gracejo y vagabunda sabiduría, y él á su turno llevome á ver á Comonfort. Cobijado en el ala de Payno, Don Ignacio me recibió con marcada urbanidad, y ya sea porque aquel le hubiera hecho elogios de mí, ó bien que me necesitara como instrumento de alguno de sus planes, lo cierto es que él me trató con un airecillo de paternal indulgencia que presagiaba tiempos menos ingratos para mí.

Payno permaneció en el despacho de Comonfort, y al despedirme, y en la antesala, apliqué el oído involuntariamente á la cerradura, oyendo que Don Ignacio decía á Don Manuel:

—Ese Camonina es un diamante en bruto.
Y el Sr. Payno replicaba:

—El diamante corta el diamante.

.

Tres días después de esa entrevista con el General Comonfort, se presentó en mi cuarto del meson de los Cinco Señores donde yo residía — cuarto y comida pagados por Payno—el ayudante Pancho Arce, entregándome un pliego cerrado suscrito por el Gral. en Jefe y en el que se me daban instrucciones para que marchara inmediatamente á Mazatlán, en comision secreta del servicio, notificándoseme que antes de emprender la jornada viera en lo privado al Sr. Payno. Don Manuel me condujo á su Biblioteca, y con el tacto y suavidad que en él eran geniales, me puso al corriente de la mision y de su objeto, no escatimando los gastos en que yo pudiera incurrir en el cumplimiento de ella.

¿Me atreveré á revelar en estas mal zurcidas *Memorias*, escritas á vuela pluma, el secreto de esa mision? No, mil veces no, pues quien divulga secreto ageno, mal puede guardar el suyo propio. Diré solamente, en descargo de mi conciencia, que tanto Payno como Comonfort tenían sumo interés en que el

celeberrimo Jecker tomara posesion, á su antojo, de los terrenos baldíos de Sonora y Sinaloa, según lo dispuesto por el gobierno nacional.

Salí de México para Sinaloa en la diligencia del interior, acto de temeridad en aquella época recelosa y turbulenta, en la cual los viajeros eran robados en la primera jornada, desnudados en la segunda, despellejados en la cuarta, y fusilados en la quinta. Un Señor Rubio, de Querétaro, había hecho testamento antes de comprar boleto de pasaje, y los demás pasajeros, más muertos que vivos, iban con el ¡Jesús! en la boca. Solo yo, Camonina, traía sangre en el cuerpo y risa en los labios; pero era porque en el bolsillo llevaba un salvo-conducto de Comonfort, y en el otro uno de Márquez, conseguido por Payno por no sé qué misterioso sortilegio.

La exhuberancia de mi hilaridad contrastaba con el terror que se pintaba en el semblante de una Sra. Obregón González, de Guanajuato, la que á cada sacudimiento de la diligencia ó cambio de mulas, comenzaba á rezar la letanía á voz en cuello! Pero el enojo de ella y de los demás pasajeros se desbordó

en amargos reproches cuando al descender por la cuesta china abrí la portezuela y me puse á cantar á dos pulmones :

No me llames *vida mia*
En tu ternura, mi dueño,
Porque pasa como un sueño
La existencia terrenal ;

Dime más bien *alma mia*,
Porque el amor que yo siento
No se amortigua un momento,
Y es, como el alma, inmortal.

—Qué vergüenza, señor capitán ! ¿quiere usted atraer con su maldito canto un enjambre de salteadores ? exclamó encolerizado el Sr. Rubio.

—Tal vez es uno de ellos ! observó la Sra. fulminándome con una mirada.

Pero mi valor les infundió ánimo, y al ponerse el sol, mis compañeros de viaje, con excepción de la Madama, habían echado el miedo por los cuatro vientos, bien es verdad que había contribuido á operar esa transformación mi botella de coñac, que pasaba y repasaba de boca en boca.

El momento psicológico había llegado ;

saqué mi baraja y principié á jugar *un solo*. A los pocos momentos el Sr. Rubio me propuso un juego de brisca, el juego se generalizó, y al desembocar la diligencia en las primeras calles de Querétaro, el humilde servidor de ustedes se embolsaba cuatrocientos pesos.

—Peor que si nos hubieran salido los ladrones! gruñó al dejar el asiento y entrarse al Hotel, un viejo queretano, comerciante en abarrotes.



Desde Concordia volví á sentir las brisas del mar Pacífico, las que con su dedo impalpable acariciaban mi ardorosa frente. Esa brisa me traía el aliento de mi adorada, de mi Marta, que allá en Mazatlán me esperaba con amorosas ansias. Todos los objetos, animados é inanimados, tenían para mí un aire de familia, perros y ganado, peñascos y árboles, y aún el polvo arenisco del camino que se levantaba en remolinos, yo imaginaba que me saludaban en coro murmurando:

—Bien venido seas. ¡Oh hijo pródigo de Sinaloa! Rompe la espada, dá tregua á la aventura, y á la sombra de las palmeras que

bordan mi costa, descansa, ama y baraja....

En el barrio de las Olas Altas, en una casita con huerta á la espalda, mi paloma torcáz había hecho su nido: ¿de qué había subsistido la pobrecilla durante el año de mi ausencia?

—Cielito mio, costureando para las familias de Mazatlán, son ellas tan buenas y caritativas! me dijo entre lágrimas, besos, y tiernos abrazos.

Sentí remordimiento por no haberle mandado dinero, y para disculpar ese olvido, manifestéle que la inseguridad en los caminos no me había permitido hacerlo, refiriéndole también las pérdidas y riesgos que había sufrido.

—Papacito—me replicó—en un año he economizado cincuenta pesos, aquí los tienes, son tuyos, no harías tu lo mismo en mi lugar?

Dios me perdone, pero extendí la mano y cogí el dinero, yo, que traía en libranzas más de dos mil pesos y algunos cientos *pepenados* á lo largo del camino.

Durante la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que voy á todo escape

narrando, el capitán Jorge Canonina era perfectamente desconocido en Mazatlán, no obstante que mi fama de buhonero y de jugar en los naipes se extendía por Sonora y Sinaloa; de ahí que mi presencia en el puerto pasara desapercibida, circunstancia que favorecía mis planes. Habilitado de *morralla* me mandé hacer un vestido á la última moda y luego me dí á frecuentar el Casino y otros sitios donde se congregaba lo mejor de la sociedad mazatleca, y al cabo de un mes, yo era el leon de la ciudad—leon con melena de oro y garras de diamante.

Envalentonado con esos triunfos, fui á ver una noche al rico comerciante M. G. con cuya esposa, la encantadora L., las lenguas viperinas de Mazatlán enlazaban mi nombre y el de ella al arco reluciente de Cupido. Era él uno de esos hombres que tienen la patria en la zuela del calzado, y quiénes por tal de especular y de ganar, se avienen con cualquier gobierno. Para dar una idea del carácter moral del Sr. M., me bastará decir que bajo cuerda protegía á Lozada y abiertamente á García Morales. Fui á verle, digo,

dándole á entender que ganaría un millon si trabajaba porque el gobierno de Sinaloa dejára de oponerse á las reclamaciones de Jecker. Me escuchó atentamente, y cuando concluí repuso:

—La cosa es seria, Sr. Camonina, y hay que discutirla y meditarla con detenimiento; así que venga á verme mañana, á la misma hora, y no olvide traer consigo los documentos necesarios.

Más y más envalentonado con eso que yo consideraba una decisiva victoria, acudí á ver, con el mismo objeto á Don P. V., abogado de opiniones conservadoras y el factotum de los comerciantes del puerto. Con más llaneza, explíqueme mi peliaguda mision, sin comunicarle que habia estado momentos ántes con M. Una expresion de gozo feróz apareció en el semblante de mi interlocutor cuando me hubo escuchado, y luego dijo:

—Y eso es todo lo que lo trajo á usted á Mazatlán?

Sorprendido del sarcasmo que encerraba su pregunta yo le respondí:

—Y le parece á usted poco cuando están

de por medio millones de millones?

Nos despedimos, y al transitar ya muy adelantada la noche por las calles de la poblacion, iluminadas con una luna llena y fulgurante, medité sériamente en el pasado, en el presente y en el porvenir, pues en esos instantes, vagos presentimientos funestos me asediaban. ¿Porqué—iba pensando en audible soliloquio—no me detengo en este oasis y fijo aquí mi tienda de nómada? Aquí, donde el cielo se mira tachonado de rutilantes estrellas, la atmósfera saturada de perfumes, la tierra esmaltada en flores; aquí, donde la noche descende reposada y silenciosa, y el día alborea en opalescentes claridades, que al descender hacia el mar bañan la ola en prismáticos matices!

A la puerta y vestida de blanco me esperaba Marta.

—Tú has llorado, Chata, qué tienes? le pregunté al notar lo inflamado de sus ojos.

—No lo niego, Papacito, he llorado, y tengo motivo para ello. Hoy recibí carta de mi Padre.

—Una carta? y que te dice en ella?

Manda dinero?

—Pues me dice que por qué no nos hemos casado, que he mancillado sus canas y que...

—Basta! qué le importa al viejo mezclarse en nuestros asuntos?

—Pero Jorge, es que los vecinos empiezan á murmurar, saben que no soy más de tu querida y todas las familias que ántes visitaba, hoy me han cerrado sus puertas. Por la vírgen, Jorge, cástate conmigo, acaso no me amas ya?

Hubo esa noche una escena de lágrimas y lamentaciones, pues Marta sabía además, por chismes de la vecindad, lo de mis nuevas conquistas amorosas. Por fin á las tres de la mañana y á fuerza de caricias y de promesas logré aplacarla, y la crédula, en un éxtasis de adoracion por mí, se adormió en mis brazos.

A las diez de la mañana del siguiente día, recibí una esquelita de la Sra. L., suplicándome con urgencia que fuese á verla. Nos vimos en la Parroquia, lugar de la cita, y allí me dijo que su marido, en liga con Don P. V., me había denunciado ante el Gral. Garcia

Morales (quien era en aquél entonces enemigo del pacto Jecker) y que la policía tenía orden de prenderme. Concluyó por suplicarme que me embarcara cuanto antes, que ella me proporcionaría los fondos necesarios. Nos separamos, prometiéndola que la volvería á ver al oscurecer. Mas no bien me había alejado dos cuadras, cuando fui detenido, y bajo segura custodia, conducido á presencia del Gral. García Morales.

Era éste un sonoreense muy hourado, pero muy testarudo y porfiado, uno de esos seres que hoy ya no existen pero que en aquella época no escaseaban, Pigmaleones enamorados de una fantástica Galatéa.

Morales me sujetó á un inquisitorial interrogatorio que yo eludí con diplomática sutileza. El me acusaba, yo negaba la acusacion; él daba palos de ciego, yo sabia el terreno que pisaba. De hombre á hombre, él me hubiera triturado; de inteligencia á inteligencia, yo le tenía bajo mis plantas. Así es que le dije, no sin cierta arrogancia :

—Los documentos que me comprometen están de tal modo escondidos en mi casa, que

de no permitírseme el ir personalmente á buscarlos, nadie dará con ellos.

La cara de García Morales se iluminó: ¿iba á caer en la trampa que yo le ponía?

Luego dijo:

—Ola! esas tenemos Sr. Camonina? Pues va usted á ver como mis policías hallan esos papeles, así tengan que arrasar la casa; y una vez encontrados, lo fusilo á usted. Por ahora—continuó llamando á un ayudante—usted va á dar á la cárcel mientras yo dispongo el catéo.

En medio de una escolta fuí conducido á la prision, y al cerrarse la puerta y salir la escolta, lo primero que hice fué quitarme el chaleco, y abriendo sus costuras, extraje los documentos, les prendí fuego uno por uno convirtiéndolos en un puñado de cenizas.

Si no hubiera sido por mi ardid, me mandan registrar y de seguro encuentran los pliegos y despues me *truenan*. Pero yo anticipé la jugada y dí *jaque mate* á ese caballo de García Morales.

Del catéo nada resultó, como era de esperarse, y furioso por ese fiasco, y siendo

demasiado tarde para registrarne á mí en persona, el Gral. mandó abrirme un proceso, que duró más de un mes. Fué mi defensor Don Ignacio Ramirez, quien en una brillante pieza oratoria estableció mi inocencia, resultando un veredicto de absolucion.

Pero García Morales no estaba satisfecho y dictó que yo saliera desterrado del país, comisionando al Coronel Ignacio Escudero para que me condujera á bordo de un vapor que zarpaba para San Francisco California.

Escudero y yo nos hicimos muy amigos y esa mañana almorzamos juntos á bordo: parecióme ser un buen muchacho, con más candor que talento, y afligido con una buena fé extraordinaria. Bien aventurados los pequeños, porque de ellos será el reino de los cielos!

El vapor levantó anclas, sonaron los silbidos de la señal de partida, y á los veinte minutos, Mazatlán iba retrocediendo perdido en las brumas de la tarde.

CAPITULO VII

Vida Nueva, Casaca Nueva y Nuevas Aventuras y Desventuras.

A mediados de 1860 desembarqué en San Francisco, y aunque la ciudad me gustó, sus habitantes no dejaron de disgustarme, pues su ignorancia en juegos de azar es digna de compadecerse. Allá los hombres trabajan como burros, y las mujeres gastan el dinero como reinas, orden de cosas que debería ser invertido. Escribí al Sr. Payno para que me mandara recursos, y Don Manuel no tuvo ni siquiera la atención de contestarme. Escribí á mis amigos de Sonora y Sinaloa con el mismo objeto, y ellos me contestaron que me rascára con mis propias uñas. Apremiado

por la necesidad tuve que servir de cochero á un dentista nombrado Jackson, quien me dió el empléo prendado de mi blanca dentadura, que le servía de réclame por donde quiera que íbamos. Muerto Mr. Jackson de efectos de una borrachera, conseguí colocarme de camarista en el hotel la Estrella de Occidente, situado en 1861 en la Avenida Montgomery. El hotel se incendió á fines del mismo año, y yo volví á la calle, durmiendo por las noches bajo el maderámen de los muelles, y vagando al acaso durante el día. Esa miseria emponzoñó mi carácter é ideas de venganza cruzaban por mi mente á todas horas. A nadie sorprenderá, entónces, si digo y confieso que sentí júbilo al saber que el Gral. Prim había desembarcado en Veracruz al frente de las huestes españolas. La llegada de los franceses, y la declaracion de crear un Imperio en México, puso el colmo á mi dicha, y obrando á impulsos del más legítimo resentimiento, acudí á ver al Cónsul de Francia en San Francisco, al que enseñándole mis despachos militares, ofrecíle engancharme con el grado de Capitan en las

tropas francesas que se disponían á salir para Guaymas. El Cónsul fué á bordo á conferenciar con el Gral. Castagny, Jefe de las fuerzas expedicionarias, resultando que yo fuera dado de alta en el Estado Mayor del Gral. imperialista.

En Marzo de 1863, en la mañana, anclamos frente á Guaymas, y á las dos horas pisábamos la tierra mexicana. La pequeña guarnición juarista evacuó la plaza, siguiéndola las familias del puerto, pues álguien había propalado el rumor de que los valientes soldados de Napoléon se comían crudos á los niños y asaban á las viejas á la parrilla.

Castagny, que con un antejo observaba la fuga de los habitantes, encendiése en rábía, y llamando al Coronel Berthier le gritó:

—Coronel, enfile usted una batería y mande unos cuantos botes de metralla á la retaguardia de esos carneros.

Luego, volviéndose á mí, el Gral. me preguntó:

—Monsieur le Capitaine, ¿cuál es la casa más rica de este poblacho?

—La del Sr. Cubillas, mon General, él es

el hombre más rico de Guaymas.

Yo no era amigo ni enemigo de Don Fernando Cubillas, pero no era persona grata para mí por ser compadre de García Morales, autor de mis recientes tribulaciones.

Y en la casa del acaudalado comerciante nos alojamos. Bajo ese techo hospitalario Lúculo estaba en casa de Lúculo, y nuestra permanencia ahí fué un continuado banquete, pues el Sr. Cubillas era un epicuro de la antigua escuela. Yo principiaba á tomar á lo sério mi papel de imperialista, aunque diré á ustedes en confianza que á un soldado de fortuna como yo le sientan mal ideas determinadas en política, pues como vive de la discordia, la discordia debe ser su elemento.

Un día recibí *pitazo* de que Don Matías Alzúa, opulento negociante sonorensé, vivía retirado en el Mineral de Broncos, desde cuyo retiro protegía pecuniariamente á García Morales, á Pesqueira y á los demás jefes republicanos. Este Sr. Alzúa me había inferido grave ofensa allá en mis mocedades, y yo me apresuré á vengarme de él. Induje, pues á Castigny para que fuéramos á los

Broncos, exagerándole el valor de los caudales que Alzúa manejaba. El Comandante francés aceptó del momento, y seguido por un escuadron de cazadores de Africa, nos dirigimos á los Broncos.

—Me conoce usted? dije á Alzúa golpéandome el pecho.

El hacendado me miró, luego sonrióse, y hablando en excelente francés á Castigny, repuso:

—Mon Dieu! éste es el rapáz de Camonina, hijo de Luis Caramocha, *le petit boucher* de Culiacan.

Ahora, yo había dicho á Castigny que mi familia era una de las más aristocráticas de Sinaloa, y la púlla maliciosa de Alzúa, traída fuera de lugar, púsome de un humor detestable, y juré para mis adentros que muy caro la pagaría. Y me la pagó con usura.

Castigny tenía la apariencia de un chile relleno y colorado, con un cerviguillo de toro y ojillos grises y bailadores: bebía como una esponja y sus vinos favoritos eran el borgoña y el champafia. Así es que ántes de sentarnos á la mesa, díjele que el Sr. Alzúa era uno

de los más afamados catadores de Sonora y que su bodega contenía los vinos más añejos de Francia y de España, y al decir lo anterior yo estaba en lo cierto.

—*En verite? C'est incroyable!* replicó el Gral. abriendo la boca de oreja á oreja. En semejante agujero vinos añejos?

Y sin más ni más, ordenó á nuestro huésped que sirvieran jerez, oporto, borgoña y champaña.

—Lo siento infinito Sr. General, pero en la casa no hay mas de dos docenas de vino tinto y con franqueza, no muy bueno.

El rostro de Castigny ennegreció de enojo, y golpeando la mesa con el puño cerrado gritó:

—*Taisez vous*, vengan los vinos ó prendo fuego á este nido de juaristas!

Para evitar una tragedia interpose mis buenos oficios, exponiendo al Sr. Alzúa que toda resistencia sería inútil, y que valía más su vida que todos los viñedos del mundo.

—No te perdono esta mala jugada, Camonina.

—Lo siento, Sr. Alzúa, mas yo prefiero que

se derrame el vino y no la sangre.

—El vino ageno y la sangre propia?
Siempre filósofo, Camonina.

—Toujours!

* * *

De mis correrías como guerrillero franco-mexicano en los Estados de Sonora y Sinaloa, podría escribir volúmenes, profusion que no permite el carácter sintético de mis *Memorias* pues con las aventuras que me pasaron un solo día, llenaría un fóllo de quinientas páginas. Conocedor del terreno por haberlo trillado en mis mocedades en todas direcciones, guíaba á los franceses por serranías y llanuras, contribuyendo de esa manera á las derrotas sufridas por Pesqueira, García Morales y Pancho Heras.

En Magdalena estuve á punto de perecer á manos del indio Refugio Tánori, quien celoso del ascendente que yo tenía cerca de Castigny, me buscaba camorras con un pretexto ó el otro. Ese conato de homicidio tuvo lugar de la manera siguiente: había en Magdalena un restaurant francés cuyo dueño, Monsieur Fuller, me había cobrado entrañable

afecto. Una noche él y yo nos habíamos quedado á la mesa jugando alburillos por *plaisir*, cuando de repente entró Tánori seguido de dos satélites, bastante ébrio y vociferador. Pidió dos copas de coñac y el francés se levantó á servirselas. Despues de haber bebido, Tánori se acercó á donde yo estaba y me dijo, con grosera altanería:

—Por qué no se para usted á saludar á su General, capitancillo de.....

E iba yo á pararme para darle explicaciones, cuando el rufian, sin más preámbulos me disparó su pistola á boca de jarro. La bala me llevó un mechón de cabellos y fué á estrellarse en una piedra de esas que hay en Sonora para filtrar el agua. Por fortuna mia el indio no tenía más armas de fuego y sus compañeros lograron calmarlo y sacarlo del restaurant.

En el temor de que ese salvaje atentára otra vez contra mi vida, solicité y obtuve de Castigny el pasar á Sinaloa, donde además de jugarse más, se peleaba ménos. Pero en esto último me equivoqué de medio á medio, pues no bien hube cruzado la línea divisoria,

cuando comenzaron nuevamente los sustos, las carreras y los tiritos. Yo montaba un soberbio garafion árabe, tordillo quemado, y por el cual había pagado seiscientos pesos á un Teniente-Coronel de la Legion Extranjera. Mi garafion se llamaba Bebé, y era más ligero que el viento de tempestad. Bebé tenía la cualidad, como yo, de hacerse del muerto cuando convenía, y tenía con migo otras afinidades sorprendentes: por ejemplo, cuando el enemigo se avistaba y detonaban las primeras descargas, se ponía á temblar y avanzaba precavidamente á la grupa de los últimos caballos; y si estos retrocedían y volvían grupas, al mio le nacian alas en la retirada. Como iba diciendo, apenas me encontraba en Sinaloa cuando Rosales se nos echó encima en un lugar llamado San Pedro. Yo marchaba á la vanguardia, mas por una evolucion de mi inteligente animal, halléme de súbito á la retaguardia. Esos guerrilleros de Rosales peleáron ese día como gatos boca arriba, y fué en vano el heroico valor que desplegaron los franceses, que acribillados de balas ó heridos por el mortifero machete,

caían en filas y grupos, y aún caídos blandían el marrazo abriendo pechos mexicanos.

Bebé relinchaba y retrocedía, sacudiendo la cabeza y estornudando cuando alguna bala perdida pasaba silbando: presencié escenas de indómito valor de una y otra parte. Un oficial de la Legion Extranjera, pié á tierra y con la espada cubierta de sangre hasta la empuñadura, se batía cuerpo á cuerpo contra ocho guerrilleros de caballeria que le embestian en semicírculo: uno de los republicanos se retiró, y desatando la riata echó lazo al bravo oficial arrastrándolo por entre la tupida nopalera.

No muy léjos distinguí á un jóven sargento, chiquitín, pero bravo como un leon, que venía retirándose pié á pié, acosado por media docena de ginetes. Con el marrazo en la carabina y la carabina en las dos manos, paraba y daba estocadas, y desde que le observaba había puesto fuera de combate á dos enemigos. De improviso el jóven sargento, viéndose perdido, se tiró al suelo y agazapándose bajo el vientre de los caballos, saltó un vallado, corriendo en línea diagonal

hacia donde yo estaba. Los dragones le siguieron á rienda suelta, lo que visto por mí me dije que ya era tiempo de poner pies en polvorosa, mas apiadado del francesillo le grité :

—*Par ici, mon galliard, par ici, vite!*

El fugitivo se detuvo, volvió la vista, y de un salto, se colocó á la grupa de Bebé. Mi caballo, que como yo, había nacido para corretear, ya no diré corría, volaba por entre nopaleras y potreros, salvando zanjas y cercas con vertiginosa velocidad. Y no paramos hasta llegar á Altata, y allí nos embarcamos en el vaporcito de guerra *Lucifer*.

* * *

El *Lucifer*, que conducía un batallón de zuavos para Sonora, puso la proa con rumbo á Guaymas, y heteme ahí, por los azares del destino, regresando al teatro de mis anteriores fazañas. A bordo supe el nombre y la historia de mi sargento : se llamaba Pierre de Benoissat, era un vizconde de la nobleza de Turena y traía los bolsillos llenos de napoleones de oro. Del momento que oí sonar las monedas, mi baraja apareció en escena :

—¿Juega usted, Monsieur le Vizconde?

Jugamos toda la tarde, y al meterse el sol, oscureció en los bolsillos del Vizconde.

A principios de Abril de 1865 desembarqué nuevamente en Guaymas, y desde luego fui incorporado como guía y por haberlo solicitado, en la columna del Coronel Garnier. Este, en la apariencia, era un Quijote traducido al francés: alto, flaco, de piel apergaminada y tostada por la intempérie, con ojos azules y corva nariz, presentaba cuando montaba á caballo, el anguloso perfil de una de esas ilustraciones de Gustavo Doré que se ven en los libros del héroe manchego, y aún la campifia sonorensis, con sus tonos de pizarra y gris perla, daba al contraste mayor realismo.

El 15 de Abril se tuvo noticia en Guaymas de que el Gral. Pesqueira se hallaba en el interior organizando crecidas fuerzas que algunos hacían llegar á tres mil. Recibiéronse en el cuartel general órdenes imperativas para que se le atacase sin demora, y si era posible, por medio de un albazo. Celebróse un consejo de guerra que duró toda la

tarde; el Coronel Garnier me mandó llamar y me dijo:

—Capitan, sé que usted conoce, como la palma de la mano, la topografía de Sonora. ¿Puede usted guiarnos, por la noche, á cualquier punto determinado en el mapa de esta region?

—Con los ojos cerrados, mi Coronel, le repliqué cuadrándome militarmente.

—Tres bien; dentro de una hora nos ponemos en marcha.

A las diez salimos de Guaymas á la sordina, y yo, seguido de una escolta de cazadores de Africa, me puse á la cabeza de la columna expedicionaria. Por el camino iba pensando en Pesqueira y en la suerte que le esperaba si era cogido por los franceses. Más de una ocasion y en el curso de mi procelosa existencia, formulóse contra mi el cargo de ingratitud y hay personas que me califican de ser hombre sin corazon y sin conciencia. ¿Mas para qué refutar con palabras lo que puedo y he aplastado con hechos?

Como soldado y defensor de la causa imperialista, yo no cometía un acto de felonía

al poner á los franceses en la pista de Pesqueira; como amigo tampoco, porque en política no hay amigos. Pero él me había hecho favores y yo me resolví á salvarlo, al ménos dándole tiempo para que se escapára á uña de caballo. Pero esos medios ¿cómo encontrarlos? Devanábame los sesos en resolver la dificultad, cuando de improviso se me ocurrió una idea, y deteniendo á mi cabalgadura me dirigí á los cazadores de la escolta en estos términos:

—Hay alguno entre ustedes que hable español?

—*Moi!* respondió uno de los soldados picando espuelas y acercándose.

—Ningun otro? insistí para estar en lo seguro.

—*Personne!* dijo el mismo cazador, á quien sus camaradas apodaban Papá Boulard.

A las cinco de la mañana nos hallábamos á seis leguas de distancia del campo de La Pasion, donde se hallaba Pesqueira con tres mil hombres, en su mayor parte reclutas y peones agarrados de leva en las haciendas y ranchos vecinales. Nosotros marchábamos á

media legua á la vanguardia de las tropas, cuyas bayonetas y uniformes, cuando mirá-bamos hacia atrás, brillaban á los rayos del sol naciente. Las distancias se estrechaban y el tiempo urgía, y la oportunidad que yo anhelaba no ocurría. Por último, á un lado del camino y en un potrero cercado, ví á un vaquero dando de beber al caballo. Sin advertir su presencia, cejé mi cabalgadura y dirigiéndome á Papá Boulard exclamé :

—Vaya usted á todo galope y diga al Coronel Garnier que nos encontramos á cinco leguas del enemigo.

Boulard se alejó al galope, y entónces yo, deteniéndome frente al vaquero, le llamé para que se acercára, lo que hizo con sombrero en mano.

—De quién es la hacienda donde sirves?

—Del Sr. Cubillas.

—Como te llamas?

—Macario Cruz.

—Bien, Macario, á media legua de aquí vienen los franceses y estarán en La Pasion dentro de tres horas. Corre, monta á caballo y dá la noticia á Pesqueira, pero hazlo con

mucho disimulo. Aquí está tu paga.

Y le pasé unos cuantos pesos del cuño de Maximiliano; pero él los rechazó con rústica dignidad que no dejó de cortarme.

El vaquero se alejó, apretó la silla de su bronco, y recogiendo el cabestro, montó y al trote largo se encaminó por la vereda de Palos Gachos. Ya dentro de la espesura, arreció el paso y luego dió rienda suelta, desapareciendo presto á espaldas de una ladera.

Sorprendimos el campo de La Pasion, pero gracias á mí y á las pezuñas de su caballo, Pesqueira no fué crucificado.

En un mes salvé la vida de un Vizconde y un General, hecho que suplico á los historiadores de Sonora me carguen en cuenta.

CAPITULO VIII

Dejo las Espuelas de Guerrillero y el Sombrero Chambergo por la Flamante Librea Cortesana. — ¡Muchachos! ¡Viva mi Emperador!

La derrota de Pesqueira en la Pasion desgranó la mazorca republicana, pues estallaron pronunciamientos en favor del Imperio en Sahuaripa, Alamos y Altar. Los gandaristas secundaron el movimiento estableciendo su cuartel general en Santa Rita, desde donde emprendieron incursiones depredatorias que por su sanguinaria ferocidad habían disgustado aun á los mismos franceses. Garcia Morales, mi legendario enemigo, se encerraba en Ures, mientras que ese espartano que se llamó Ro-

sales; sucumbía en Alamos envuelto en la bandera mexicana. Con motivo de esa serie de victorias de nuestra parte y descalabros de la parte contraria, los más días eran de fiesta en los campamentos franceses.

El Coronel Garnier y yo nos habíamos hecho inseparables amigos, y en campaña ó en cuartel, yo pasaba los días y las noches á su lado. Taciturno de ordinario, los oficiales le llamaban el *Chevalier la Mort*, y un joven capitán de zuavos de nombre Eglantine se divertía en caricaturarlo á lápiz en actitudes y situaciones más ó menos grotescas, pero siempre lúgubres. Yo le llené el ojo, como suele decirse, y de mí no se apartaba, abrumándome con toda clase de confianzas. De convicciones republicanas y ardiente patriotismo, tenía en menosprecio á los mexicanos imperialistas, y cuando supo el fin trágico que había tenido Rosales en Alamos, se puso funerariamente serio y luego me dijo con voz cavernosa y honda emoción:

—¡ Por San Ives ! de buena gana besaría la tierra que cubre la fosa de ese republicano.

Cuando los vapores del borgoña le subían

al cerebro, entraba en disertaciones sobre la mision democrática y regeneradora que tenía en el mundo la Francia republicana.

Una noche y encontrándonos acampados frente á Ures, Garnier me mandó llamar á su tienda con un ordenanza, á donde me dirigí después de haberme embozado en mi zarape del Saltillo. Me acuerdo que era en Noviembre de 1865, y la noche, fría, opaca y estrellada, parecía transmitir los rumores y sonidos con vibraciones más sonoras. En el interior de la tienda, sentado en una silla de tijera y frente á una mesa cargada de botellas de champaña, se hallaba el Coronel Garnier. Por el ojo vidrioso, la mirada incierta y purpurina nariz, conocí que había bebido y seguía bebiendo.

—Sentaos, Capitan Camonina. Un vaso de champaña? Por San Ives! qué sería la vida en estos desiertos sin el vino? Aquí tiene usted á los primeros soldados del mundo metidos en lo que no nos importa por sostener en el trono á un austriaco. Sabe usted lo que son los austriacos, amigo Camonina?

Pues son los enemigos de Francia, son los esbirros de Europa. *¡Mort de mon pere!* Ja, ja! Ese García Morales es un *renard*, y apuesto mi caballo á que se nos desliza de Ures.

Toda esa tirada fué dicha á grito abierto y ya algunos de los oficiales, atraídos por el ruido, se detenían frente á la tienda ó se alejaban riendo con expresiones como estas:

—Pardiez! otra mona del *Chevalier la Mort!*

De pronto el Coronel se levantó, y agarrándose la mano, me arrastró fuera de la tienda, preguntándome:

—Nunca ha oído usted el canto de Diéu, Capitan?

—No, coronel, cual es?

—Este:

Y con voz estentórea se puso á cantar:

*Allons enfants de la Patrie,
Le jour de gloire est arrive;
Contre nous de la tyranie,
L'étendart sanglant est leve.*

Mas llegó en esto una patrulla, vino despues el General, y mi amigo el Coronel

Garnier fue llevado al día siguiente ante una Corte Marcial.

De resultas de un ataque de insolación caí gravemente enfermo en Guaymas, permaneciendo en el lecho y con delirio durante siete días: cuando recobré el discernimiento admiré el hallarme en un cuarto muy aseado, con flores en la rinconera y otros pequeños adornos que denotaban la presencia de una mujer. ¡Alguna hermana de la caridad! pensé incorporándome en las almohadas. Mas en esos momentos abrióse la puerta y una muchacha de elevada estatura se acercó á la cama tendiéndome los brazos.

—Alabado sea Dios, me conoces, amor mio?

—Marta!

—Jorgete!

Su presencia fué para mí una revelación, y ella me contó en seguida que al saber de mi enfermedad había emprendido el viaje desde Mazatlán, asistiéndome de día y de noche, asegurándome que los médicos habían deseperado de salvarme la vida. Conmovidó por esa sublime abnegación, vertí más lágrimas

que un cocodrilo de los esteros de Florida.

—Papacito—reasumió Marta desprendiéndose de mis brazos—voy á traerte, para que la conozcas y la beses, una amiguita.

Y radiante de felicidad, salió de la habitación.

Diferente idea surcaba por mi mente, idea que no dejaba de inquietarme, y fué ésta:— ¿me habrían sido robados los mil pesos que dejé en mi cartera?

Salté de la cama y registré mi ropa: ¡intactas se encontraban en la bolsa las cinco notas de á mil francos del Banco de Francia!

No me preocupó de quién hubiera pagado médico y medicinas, pues lo esencial consistía en el hallazgo de l'argent. ¿Qué me importaba lo demás?

Mi querida reapareció entónces con una criatura de pecho, los diminutos brazos de ésta enlazados al cuello de la madre:

—Tu primera hija, Papacito!

Pésimos informes me dió Marta de la guerra en Sinaloa; díjome que Angel Martinez y Ramon Corona habían vapulado á los

franceses, que los mexicanos imperialistas estaban siendo exterminados sin misericordia por aquellos gefes republicanos, que ya se preparaban á invadir á Sonora; que en este Estado García Morales rehacía sus fuerzas, que Pesqueira intentaba volver de Arizona y que muchos de los traidores....

—¡Marta! Esa palabrota de traidor suena muy mal y solo la emplean gentes vulgáres y mal nacidas. Hazme favor de no volverla á pronunciar, pues si te oye Don Emilio Lamberg....

Pasto para la reflexion diéronme las malas nuevas de Marta, y á medida que más reflexionaba, más y más me persuadía de que era indispensable dejar la Frontera y trasladarme sin demora á la capital. ¿Qué he ganado en estos andurriales? Sustos y porrazos, hambriadas y asoleadas, y si me descuido, un tiritito y allí paramos de contar. Esto no puede continuar así, Camonina;—me dije razonando—Dios te dió talento, ingenio y gallarda, aunque no grande estampa. Qué te hace falta? No es precisamente la audácia, qué te hormiguéa de los piés á la

cabeza, ni la imaginacion, que llauéa dentro de tí, ni menos el gracejo, que á veces se atropella por salir á la boca. Ahora, si á estas cualidades de un órden natural agregas las adquiridas por medio del artificio, imagina hasta donde podrás llegar en un centro como México, donde dicen que algunos de los chambelanes del Emperador son tan feos, que para presentarlos á la Emperatriz fué necesario que ántes enseñáran sus retratos á Su Magestad, para irlos familiarizando con sus respectivas fisonomias y no darle un susto repentino, que hubiera sido de funestas consecuencias.

Maduré, en los dias que siguieron á mi convalecencia, mi plan de retirada, y ya redondeado, tuve una prolongada conferencia con Lamberg, de la que resultó que yo saliera con direccion á México por la vía de Panamá. Nos hicimos al vapor al medio dia, y desde tierra, soldados y habitantes nos daban la despedida, agitando pañuelos, kepís y sombreros. Un sol de fuego reverberaba en un mar medio dormido y de color plomizo, y cuando, ya en alta mar el buque aceleró su

marcha poniendo su proa hacia el Sur, la costa del Pacífico se fué borrando, y no se por qué tuve el presentimiento de que nunca más volverían á verla mis ojos, y desde ese dia la tierra de Sonora y Sinaloa, sepultó en sus soledades el pasado humilde y azaroso del último de los Camoninas. ¡ Adieu!

* * *

El 18 de Enero de 1866, entraba por segunda vez á la capital, en una y otra bajo diferentes condiciones: en la primera, como chinacate; en la segunda, como imperialista: en aquella, sin un petate donde caerme muerto; en esta, con cinco mil francos y otras tantas ilusiones. Entré por la mañana, y por la tarde, fuíme á echar un vistazo por calles y paseos, encaminándome hacia el Paseo de Bucareli. Con mi sombrero de media oreja mi negro bigote retorcido y mi fronterizo, uniforme, nó habia gente que me pasára de largo sin mirarme, los hombres con envidia, las muchachas con un suspiro, los caballos con un relincho y los perros con un festejo ó un ladrido. No lo digo por presuncion ó vanagloria, pero al pasear por Bucareli, mas

de una opulenta damisela asomaba la cabeza adorable á la portezuela del carruaje á fin de mirar á sus anchas mi porte—¿diré distinguido?—nó, original, y eso que en el Paseo había enjambres de guapos oficiales franceses de todas graduaciones y no pocos gentiles-hombres de alto linage. Seguí andando cuando de improviso noté en la multitud un movimiento de sorpresa y curiosidad, y á un lado y otro de la avenida los paseantes se detenian y miraban hacia atrás, con exclamaciones de:

—Ahí viene, ahí viene!

—Quién viene? pregunté á un leperito que á ese tiempo pasaba comiendo cacahuates.

—Pos quien ha de ser, el güero Máximo.

—Quién? repetí impaciente.

—El Empelador!

Avancé colocándome en primera fila entre los peladitos, y de pronto desembocó una carretela tirada por un tronco de caballos blancos. Reclinado en el respaldo, distribuyendo sonrisas y saludos, venia un personaje de aspecto aristocrático pero insípido, de barba rúbia y partida y ojos azules y melan-

cólicos. Yó, acostumbrado á ver en la Frontera hombres de rostro sanguineo y feróznente expresivo, revelando accion en cada una de sus duras líneas, el exangüe semblante de Maximiliano y su rígida y ceremoniosa apostura, dióme la idea de uno de esos manequís de cera que habia visto en una tienda alemana de Mazatlan. ¿Cómo era posible que un temperamento de leche y pasta como el de él, pudiera poner á raya á mis paisanos, que entonces necesitaban, cual ahora necesitan, de un hombre de hierro y plomo como lo es mi respetado amigo el Sr. Gral. Diaz? Estremecíme al pensar en los peligros que le rodeaban y su impotencia en domeñarlos, y abriéndome paso á codazos por entre la masa de léperos é indias de inflada crinolina, me quité el sombrero y con toda la energía de que soy capáz y arrojando un puñado de reales á los peladitos, vociferé:

—Muchachos ! ¡ viva el Emperador !

Maximiliano me vió, oyó el viva, saludó y luego pasó al trote largo, en tanto que yó, con sombrero en mano me quedé viéndolo hasta que se perdió de vista al tornar la Avenida.

Allí permanecí como un cuarto de hora, y ya me retiraba para mi alojamiento cuando un ayudante me atajó el paso preguntándome :

—Como se llama usted ?

—Jorge Camonina, Capitan fronterizo.

—Donde se aloja ?

—Hotel San Carlos, cuarto No. 28.

El ayudante saludó y partió al galope.

* * *

Había traído dos cartas de Lamberg : una para Don Miguel Hidalgo y Terán, chambelán del Império, y otra para S. M. el Emperador.

Terán vivía en la calle del Seminario y era un hombrecillo afectado y puntilloso, uno de esos éntes que tienen el corazón momificado para las grandes pasiones, los que no obstante haber pasado toda su existencia entre indios, pretenden ver pages y condesitas por todas partes.

Después de haber leído atentamente la carta de Lamberg, la dobló esmeradamente, y sin quitarme de encima los oblicuos ojillos exclamó con cierta aspereza :

—Y cómo tiene usted el atrevimiento de querer ser presentado al Emperador en ese traje de bandido de ópera bufa ?

Mas observando que mis orejas ardian y el bigote se erizaba amenazadoramente, añadió suavizando la expresion :

—Si tiene Vd. dinero mándese hacer un traje decente, y sinó, yó se lo proporcionaré, de todas maneras, yó no puedo llevarlo con su Majestad en ese horrible travesti. ¿ Me dispensa Vd. que le haya hablado con franqueza, Sr. Cápitán ?

De regreso á mi hotel, meditaba sériamente en lo del traje, pero la claridad de mi inteligencia nunca se ha afuscado y me decia para mis adentros :—El Emperador, por lo que he oído decir y lo que he observado, gusta de tipos nacionales en toda su originalidad, y aún él no desdeña vestir de charro. Luego, es mas fácil que le agrade vestido como vengo, que vestido de etiqueta, en lo que estoy cierto enseñar el cobre. Camonina, Camonina; ten cuidado que estás por bailar un jarabe sobre una huevera !

Al llegar al Hotel de San Carlos, salió á

encontrarme el mismo Ayudante de la vispera, y despues de saludarme me dijo que le siguiera.

—Voy preso ? pregunté poniéndome en guardia, pues ese diablo de Lamberg era muy capáz de haberme dado las cartas de Urías.

El oficial me respondió diciéndome que no le hiciera más preguntas, que el tiempo urgía y el Emperador deseaba verme.

¿Les parece á ustedes inverosímil lo que digo ? Pues más me pareció á mí entonces, y aun me parece hoy, pero los hechos de la vida real, y de una vida como la mía, dejan muy atrás los de la imaginacion y la novela. Me entoné para la entrevista, y con el mayor aplomo y desparpajo, esperé en la sala con pecho dilatado, nervio de acero y ojo avizor.

CAPITULO IX

Maximiliano y su Corte-- Mariposas y Espinás.

En la antecámara había generales y ricos burgueses, viudas en solicitud de una pensión y aventureros de todas nacionalidades en espera de un empleo cualquiera, éstos últimos, y los generales, elegantemente vestidos. Fui objeto de necia curiosidad, durante algunos minutos, para toda esa familiar caterva, y un chicuelo que estaba en el regazo de una señora inmediata á mi asiento, se soltó chillando al ver de cerca el águila de mi sombrero, cuya víbora plateada tenía por ojos dos grandes zafiros. Afortunadamente apareció en esos instantes un jóven chambe-

lan, de bigotito corto y perfumado, y que despues supe llamarse Pedro Celestino Negrete, quien dijo al entrar :

—¿ El Capitan Camonina ?

—¡ Presente ! respondí levantándome con prontitud.

—Venga usted por aquí—dijo el chambelan, no sin haberme ojeado ántes con un aire de proteccion.

Pero habiendo notado que yo no me despegaba de mi gran sombrero sonorensé, observó comedidamente que lo dejára en la antesala.

—Y si me lo roban ? exclamé de rondon.

Uno de los viejos generales bufó de indignacion, y el otro, un mutilado, estuvo por lanzarme á la cabeza una muleta, mas á una seña del chambelan se apasiguaron, y yo entré al Santuario donde esperaba ver el trono de mi Emperador.

Pero en vez de trono solo distinguí en el interior una mesa en forma de herradura, y tras de la mesa, de pié y hablando con un eclesiástico, á mi noble soberano, cuyo semblante aristocrático y frío, á la luz penumbral,

más semejanza tenía al San Miguel Arcángel de Murillo, que al de un hombre de carne y hueso, semblante incolóro que no dejó de desilusionarme.

Sin más ceremonias y *avec un gout parfait* me posterné á sus plantas, y cogiendo en la mia su delgada y blanca mano, beséla con reverente fidelidad, á la par que decía:

—Mi Emperador! Mi Emperador!

Con exquisita urbanidad Maximiliano me ordenó que me levantára, y ya de pié, me dijo que había recibido una carta de Lamberg elogiando mi actividad, osadía y penetracion.

—¡Cáspita! lo había olvidado con la emocion del momento, pero si Su Magestad me lo permite....

Y acordándome de la misiva que Lamberg me había dado, saquéla del bolsillo y se la entregué....

—Que es esto? exclamó asombrado desenvolviendo el paquetito.

—Una baraja!—interpuso el eclesiástico pulverizándome con terrible mirada.

Como ustedes lo oyen, un naipe y de los finos, que por culpa de mi atolondramiento,

había traspapelado con la carta de Lamberg. Pero ese incidente, que en otro individuo habría ameritado una sumaria destitucion, en mi fué motivo de privanza, pues Maximiliano, pudiendo apénas contener la risa, me devolvió la baraja, agregando con delicada ironía, sin duda para darme ánimo :

—¿Es un souvenir de familia, Capitan?

—Casi, casi, y tiene su historia, que voy á referir á Su Magestad. Una vez y en Sonora, Castigny me ordenó que á la cabeza de cincuenta dragones fuese á atacar á un guerrillero juarista llamado Pasalagua. Nos encontramos en el rancho de los Organos, y nuestras fuerzas eran iguales, es decir, traíamos cincuenta hombres cada uno. El combate fué encarnizado, y á las cinco de la tarde, cien combatientes yacían en el campo de batalla, y solamente quedábamos con vida Pasalagua y yo, pero seguíamos peleando cuerpo á cuerpo y con espadas. Sucedió que nuestras espadas se rompieron al mismo tiempo, y entónces nos quedamos inermes y vis á vis, resollando recio y pataleando.

—¡Es usted mi prisionero!—gritó Pasa-

lagua.

—¡Lo es usted mio!—repliqué disponiéndome á usar los puños.

Empéro, el guerrillero juarista, que era hombre de travestura, me propuso que en un álbur decidiéramos quien había de ser prisionero de quién otro. Yo acepté, jugamos, gané el albur, conduciendo en seguida á mi prisionero al cuartel general. Una hora ántes de ser fusilado, Pasalagua me dió el naipe como un souvenir.... Su Magestad tiene razon!

* * *

El Ministro del Interior me dió de alta en el cuerpo de policia militar y secreta, la que tenía por objeto el pulsar el estado de la opinion pública y dar cuenta al Superior de cuantas conversaciones políticas se oyéran, siendo necesario, para llenar ese fin, el mezclarse entre todas las clases sociales. Su Excelencia el Ministro, al confiarme tan peliaguda mision por deseos expresos del Emperador, informóme que en la clase media radicaba el peligro que amenazaba al Imperio, y que yo procurase, con tacto y diligencia el

frecuentar, principalmente, los centros donde se reunían familias de esa clase, sin descuidar así mismo el vigilar á la ínfima y á la aristocracia.

Víme forzado, en virtud de mi novísima posición, á prescindir de mi chamarra y roja banda, y asistido con las artísticas tijeras de Monsieur Janin, que en 1866 era en México el sastre á la moda, al cabo de nueve días salía por esas calles de Dios, fresco, esponjado y rozagante como una lechuga de Primavera.

La mañana del estreno me eucerré á solas con el espejo, y haciendo evoluciones y piruetas frente á él, le preguntaba :

—Soy yo ó no soy yo, y si no soy yo, quién soy ?

Y el espejo me respondía :

—Tú eres, Camonina, mas si he de hablarte con franqueza, más me gustas en arréos truhanescos que en cortesana envoltura. Enderézate el sombrero, que ladeado como está, más trazas llevas de leperuno que de hidalgo. ¿Y esa mascadita encarnada que asoma en la bolsa del pecho, quémala ó escondéla, que es prenda cursi cuando ense-

fiandola se porta. No te menées al andar ni te desplantes al saludar, que el menéo y el desplante son maneras de tahúr y de gallero.

—Qué tal ahora?

—Arrogante! Y si yo fuera Camonina, sabes lo que haría?

—Dílo.

—Perseguir á Vénus Citeréa y dejar á un lado la política. ¿Si no amas cuando jóven, quién te querrá de viejo? Déjate de peloteras y pon una pica en Flandes.

Ese sabroso diálogo fué interrumpido por la llegada del Mayor Mendizábal, quien venía á darme ciertas privadas instrucciones de parte del Ministro. Díjome, en primer lugar, que vigilára á un vendedor de cigarros que tenía un cajon en el Portal de Mercaderes, pues se sospechaba en el gobierno que estuviera en correspondencia con algunos juaristas, y que diera aviso oportuno de lo que descubriera.

Mendizábal era un poblano, primo de Don Sebastian Mier, astuto, receloso y protegido de Don Leonardo Márquez. De pequeña estatura, color cetrino y sepulcrales ojos, la

presencia de Mendizábal causaba la misma sensación que se experimenta cuando se vé un reptil, pues era uno de esos individuos que destilan veneno por todos sus poros.

Al despedirse, cerraba ya la puerta retirándose con cauteloso paso, cuando la volvió abrir, y presentándome una tarjeta de invitación, dijo, con vocesilla lenta y precisa :

—A propósito, Sr. Capitan, esta noche la familia Cervantes, en su casa de la calle del Indio Triste dá un gran baile. Sería conveniente que usted concurriera. . . . Muy buenos días!

Se entiende que esa invitación no era más de un mandato, y aunque yo nunca había estado en encopetadas tertulias, ni sabía conducirme en sociedad simplemente porque no la conocía, mi vanidad se sintió halagada, y no queriendo acordarme de que yo solo era un policía que iba á oler para estornudar, me hice la ilusión de que mi buena estrella iba de pronto á nacer en un cielo sin nubes, é imágenes luminosas é imposibles quimeras, agoviaban mi cerebro con su pesadumbre de oropeles.

Estábamos en el mes de Mayo y la primera tormenta de la estación lluviosa amenazaba desgajarse en torrentes sobre el Valle de México: densos y negros nubarrones velaban la luz solar, y á intervalos, el pico nevado del Popocatepetl surgía de los sombríos y móviles cortinajes de nube, cual faro de diamante én mar tenebroso.

¿Qué clase de pájaro será ese cuyas alas estoy encargado de cortar?

No bien había entrado al Portal de Mercaderes cuando el chubasco se desencadenó en toda su fúria: el relampaguéo deslumbraba, los truenos ensordecían. Hago mención de esa tempestad, porque fué la primera que en mi vida presenciára, pues en Sonora y Sinaloa llueve muy poco, y las tormentas no tienen la poética grandeza de estas que revientan sobre la mesa central y el valle.

Comencé á pasear de un extremo á otro del Portal, y á juzgar por la descripción de Mendizábal, creí distinguir á mi cigarrero, tras un cajón alrededor del cual charlaban algunos ciudadanos, que al menos en la apariencia nada tenían de conspiradores

Al discurrir de un lado para otro, incierto de si me acercaría ó no al sospechado, llamóme la atencion una linda muchacha que vendía dulces en uno de los cajones adyacentes. A su vista, despertáronse en mí los instintos plebeyos, y ladéandome el sombrero hacia la oreja derecha—¿qué hubiera dado en esos momentos por mi sombrero jarano y mi blusa sonorense?—me paré cerca de ella comiéndomela de ojos. Me parece aún estarla viendo, y al evocar su sombra adorada siento el alma dolorida: tenía negros los ojos, aperlado el color y delicadas las facciones. Sombreada el labio un bocito aterciopelado, parecido á esa finísima pelusilla que tienen los melocotones. De estatura era más bien baja que alta, el talle de avispa y los movimientos de sílfide. Un pañolon de colores, prendido del seno, dejaba entrever la blanca y bordada camisa. El negro cabello sujeto con una de esas peinetas que usaban las chinas poblanas, se desbordaba hacia la frente estrechando sus líneas. ¿Sera el amor que llega, Camonina? Pero y Marta?

Abomino los dulces, mas esa ocasion me

acerqué y compré caramelos : quise florearla y ella se puso seria ; intenté conversar y me tapó la boca diciéndome que me retirara para dar campo á los marchantes.

Retíreme, es verdad, pero como los carneros, para topar más récio !

* * *

Mi amigo el conspirador respondía al nombre de Don Perico Sandoval y esa misma tarde fuí á verle á su alacena, más por interés á mi dulcera que en beneficio de mi Emperador. Era él un viejo muy hablador, y por lo tanto inofensivo, pues ya saben ustedes que perro que ladra no muerde.

—Una cajetilla de cigarros? Uf! cómo llueve en esta tierra.

Don Perico se quedó viéndome, y yo me puse á encender mi cigarro.

—Es usted forastero? me preguntó poniéndose de codos en la alacena.

Contesté que sí con una afirmacion de cabeza.

—¿Arribefío?

Repliqué que no de la misma manera.

Picada su curiosidad por mi silencio, s

propuso hacerme hablar, que es lo que yo quería.

—¿De donde es usted, si no es indiscreta la pregunta?

—De Sinaloa.

—¿De Sinaloa y no lo han matado los apaches?

—Nada más dos veces, y las dos resucité de pura chiripa.

Seguimos platicando y él desembuchó cuanto yo apetecía saber. Informóme que la dulcera se llamaba Soledad, originaria de Puebla segun unos, de Guadalajara segun otros, pero segun el entender de Don Perico, nacida y criada en el barrio del Tepito, en la misma capital.

Brindéle con una copa de coñac, atencion á que él correspondió llevando sus confianzas un poco más léjos.

—Pero no hay que pegarse chascos—concluyó bajando la voz—la muchacha es honrada á carta cabal. Y tal vez como usted la vé, con enaguas de indiana y rebozo de hilo, ha despachado con cajas destempladas á un viejo millonario que le hacía el oso con

malas intenciones.

—Ola, ola, esas tenemos? Don Perico, hágame usted el favor de aceptar otra copa de coñac, pues sin aceite no anda la broca.

—Venga ella, qué caray!

—Pues como decía, Chole rehusó los millones que le ofrecía en cambio de su honra el Sr. Béstiahago, diciéndole que solo por medio del casamiento perdería la prenda más codiciada que tiene una mujer, y que quien de diferente modo la pretendiera, perdería lastimosamente su tiempo, como el que se entretiene en echar rayas en el agua. Y así están las cosas: el viejo sigue más enamorado que nunca, y todas las mañanas, con pretexto de ir á la misa del Sagrario, pasa por aquí, tosiendo y poniendo los ojos en blanco como un borrego degollado. ¿Quiere usted conocerle Sr. . . . dispense usted, cual es la gracia de usted?

—Camonina.

—Militar?

—No, comerciante en géneros de carton.

—Qué le iba á usted diciendo Sr. Camonina?
Ah! ya caigo, decía que si quiere conocer á

Don Manuel Béstiafago, puede descolgarse por aquí muy demañanita, al toque de misa de ocho. Diantre! el cofiac me está haciendo cosquillas en el corazon, y ahora me acuerdo de que cuando el saquéo del Parian yo andaba perdido de amores.....

Pero tuve la pena de dejar á Don Perico con la palabra en la boca, pues mi jefe Mendizábal, al pasar, me hizo seña imperceptible para que le siguiera.

CAPITULO X

Juguete de la Fortuna -- Un Castillo de Naipes que se Desploma, y Otro que en el Aire se Sostiene.

Cruzamos la gran plaza y siguiendo por las calles del Arzobispado y la Moneda, torcimos á la izquierda para la del Indio Triste, donde la familia Cervantes tenía entónces su residencia. Antes de entrar, Mendizábal me cogió del brazo y me dijo :

—Capitan, va usted á ver, con sus propios ojos, lo que se llama aristocracia en este curioso paicesito de nosotros, y por unos cuantos tipos juzgará Vd. de toda la especie. Este baile de los Cervantes nó es mas de una tertulia de familia, mas por algunos frutos cono-

cerá usted el árbol. ¡Pobre Maximiliano! tiemblo por el futuro de su Imperio al verle rodeado, en las funciones sociales, por esa turba de ridículos monigotes, pobres de espíritu y de cuerpo, que no saben ganar un peso y gastan cientos.

—En albures? interrumpí á Mendizábal lleváudo instintivamente la mano á un naipe que ese mismo día había comprado.

—Nó, en perfumes y bolines de charol.

Sin llamar la atención nos deslizamos en el interior, instalándonos cerca de una docena de estólicas matronas, las que cuchicheando hacian elogios de sus respectivos pimpollos.

—Quién es ese caballero alto, rúbio, seco y deslavado que se restrega las manos á cada paso y se hace arco al saludar?

—Ése!—respondió mi Jefe, cruzando la pierna y arreglándose la corbata—pues es Chucho Cervantes, persona de romántico temperamento, quien una vez estuvo á punto de cometer suicidio al pié del balcon de su Julieta, simplemente porque ella rehusó arrojarle una camelia que tenía prendida en los cabellos.

—Y ese otro jóven de color de café con leche, que acaba de pisar un callo á ese otro señor de las patillas canas ?

—Ah ! ese es Lombardo, cuñado de Miramon, y su familia desciende en línea recta de un italiano llamado Lombardini, y que vino oficiando de barbero con el séquito que trajo de España el Virrey Galvez.

—Y el de más allá que baila un minuet con la gracia de un elefante ?

Mendizábal frunció colérico el ceño y luego dijo, mirando en la direccion que yo le indicaba.

—Nicolino y Eçchamona ; mi tío el Padre Mier me contaba que el fundador de la dinastía nicolínica había llegado á América en uno de los buques corsarios de Lorencillo, desertando en Yucatán en Febrero de 1684.

—Buenas noches, Sr. Mendizábal—dijo á la sazón un mozo esbelto y de pequeña estatura, estrechando la mano de mi jefe, y lanzando de mi lado furtiva y rápida mirada.

—El conde del Valle !

—El Capitan Camonina.

Dijo Mendizábal presentándonos mutua-

mente, y lo primero que se me ocurrió decir al Sr. Valle fué esto :—" Conde, usted juega?" Pero me contuve á tiempo y solo exclamé, por vía de conversacion :

—Conde, yo toco la guitarra, quiere usted que divierta á las señoritas ?

Por dicha, los acordes de la música ahogaron mi voz, y mi compañero, viendo que yo me proponía reiterar el ofrecimiento, se apresuró á decir :

—El Capitan decia que las damas mexicanas son encantadoras y que se halla deslumbrado en vista de tantas bellezas aquí congregadas.

¡ Cuan cierto es aquello de que en boca cerrada no entra mosca! Si yo hubiera callado, el Sr. del Valle me hubiera tomado por un *bel esprit*, pero reventaba por hablar y hablar en francés, el francés de cuartel que me había enseñado el Coronel Garnier; así es que sin más preámbulos me desplanté con un :

—*Comment se porte Madame votre mere?*

Centellas, que no dardos, partieron de los ojos del Sr. Mendizábal al oirme pronunciar

esa frase, y el conde del Valle sorprendido, no tanto de mi pronunciacion cuanto de la pregunta, iba á responderme con cierta altanería, segun lo colegí por la expresion del semblante, mas sin duda mudando de parecer se contentó con volverme la espalda, dirigiendo al retirarse una rígida caravana á mi compañero.

Este apretó de rábia las encias (le faltaban los dientes) é iba ya á hacer explosion, cuando de pronto un extraordinario personaje se acercó á donde estábamos, quien sentándose en la silla inmediata á Mendizábal, comenzó á hablarle en voz queda, y á los breves minutos los dos estaban empeñados en animada plática, que no era dable á interrumpir el mariposéo de las bailadoras y los dulces acordes de la música.

El recién venido era un hombre como de sesenta y cinco años, pequeño de estatura, de pronunciada calvicie y nerviosa y atiplada vocesilla. El cráneo, desnudo y liso en la parte superior, relumbraba como una bola de billar, colocada, cual huevo en el nido, en un estuche de cabellos grises; la cara, redonda

y burda, de cutis amarillento y rugoso, boca grande y ojos saltones, fuertes quijadas y frente de líneas anormales, expresaba una mezcla de sensualidad y astucia, de avaricia sórdida y felina tenacidad. Mas de esa siniestra catadura lo más diabólico eran los ojos, grandes, fosforescentes y nadando en satiriáco fluido, ojos que seguían las formas femeninas con la avidéz de un Sático encajado entre ninfas.

Había visto lo monstruoso, en lo humano, desde mi infancia : mi padre Caramocha era un Cuasimodo, y abrí los ojos á la luz teniendo delante sus aviesas facciones ; en la guerra del Nayarit veía á diario semblantes dislocados por el corruptor aliento de la muerte, y si de suyo eran horribles ántes de morir, despues de muertos y de cerca vistos, uno preferia haber nacido animal ántes que hombre. Pero ninguno de esos semblantes me inspiró el sentimiento de repulsion que me inspirára el semblante del viejecillo que cerca de mí secreteaba y reía, ajeno del incipiente odio que dentro mí fermentaba.

El se despidió cuando los invitados se

dirigian en parejas hacia el buffet improvisado en el espacioso pátio, exornado con plantas y linternas chinas; Mendizabal se levantó en seguida, consultó el reloj, y poniéndose el abrigo, díjome con desabrimiento :

—Son las once, vámonos!

En la calle mi Jefe llamó un coche y dentro nos metimos. Por espacio de cinco minutos Mendizabal guardó silencio, mas yo observé que al encender un puro, sus facciones, de ordinario serenas, se hayaban alteradas. Me consumía la curiosidad por preguntarle quien era el monstruoso personage, pero me contuve en espera de que él hablase primero. Cerca del Hotel San Carlos quebrantó el silencio diciéndome :

—Qué le pareció á Vd. el baile y qué nuestra aristocracia ?

—Con toda franqueza, el baile muy bonito; los bailadores... Ba! son ellos tan raquíuticos que de dos no se hace un fronterizo, y tan artificiales, que yo creo que ántes de acostarse saludan al espejo.

Hubo otra pausa durante la cual el Jefe

de la Policía secreta fumaba y mordía el puro sin cesar, rebulléndose en el asiento, por lo que conjeturé que algo inusitado le acontecía.

—Conoce Vd. al viejo que estuvo conmigo largo rato ?

—Nó ; quien es ? le respondí, estremeciéndome involuntariamente.

—Don Manuel Béstiahaço, que cuenta los millones como usted y yo contamos los reales. Tiene haciendas, minas, casas y tanto dinero que no podría cargarlo una récua de mulas. Ah ! Don Manuel está podrido en pesos, pues solamente para el sostén de la causa del Imperio, aflojó un millon !

Al escuchar ese nombre fué todo oídos, y ya me disponía á hacer preguntas respecto de él á Mendizábal, cuando este prosiguió, sin advertir mi agitacion :

—Lo que me admira es cómo un hombre de su temple, calculador y egoísta vaya á casarse y á su edad, con una muchacha de veinte años. Y pásmese Vd., Sr. Camonina, la novia es una jóven del pueblo llamada Soledad. El lunes próximo se casan en la

capilla privada de Monseñor Labastida.

—El lunes! Por la baraja de Júdas! ese viejo monstruoso debe tener alas en la rabadilla!

Pero éste último apóstrofe, dicho más bien en voz baja, no fué escuchado por mi interlocutor, pues en esos instantes el coche se detenía frente á la puerta del Hotel.

Bajamos, y el Sr. Mendizábal, despues de despedir al cochero, me dijo que subiria á mi cuarto, pues tenia algo urgente que comunicarme.

* * *

Mi Jefe se quitó el sobretodo, y sacando del amplio bolsillo una botella de jerez, llenó dos vasos, y sentándonos luego al alcance de la botella, Mendizábal reasumió la conversacion:

—Capitan, hablemos de amigo á amigo y de igual á igual. Es usted imperialista de conviccion ó de conveniencia? Nada de ambages y contésteme al grano.

Será una celada que me quiere tender? No puede ser, ó mucho me engaño, ó mi Jefe es del mismo temperamento oportunista que

soy yo. Dije pues, sin vacilacion ninguna :

—Primeramente lo fui por despecho, ahora lo soy por interés.

Despejóse su frente al oirme y echándose á pechos otra copa de jerez, continuó :

—Bien contestado ; si todos los mexicanos opinaran como usted y yo opinamos, este sería un país de financieros en lugar de ser uno de revolucionarios. ¿Qué hacen las ratas cuando un buque se está yendo á pique, Sr. Capitan ?

—Lo abandonan, mi Jefe.

—Precisamente eso es lo que vamos á hacer nosotros, á abandonar el Imperio !

—Cómo ! exclamé levantándome—el Imperio amenaza naufragar ?

—El naufragio ha principiado, Camonina, y yo solo digo : ¡ sálvese quien pueda ! Qué diría usted si supiera que Lamberg ha sido muerto en Sonora y las tropas francesas evacuado el Estado ; que Matamoros ha caido en poder de los juaristas ; que Corona y Martinez han organizado un ejército en Sinaloa y marchan sobre Jalisco, y por último, que Napoleon ha ordenado la retirada del ejérci-

to, algunos de cuyos cuerpos se embarcarán este mes en Veracruz y Tampico ?

—Pues diría lo que dice el payaso : aquí me sumo. ¿Y qué piensa usted hacer ?

—Yó? retirarme á una de las haciendas que mi sobrino tiene en el Estado de Puebla y mañana mismo presento mi renuncia.

—Y yó la mia, pues lo que es á Camonina no le cogen en una ratonera.

—¿ Pero de qué piensa usted vivir ?

Sin de pronto responderle, abrí el cajon de mi mesa, y sacando un naipe, exclamé, distribuyendo las cartas en tiradores :

—¡ *Voilà!*

CAPITULO XI

Caida del Imperio -- En la Chilla -- Che- valier d'industrie -- Levantar Muertos, Soledad, ¡ ay ! Soledad !

El mes de Enero de 1867 fué un mes de sorpresas, aunque por esa época ya nada me sorprendía : fué la primera una epidemia de carácter purulento conocida por mieditis, y que atacaba de preferencia á los mexicanos que habían tomado parte activa ó simplemente decorativa en las funciones del Imperio ; y la segunda sorpresa fué la salida de Maximiliano para Querétaro, que tuvo lugar el 13 de Febrero de ese mismo año.

Diez dias ántes de este último acontecimiento, chambelanes y exóticos cortesanos

principiaron á enfermarse, y los médicos, acertadamente, prescribían á los enfermos el cambio de aires. La desmembración no se hizo esperar: unos se retiraban á sus haciendas, otros se metían entre sábanas, los que podían emigraban al extranjero, y los pocos que yo me encontraba en las calles de Plateros, andaban muy de prisa con los dolores del cólico reflejados en el semblante.

Yo decliné la honra de acompañar al Emperador á la campaña, y no por falta de valor, sino por sobra de prudencia, y desde esa fecha me eclipsé escondiéndome en una casa de la calle de Tacuba, y allí permanecí hasta que Juárez hizo su entrada triunfante en la capital, en Julio de 67.

Sin esperar á que el gobierno republicano decretára la admistía, me dispuse á dar uno de ésos golpes de audacia que en mí son característicos, y esa noche fui á ver el Ministro Lerdo de Tejada, y entrando á su despacho en los momentos en que se hallaba solo, puse una rodilla en tierra y desgarrando con las dos manos la pechera de la camisa, exclamé:

—Aquí está mi corazón y aquí está mi sangre, arránqueme el corazón y bébase la sangre de un mexicano!

Don Sebastian se levantó asustado y extendiendo los brazos y abriendo las manos como para rechazar una agresión, mas viendo mi sumisa actitud, replicó un tanto cuanto tranquilizado:

—Hombre, hombre, qué significa esto? Yo no soy comanche para arrancar corazones, ni antropófago para beber sangre. Quién es usted?

—Jorge Camonina, ex-Capitan del Imperio, mexicano ántes que imperialista, imperialista despues de haber sido chinaco.

—Y qué desea usted, Capitan?

—¡Vida y Libertad!

—Pero no sabe usted que los traidores para ser indultados, necesitan dar una fianza? Tiene usted un fiador?

—Nadie lo tiene mejor que yo.

—Y quien es él?

—Usted mismo, Sr. Lerdo.

Don Sebastian abrió desmesuradamente los redondos ojos, y luego se echó á reir

palmeándose las rodillas á más y mejor.

—Hombre, hombre, estoy por creer que es usted el único hombre de talento que tenía el Imperio. ¿Una copita de coñac, Sr. Camonina?.....

~~*

El triunfo de la República determinó el licenciamento de la mayor parte del Ejército republicano, y la capital, por esos días, vióse invadida por una horda de jefes y oficiales recién dados de baja que no sabían cómo ganarse el sustento, resultando que muchos, abandonados á sus propios recursos, que eran ningunos, viviéran, literalmente hablando, sobre el país. Noche á noche se verificaban asaltos á mano armada en las calles más céntricas de la ciudad, abriéronse casas de juego en diversas localidades, rifas sangrientas tenían lugar en cantinas y burdeles, y despues de las diez, era resgoso aventurarse de puertas afuera. Moraba yo entónces en la calle de Don Toribio, y ocupaba un modesto cuarto de entresuelo, y merced á lo cauteloso que en asuntos de dinero he sido, mis bienes, en numerario, ascendían á sete-

cientos pesos. De esta suma mandé trescientos á Marta para que se viniese á México, procediendo con el resto á abrir un garito privado en el Callejon de la Pelota. Cierto estaba yo de multiplicar, hasta lo infinito, esa cantidad, pues mi conocimiento en el manejo de los naipes solo podía compararse al de Bonaparte en el de la estrategia Militar. Asociéme con un Coronel Verduzco, y entre los dos instalamos un pequeño *monte* en el callejon mencionado. Compramos mobiliario en el Baratillo, el que consistía en una mesa que sin duda había hecho servicio en algun *figon*, una docena de candeleros y lámparas, dos docenas de sillas y paren ustedes de contar. La banca ascendía á quinientos pesos, y la primera noche duplicamos la suma, y si á ese paso seguíamos nuestra fortuna estaba asegurada. Pero el gozo se fué al pozo, pues la noche siguiente un Coronel fronterizo de nombre Naranjo, en dos albuces nos tapó el monte, apuntándose cada vez con quinientos pesos. Naranjo apiló el dinero con la negligencia de un millonario, y cogiendo la baraja exclamó:

—Ahora yo pongo el monte, enséñenme con lo que pierdo ó gano.

Verduzco me miró, yo miré el dinero y el montero nos miró á los dos, y enterado de la situacion principió á embolzarse los mil pesos, mostrándonos como al descuido y con elocuente silencio, una pistola de Colt de cachá de marfil y níquelado acero.

—Como éste—me dijo Verduzco apagando las luces y dando un puntapié á la grasienta mesa—hay muchos ahora en México. Usted juega bastante bien, Capitan, y yo no le voy en zaga, pero tenemos todavía demasiado por aprender. ¿Que piensa usted hacer ?

—Volverme á Sinaloa; allá los pichones vuelan guisados, mientras que aquí todos son gavilanes.

Al pasar por el callejon de la Polilla, Verduzco me invitó á tomar un vaso de pulque, pero yo rehusé pues siempre me ha causado horror la ebriedad y asco los ébrios. El se despidió de mí y yo seguí con rumbo á Don Toribio, y encerrándome en mi pocilga me puse á cavilar sériamente en lo afflictivo de mi situacion, pues el mañana iba á apare-

cer en toda su descarnada realidad. Con mirada retrospectiva escudriñé el pasado, remontéme hasta mi niñez, hombres y paisajes fueron destacándose en claros relieves, y por primera vez me arrepentí de haber trocado la vida nómada de mercillero, por la incierta y turbulenta vida del soldado. A esas imágenes, de negros contornos, sucedieron otras de ropaje flotante y voluptuoso contorno; la de Marta, de opulentas formas y apasionados besos, y la de Soledad, leve, sinuosa, ondulante, de ojos de mirada tierna velados por pestañas en las que podría anidarse la golondrina del Amor

Temprano me levanté y fui en busca de un montepío para empeñar mi reloj, único objeto de valor que me quedaba. En Sonora y Sinaloa cuando uno no tiene que comer, no falta amigo que le invite á su mesa, mas en México el que no tiene un real, ya puede morderse un codo ó chiflar la paloma para entretener el hambre. Por mi reloj, que valía cien pesos, el empeñero Quintin Gutiérrez me prestó veinte, con los cuales hice mi presupuesto del mes, pues si alguna virtud

me ha distinguido es la de la economía, y el mejor de mis amigos primero me arranca un diente que sacarme un real. Con cinco duros renté por un mes un cuartucho en una casa del callejón de Magueyitos, con diez me aboné en una fonda de la calle de Meleros, y con otros cinco, sonando alegremente en los bolsillos, me eché á andar con dirección á la Alameda.

Eran los días próximos á la Navidad de 1867, y la ciudad, á pesar de los sacudimientos de la última guerra, presentaba cierto aspecto de gala. Bajo la desnuda arboleda retozaban los chicuelos, y aquí y acullá, grupos de ex-oficiales juaristas, súcios y harapientos, discutían en voz alta los últimos acontecimientos de la campaña, haciendo reminiscencias de sus respectivas proezas. También circulaban en grupos aparte oficiales no ménos desarrapados que habían servido en las huestes de Leonardo Márquez, extenuados por el ayuno, de ojo sombrío y colérica mirada. ¿Así pagan los gobiernos—díjeme con fúria reconcentrada—á aquellos que mil veces han expuesto la vida en los campos de

batalla?

En esto se me acercó un sujeto de aspecto cadavérico, que por los vestigios de uniforme que aún pendían en girones de la espalda conocí que había sido Comandante, y saludándome se sentó junto á mí.

—Si no me engaño es usted militar—me dijo. Le respondí que lo había sido, pero ya no lo era.

—De qué arma?

—Caballería.

Fuése animando á medida que hablaba, me contó que había asistido á numerosas batallas, que había sido herido en el Cimatarío y que al llegar á la capital se había enfermado de tifo y acababa de salir del hospital, y al ir al ministerio de guerra en solicitud de sus alcances, se le había entregado una comunicacion dándosele de baja, y que desde ese día no había comido y dormía en las duras bancas de la Alameda.

—¡Canallas! no hay dinero para nosotros y lo hay para esas sanguijuelas de abogados, empleados y agiotistas, quienes durante el Imperio vivían tras de las enaguas y bajo la

cama! Y de ello tienen la culpa algunos de nuestros generales, el orejon Escobedo más que ninguno.

—Pero este General es el héroe del día—observé tímidamente.

—Truenos! no me hable usted de él, sino hubiera sido por Corona, los imperialistas, después de la acción del Cimatario, nos hubieran hecho levantar el sitio.

Aunque yo no participaba de la opinión del Comandante—su nombre era el de Parada—con respecto á Escobedo, me abstuve de contradecirle, y á poco se despidió de mí dándome un *sablazo* de una peseta—para comer, según dijo.

El resto de Diciembre lo pasé en la *chilla* y á principios de Enero de 1868, tenía que apelar, para vivir, á una infinidad de arbitrios que las gentes que tienen la barriga llena califican de picardías, y nosotros los de la vida bohemia llamamos simplemente lo que son: *jeus d'esprit!*

Lo que más me desconsolaba era lo triste de mi apariencia: mi saco, que cuando nuevo había sido color de alga marina, la intempérie

dióle un barniz keleidoscópico, y mis botines de cuero charolado, se abrían en la punta presentando el aspecto de dos bocas de bagre. Lo único que se había mantenido ileso era mi sombrerillo fieltro, sin duda porque desde la caída del Imperio lo usaba ménos en saludar . . .

Una tarde de fines de Enero venía yo por la calle del Niño Perdido, andando muy despacio por miedo de que mis zapatos desertáran de mis pies, cuando de súbito tropecé con un señor alto, bien vestido y que pasaba haciendo molinetes con baston de puño de oro.

—¡ Don Patricio!

—Sr. Camonina!

Un abrazo y un apretón de manos, luego mútuas confiancias, y por la segunda vez en mi vida, el Sr. Dueñas me dió el dinero y el consejo.

—Vaya, vaya, qué facha, Sr. Capitan, y todo por no conocer aún nuestras costumbres! Aquí no pida usted un peso á nadie, pues además de humillarse, no recibe usted el favor y pierde al amigo. Cuide de las

apariencias, que al perro flaco van á dar todas las pulgas. Vístase aunque desvista á otros, que en pos del vestido vienen las comidas, y despues de las comidas las más brillantes concepciones. Apropósito ¿por qué no vá usted á la casa de juego que se abrió ayer en los bajos del Hotel San Carlos? Vaya allí y pregunte por Alfaro, que es uno de los banqueros, y dígame que yo le he recomendado. Pero primero vístase, vístase aunque desvista á los demás!

* * *

La veleidosa fortuna volvió á sonreirme y en los primeros dias de Febrero y despues de frecuentar la *partida* de San Carlos durante una semana, mi Corte de Caja arrojaba un balance de cuatrocientos pesos. Allí sí que se jugaba: á lo largo de la mesa y en la gran sala, se hallaban instalados los banqueros, talladores, apostadores etc., y de pié y en compactas filas de á dos, los jugadores que no habían conseguido asientos, los curiosos y por último, los *levanta muertos*. Se dá este nombre, en el vocabulario de Birjan, á las personas que levantan una apuesta que no

les pertenece, aprovechándose de la confusión y luego se la embolsan, sosteniendo con inaudito cinismo que la ganancia les pertenece. Yo pongo, por ejemplo, cincuenta pesos en una carta, la carta sale ganando, y antes de que yo extienda el brazo para recoger la apuesta, otro brazo, más listo que el mío, se apodera de los cien duros. Esto se llama levantar muertos.

El 16 de Febrero y á las doce de la noche, jugaba á la dobla apostando al cinco de oros, que ha sido siempre mi carta favorita, y habia ganado hasta esos momentos, dos mil pesillos. Cerca de mi *operaba* un levanta muertos, un francés de nombre Devereux, pero yo me hacía de la vista gorda simplemente porque él no levantaba mis apuestas. Yo no habia dejado pasar un solo albur, mas al tenderse el último, descuidé el apostar por hallarme ocupado en encender un puro.

Corrió el albur, y yo, olvidándome de que no habia apostado y por mera distracción, estiré el brazo, abrí la mano y levantaba una apuesta que no era mía cuando. . . .

—Púm!!!

Brilló el fogonazo de un tiro, sentí en la mano algo así como la sensación que se experimenta al recibir un alfilerazo, los dedos se me entumecieron, solté el dinero, la sangre empapó los naipes y yo caí desmayado en brazos de no sé quién.

Desperté sudoroso y con una sed ardiente, y mi primera palabra fué :

—Agua, por favor, agua !

—Aquí está, bebe ! respondió **una voz** cuyo dulce acento *no había olvidado*.

—¡ Marta de mi alma !

—Jorge de mi vida !

Prometí á Marta, despues de esa dolorosa experiencia, el volver presto á Sonora y allá casarnos, y vivir en paz y en gracia de Dios, ella consagrada á nuestra hijita, yo á las labores de agricultura. Arreglaba en consecuencia mis preparativos de viaje cuando una mañana—la del 26 de Marzo de 1868—y al pasar frente al templo de la Profesa, ví que un lujoso carruaje se detenía á la puerta de la Iglesia, y de él se apeaba una dama vestida de riguroso luto ; me paré é hice un

lado para dejarle el paso libre, ella volvió la cabecita adorable y al verme, sus mejillas palidieron, chispiaron sus límpidos ojos, vaciló, y al recogerse la falda de la rica tela con una blanca manecita, dejó caer el Devocionario, que yo me avalancé á levantar murmurando con voz trémula:

—Soledad ¡ay! Soledad!

CAPITULO XII

Preliminares -- A Caza de Millones -- El Licenciado Bola Dura.

En la esquina de la Profesa y el Espíritu Santo, subí en un coche de sitio y me dirigí á la casa de Don Patricio, ese mi paño de lágrimas que entonces vivía en la calle de Corchero. Mi viejo amigo ocupaba una vivienda interior con vista hacia el pátio y á lo largo de un corredor cubierto de tiestos de flores, macetas, yedras trepadoras y jaulas con zenzontles y canarios. La atmosfera se hallaba impregnada con aromas culinarios de diferentes especies. El Sr. Duéñas había salido, pero me informaron que volvería al cabo de una hora. Me resolví esperarlo en

la salita de recibo, y atisbando una guitarra que pendía de un clavo junto á un cuadro que representaba al Sr. Payno, cogí el instrumento y comencé á rasguear los sones más picarescos con la pierna cruzada, el gesto de trovador y el pecho arqueado. La mano herida impedía el libre ejercicio de la otra, mas no obstante este inconveniente, las cuerdas vibraban en amorosas quejas, sobre todo cuando me puse á modular, con briosa entonación, la cancioncilla sonorense de:

A las orillas del Mayo

Se baña la vida mia

Y la corriente, al pasar,

Besala y se detiene,

Alejase y se la lleva!

Ay! ay!

¡Por San Dimas! al finalizar la copla, todas las hembras que había en la casa de Vecindad salían por puertas y ventanas á escuchar mi cancion y hasta los jilgueros y canarios de Don Patricio batian las alecitas en las doradas jaulas, pidiendo sin duda alguna un *encore* y tal vez avergonzados de haber triado delante de mí. Y cuando la

comocion aun duraba, mi amigo el Sr. Dueñas se presentó en escena, planchado y relumbroso y perfumado como de costumbre.

—Alabado sea Dios, Capitan! Vd. por aquí? Siento mucho lo del balazo, pero esos son percances del oficio. Pero quien es el que no levanta m . . .

—Don Patricio—dije interrumpiéndole— Vd. es mi único amigo y he venido á solicitar su opinion en un asunto que me interesa, y al mismo tiempo hacerle algunas preguntas. No le distraigo á Vd. de sus ocupaciones?

—Ocupaciones? pues me gusta la pregunta: no sea Vd. inocente Sr. Camonina, aqui solo trabajan los extranjeros y los indios, los demás nos entregamos á la política y al chisme. La chismografía es nuestro elemento, y precisamente acabo de dejar á uno de los hombres más chismosos y enredadores que hay en la capital, un oaxaqueño de nombre José María Castellanos, alias *Vinagrillo*. ¿Ocupaciones? Já, já!

—Conoce usted—proseguí—á un Sr. Don Manuel Béstiahago?

—Que si le conocí querrá usted decir.

—Luego ha muerto?

—Murió hace dos meses ; la causa—agotamiento físico. Yo asistí al entierro, y ahora que me acuerdo, el sastre me acaba de pasar la cuenta por la levita que ese día estrené. Tenga usted de amigos á los sastres y á los ministros—me decía Payno el otro día, y ya sabé usted que Payno, donde pone el ojo, pone la bala.

—Béstiahago deja una viuda, no es verdad?

Don Patricio se enderezó en el equipal, inclinó la cabeza del lado izquierdo, y guifian-do el ojo derecho me respondió :

—C...o! la viudita es guapa como una onza de oro. Y le dejó cinco millones, figúrese usted, cinco millones! Caracoles! si yo fuera jóven, Sr. Capitan, nada más diez años de ménos, Patricio Dueñas tendería su capa á los pies de la viuda.

En seguida se levantó, miróse al espejo, y sacando un diminuto peine, comenzó á arreglarse el bigote, que de mitad era de un negro de tinta, y de la otra, de un color de oro vírgen.

—Y ahora que hablamos de la viuda ¿por qué no le hace usted el oso Sr. Camonina? Es usted jóven, bien parecido y audáz, y si usted no la capotea, no faltará quien le clave una banderilla. Adelántese, ántes de que los Coburgos del país dejen á usted como el que chifló en la loma. Por ahí anda tras ella ese pepenacohetes de Salvador Malo, el pelagatos de Delfin Sanchez y otros muchos de nuestros jóvenes más aprovechados en esa industria de alcoba. ¿Necesita usted metralla para bombardear la fortaleza? Pues yo conozco un prestamista que puede proporcionarlos con el módico interés de 45 por ciento, y de ordinario especula en esa clase de transacciones. Un pollo desplumado que se casó hace dos años con una gallina que pone huevos de oro, obtuvo seis mil pesos adelantados, comprometiéndose á pagar diez mil si se casaba con la viuda P. Y ahí lo tiene usted casado y rico!

—Pero en el caso de que no haya matrimonio, ¿quién paga los vidrios rotos? pregunté, fluctuando entre la esperanza y la duda.

—Despacio, amigo Camonina, despacio andemos é iremos lejos. Antes de que el prestamista suelte la platita, estudia el *pro* y el *contra*, y como es hombre de mundo, adivina de que lado va á caer el palo.

Al dejar la morada del angelical Don Patricio el Camonina de ayer ya no existía, y o le acababa de arrojar la última paletada de tierra, y de la abierta fosa se levantaba personalidad diferente, grande en su misma pequeñez, pequeña en medio de su grandeza, figura que al surgir de las tinieblas rompía los grillos que le sugetaban al pasado, y renegando de la humanidad, forjaba con los seres caídos y pisoteados una escala de Jacob.

* * *

El amor, como la existencia, no es más de una lucha más ó ménos agresiva, y desde el insecto hasta el hombre, en el orden de las especies, el macho que desarrolla más aptitudes de combatibilidad, es el que se adueña de las mejores hembras. El amor bien definido no es más del efecto de la violencia, violencia física y moral, entre individuos de sexos

opuestos, é individuos del mismo sexo. Ustedes no me lo creerán, pero lo cierto es que la mujer es de temperamento más combativo que el hombre, y ama la fuerza por instinto y al fuerte por natural seleccion.

La casa de la viuda Béstialago, situada en la calle de Donceles, era una de esas señoriales residencias edificadas durante el período virreinal, pesada y solemne, de anchas escaleras y espacioso pátio con bullidora fuente en el centro. La fachada, de aspecto feudal, tenía al frente un escudo tallado en granito, y el zaguán, de colosales dimensiones, más parecía de fortaleza morada que de palacial mansion. El edificio contenía dos pisos: en el de arriba habitaba le familia, y el de abajo, destinado á la servidumbre, contenía además la cochera; oficinas y caballerizas. Tenía balcones para la calle y ventanas con vidrieras, tras de cuyas discretas celosías la hermosa viuda podía ver, sin ser vista, el movimiento de la calle.

Mi primer cuidado, ántes de poner un sitio en toda regla, fué el de levantar un plano de la opulenta morada, de su exterior é interior,

y asistido por una de las planchadoras, pude trazar con el lápiz los respectivos departamentos, desde la alcoba de mi adorada, hasta la cocina y caballerizas. Terminado el croquis coloqué las baterías y abrí los fuegos, es decir, me puse á rondar la calle de día y de noche, á sol y á sombra, lloviéra ó tronára; si la viuda iba á la Iglesia, allá me iba tras ella; si al bosque de Chapultepec, un coche simon la seguía y dentro del coche apenas cabía mi corazón; si se asomaba al balcon, yo pasaba por la calle, la miraba y me descubría, volví á pasar, volví á mirarla y tornaba á descubrirme. Ella, desde la primera vez notó mis galanteos, y si al principio se retiraba de la ventana, despues permanecía durante algunos minutos, y si bien es cierto que no respondía á mi saludo, el hecho de permanecer en el puesto dando frente al enemigo, esos minutos, en el amor, cuentan como siglos. No me había olvidado, en el curso de esas maniobras, el sobornar á algunos criados de la fortaleza, entre otros al cochero Rosalío, hombre perverso y de sanguinarios instintos, uno de esos hombres á

quienes más bien se domina por fuerza de voluntad que por la fuerza bruta. Ahora, en los *mecos* de ese jaez, yo ejerzo poderoso magnetismo, y Pancho Iturbe me decía más tarde que esa virtud no es un fenómeno, y lo único que sucede es que yo hablo á los léperos en el lenguaje leperocrático.

Por dos medidas de pulque, un puro tepiqueño y unas cuantas historietas repletas de leperadas, en mis manos el áspero Rosalío era un guante de cabritilla, y él me refería todo lo que pasaba dentro de la plaza sitiada, quiénes eran las visitas que el ama recibía, cuáles sus amigos, cuales otros sus consejeros, y por último, sus gustos, simpatías y antipatías.

El cochero y yo conferenciábamos todas las noches, unas veces en una pulquería del callejón del Manco, mas casi siempre en un figon de la Alcaicería. Una noche Rosalío asistió á la cita bastante empulcado, enseñándome en la embriaguéz el lado siniestro de su naturaleza.

—Patroncito—me dijo—si usted no se mete de recio con la niña líe el petate y vayase á

coger juiles. El Licenciado ya sabe que usted le anda haciendo la rueda, y dijo que usted era un aventurero, un tahir, y á mí me tiró una trompada porque la recamarera Pancha le contó que yo andaba llevando y trayendo recaditos. Y gritó en el comedor diciendo que va á llevar á la niña á una hacienda ó á Uropa pa que usted no la vea. Si se descuida lo lastimo con mi limpiadientes.

Y al decir esto, Rosalío sacó un cuchillo de carnicero de la bolsa de la chaqueta, que volvió á meter tan apresuradamente como lo había sacado.

De toda esa jerigonza yo saqué en limpio que había aparecido un tercero en discordia, y que ese tercero se opondría á mis proyectos matrimoniales, y por consecuencia se declaraba mi enemigo. Pero quién era él, que daño le había hecho yo, para que de tan enconada manera me hostilizára?

¿ Por acaso es un rival, un pariente ó un apoderado? Para expresarse en los términos que se expresó, grande autoridad debe tener en la familia. Mas ¡vive Dios! que quien quiera que sea no me desviará una

pulgada de mi camino.

—Como se llama ese Licenciado, Rosalío?

—Bola Dura, patroncito—Don Manuel Bola Dura.

—Pariente de la Señora?

—Pos nada, prójimo, pero en la casa es el todo. De quien sí era muy aparcerero era del difunto patron.

—Mas tlamapa, Rosalío?

Mientras el cochero bebía, yo meditaba, y en confuso tropel las ideas pasaban por mi mente, ideas trágicas y desconsoladoras, pues un obstáculo inesperado surgía en lontananza, tanto más formidable cuanto más imprevisto.

—Patroncito, qué me aconseja usted que haga con el Licenciado? me preguntó el cochero regoldeando el pulque y con la mirada más y más oblicua y siniestra.

—De qué lado recibiste la bofetada?

—Del izquierdo.

—Pues otra vez procura recibirla en el lado derecho.

—Patroncito....

—Mira, Rosalío, esas cosas no se pregun-

tan ; cuando yo era muchacho, y en Culiacan, un señor me dió una bofetada, al día siguiente y al pasar me dió otra, y así me fué aumentando la dósis hasta que mis mejillas, de hinchadas, parecían dos tambores. Un día, llorando, le pregunté que por qué me pegaba, y él me respondió de muy buen humor :

—Es cuestion de hábito, de costumbre ; si tú me hubieras pegado un tiro el día que te di la primer trompada, no te habría dado la segunda, ni te daría hoy la número veinticinco. Y Zás ! recibí otra á buena cuenta.

Rosalío se levantó y embozándose en el zarape se dispuso á salir precipitadamente sin despedirse de mí ; mas luego retrocedió y acercándoseme dijo en voz baja :

—La niña irá mañana en la tarde á Chapultepec !

Yo salí en opuesta direccion dirigiéndome á casa de Don Patricio.

CAPITULO XIII

El Complot--El Crimen--Una Tempestad en un Vaso de Sangre --El Amor Todo lo Vence.

Don Patricio no estaba en casa y la casera me informó que donde podía encontrarlo, con toda seguridad, era en el Teatro Arbeu, noticia que no me sorprendió, pues en esa época el Sr. Dueñas andaba loco perdido por la más joven de nuestras antiguas artistas : por Cóncha Méndez. Dejéle una carta donde le hacía algunas preguntas concernientes al abogado Bola Dura, y al día siguiente recibí los informes siguientes :

“El individuo á que Vd. se refiere era amigo íntimo del Sr. Béstiahago, el abogado

de sus intereses además, y según sé, quedó de ejecutor testamentario y ahora es apoderado general de los bienes de la viuda. Con esta, él tiene decisiva influencia y aún se dice que tiene interés personal en ella. Entre los miembros del Foro está reputado como un hombre de talento, pero intrigante y ducho y que no se para en medios para ganar un pleito. Pero no se *atorcanta*—concluía el Sr. Dueñas persuasivamente—que dos alesnas no se pican, aunque he oído decir que dos lobos se muerden.”

Tomé nota de esa singular epístola y á las dos de la tarde me dirigí al bosque de Chapultepec donde esperaba ver á Soledad y hablar con ella, decirle como la idolatraba, cómo sin la luz de sus ojos todo alrededor mio eran tinieblas.

Era á principios de Septiembre y la naturaleza, vestida de gala, voluptuosa se estremecía á las caricias de un sol radiante. En el bosque y bajo la sombra de los seculares ahuehuetes, los tonos de luz palidecían y se opacaban, bañando el paisaje en ténues penumbras. Sentéme al pié de un tronco que

se avanzaba cerca de la avenida por donde pasan los carruajes, afectando la resignada melancolía de Pablo cuando en la floresta se ponía á esperar á Virginia, segun años despues presencié en la gran Opera de Paris. Cerca de las cuatro se avistó un carruaje en la espesura, en el pescante del cual venía encaramado Rosalío, guiando paso á paso un tronco de caballos ruanos. Me separé del arbol adelantándome con sombrero en mano; al distinguirme, el cochero me hizo señas de que me acercára y luego dijo :

—La niña va sola por allí, cerca del acueducto. Ahora, Patroncito, que yo le guardo la espalda.

Dí media vuelta y écheme á andar presuroso en la direccion indicada y á poco divisé su esquisita silueta, ondulando entre la arboleda. Apreté el paso y cuando ya estaba cerca de ella, el ruido de mis pisadas la hizo volver ligeramente la cabeza, y al percibirme dió un pequeño grito como de sorpresa y se quedó inmóvil. Yo me aproximé con sombrero en mano, y luego, cayendo de rodillas, exclamé con dramática entonacion:

—Soledad, ángel mio, mi primero y último amor, ámame ó me vuelvo loco, ámame, ó aquí muero!

—Capitan, levántese usted, que dirá la gente si nos vé?

—Amame ó aquí mismo muero!—dije sacando una pistola que me había olvidado de cargar con bala.

Soledad, al ver el arma, se arrojó sobre mí con rápido movimiento, y posando en mis hombros sus enguantadas manos, me dijo al oído:

—Le amo, Capitan, le amo!

Con un rugido de leon enamorado me paré y la así en mis brazos, en convulsivo y apasionado abrazo.

* * *

Septiembre y Octubre fueron meses de apasionados deliquios, y si bien yo no tenía el privilegio de entrar como novio oficial en casa de Chole, lo tenía al ménos para verla en los paseos y saludarla cuando su hechicera faz asomaba á la ventana. De pronto y sin causa aparente, mi Diosa dejó de salir al balcon, de ir á los paseos y cuando asistía

á la misa en la Profesa, ni siquiera notaba mi presencia, y eso que en uno de mis dedos cintilaba un diamante tamaño como ojo de venado y en mi corbata, un alfiler cuajado de brillantes. Yo no soy hombre á quien se desdeña con impunidad y esa misma noche me abrí una de las venas y con mi sangre le escribí una carta concebida en términos tan ardientes que al cerrarla tuve miedo de que antes de llegar á su destino hiciera combustion espontánea. Al dia siguiente recibí esta lacónica misiva:—"Es inútil pensar en matrimonio mientras viva el Licenciado Bola Dura. Procura olvidarme como yo trato de hacerlo. Adios!"

Voy á llegar al punto más escabroso de estas *Memorias*, y será necesario, antes de proseguir adelante, el refutar en unas cuantas líneas la infame y vil calumnia que ulteriormente acibaró mi existencia. No niego que hubo extraordinarias coincidencias en mi contra que dieron pábulo á la maledicencia, pero una ó muchas coincidencias no constituyen la culpabilidad. Mis enemigos, y

principalmente los envidiosos, se preguntaban unos á los otros señalándome con el dedo:— “¿ A quien aprovecha el crimen ?” Aludian á mi matrimonio con la opulenta Sra. Béstia-hago y al nefando crimen del asesinato de Bola Dura. Ese aforismo de jurisprudencia penal no es infalible, y puedo citar casos extractados de las *Causas Celebres* de Europa y América en los que el crimen ha beneficiado al inocente. Puede haber regla cuando hay una excepcion, pero cuando hay muchas cesa de ser regla y se convierte en una hipótesis más ó menos plausible.

Yo no soy de aquellos que saltan sobre cadáveres para llegar á los millones, y si he registrado en estas páginas incidentes de mi vida que no me enaltecen, paréceme lógico que confesaria, mas aún estando al borde del sepulcro, el homicidio alve del Licenciado Bola Dura. Y lejos de entrar en el complot que le privó de la existencia, el dia mismo de la tragedia y horas ántes de que se consumára el crimen, le mandé avisar, por conducto privado, del peligro que le amenazaba.

Si yo dijera que sentí su muerte, sería un

embustero y un hipócrita, y el hombre más generoso, colocado en circunstancias análogas á las mías, hubiera experimentado idénticas emociones. La desaparición de Bola Dura significaba para mí riquezas, amor y placeres, tres de los grandes ideales que la humanidad persigue, y yo con más tesón que el resto de la humanidad. ¿Diré que me alegró su trágico fin? Pero si lo digo me llamarán un monstruo, y más vale dejar al criterio del lector la solución de ese enigma.

* * *

A las nueve de la noche y con la esperanza de hablar á Soledad, me instalé bajo los balcones de su morada. Escueta y mal alumbrada, la calle de Donceles es muy á propósito para la ronda de galanes y ladrones nocturnos: con el sobretodo hasta las orejas y una bufanda en el cuello, incrustado en el marco de granito del zaguán, el oído atento al sonido y el corazón trepidando en el pecho, en esa actitud permanecía yo esa noche, en espera de que á mis señales, la ventana de mi Soledad se abriera. Mas allá, las lucernas de los faroles de Montealegre par-

pareaban en las sombras, y algun coche de sitio rodaba pesadamente, torciendo por las calles de Santo Domingo. De súbito y cuando más distraido me hallaba viendo á dos peladitos que reñian en la esquina de Manrique y el Esclavo, escuché que la puerta cochera, á dos pasos de mí, se abría cautelosamente, apareciendo en el dintel el cochero Rosalio y un caballerango de nombre Florencio. Hablaron en secreto por un momento y luego el primero dijo al último :

—Bá ! no te achicopales ; tu sacas el cuchillo y haces como que me vas á dar una metida ; entónces yo disparo mi cacharro sobre tí, pero la albóndiga le pega al Licenciadito.

—Pero si le jíerras y me la encajas á mí. . .

—No le jierro un pelo, nada más brinca pa un lado cuando me veas apuntar, porque sinó, te atiranto.

Pasó en esos instantes un carruaje y no me fué posible oír lo que hablaban, pero cuando el rumor hubo cesado, el llamado Florencio continuó :

—Pero si te meten á chirona ?

—Si me chapuzan tengo un roto que me

saca.

—Cuanto nos embuchamos?

—Cinco mil grullos por cabeza: Figúrate nomás, cinco mil, con esa mosca puedes comprar todas las pulquerías de México.

—Pero el roto, que paga por qué lo hace?

—Nada te importa ni á mi tampoco; y ahora vamos á embaularnos dos medidas de tlamapa. Jala por aquí, vamos á la pulquería del Gallo Colorado, antes de que el tuerto Lupe ponga aguamiel al tlachique. Andale, que mañana tendremos plata como maiz.

Ahora, una persona excitable y de nervioso temperamento, habria hecho en mi lugar una de estas dos cosas: bien alarmar á los vecinos, ó bien notificar á la policia, recursos ambos de dudosa eficacia. Yo preferí poner al corriente de la emboscada á la presunta víctima, y entrando á una botica de la calle de Manrique, dirigí una nota anónima al Sr. Bola Dura, pagando á un cargador para que se la llevára á su domicilio.

—La leyó? pregunté al mensajero, quien no se tardó mucho en regresar.

—Sí señor.

—Y que dijo ?

—Dijo que son *enjuagues* de un tal Camonina y que si le vuelvo á llevar otro recadito me rompe las costillas.

Qué hombre tan original ! enfadarse cuando alguien se desvela por salvarle la vida !

Marta, que ignoraba los enredos en que yo andaba metido, al verme tan alegre me dijo dándome un beso :

—Papacito, juraria que has cenado pichon.

—¿ En que lo conoces ?

—Inocente ! por las plumas que vienes mascando !

Mascar las plumas, entre los coimes, se llama sonar el dinero que se ha ganado en el juego. Pero Marta se equivocaba, y por primera vez su usual penetracion no fué capaz á sondear mis pensamientos.

..*

Dormí esa noche con la profundidad de un idiota, y á las ocho de la mañana, fresco y afeitado me sentaba á traguítear mi café con leche. En seguida me vestí esmeradamente, sobresaliendo en mi atavio una corbata color de sangre de toro que me había regalado

Silvano Coblentz. Despues me encaminé á la Profesa y asistí contrito al santo sacrificio de la misa. pero por más que buscaba entre los miembros de la devota congregacion, no distinguí á Soledad, ausencia que me inquietó, pues ella nunca faltaba á la misa de nueve. Al salir y en la puerta me encontré á Ramon Guzman, quien todavía me estaba adeudando un piquillo que le había ganado en un juego de malilla, y antes de que se escabullera le dirigí un cordial saludo.

—Ola, Camonina, ¿ desde cuando se ha metido el diablo á predicador ?

—Desde que nuestro más distinguido financiero se baña en agua bendita!—le contesté sin cortarme.

—Cuidado, Ramoncito,—dijo en esto el hipocriton de Rafael Dondé despues de haber besado la mano al Padre Malavear—mucho cuidado que el amigo Jorge volando pica.

El Sr. Guzman y yo seguimos por las calles de San Francisco y Gante y en la esquina de Betlemitas el malogrado especulador se detuvo, consultó su magnífico cronómetro, regalo del Sr. Juarez, miróme socarronamente

al través de los espejuelos y luego exclamó:

—Es la hora de almorzar, ¿me acompaña usted á la mesa Sr. Camonina? Tengo un vino de Sauterne magnífico, que pertenecía á las bodegas de Maximiliano y yo compré al remate. Vamos?

Por esa época Don Ramon estaba edificando su lujoso palacio de la calle de Betlemitas, así es que tuvimos que entrar saltando por entre bloques de cantera, pailas de mezcla y afanosos albañiles. Sin embargo, los obras del comedor habian sido completadas, y al sentarnos á la mesa, vajilla y anfitrión ofrecían un aspecto de atildada limpieza y metódica distribución. La hospitalaria cortesía del Sr. Guzmán, al ménos para conmigo, que solo era entonces un pobretón, me hizo reflexionar, y supuse que me habia invitado para que no le apremiase por la deuda de juego.

Durante el almuerzo hablamos de política, de negocios, de la crónica escandalosa, de todo en fin ménos del juego, pues el lamentado financiero era un *raconteur* de inagotable gracejo. Por último, despues de paladear la

primera copa de sauterne, Guzman se quitó los espejuelos, comenzó á limpiarlos delicadamente con la punta del pañuelo, y luego dijo sin levantar la vista :

—Señor Camonina, querría usted ir á dar un paseito por Europa ?

Le repliqué que esa había sido la ilusion de toda mí vida, y no por otra cosa sino por conocer á Monte Carlo.

Mí anfitrión soltó la servilleta, miróme, y en seguida exclamó :

—¿ Qué diría usted si yo le proporcionára \$50,000 para que hiciera el viaje ?

Llegó mi turno de mirarle, mas el continuó apresuradamente :

—Seamos francos, no soy yo, es otra persona quien dá el dinero, pero yo puedo entregarselo hoy mismo, en giros sobre Paris, Lóndres ó donde Vd. quiera, mas es con la condicion de que Vd. permanezca por allá por el término de tres años.

—Puedo saber cual es el nombre de esa magnánima persona ?—respondí con un dejo de sarcasmo, pues desde luego sospeché que el Licenciado Bola Dura, indirectamente,

queria deshacerse de mí mandándome al extranjero en lucrativo ostracismo.

—No le hago á usted la ofensa de presumir que lo ignora, Sr. Capitan, y ántes de que me responda categóricamente, le manifiesto que yo no soy más de un simple intermediario, y si le hago la proposicion es tanto en interés de Vd. como de la otra persona.

E iba ya á contestarle en lenguaje comedido pero enérgico, cuando de repente abrióse con estrépito la puerta del comedor, y apareció en el dintel, pálido y emocionado, el jóven Pepe Aragla, quien gritó, más bien que dijo;

—Acaban de matar de un balazo y al salir de la casa de la Sra. Béstiahago, al Licenciado Bola Dura!

* * *

La copa de cristal de Bohemia cayó de la mano del Sr. Guzman, derramando el sauterne en el mantel, y sin cuidarse del vino que goteaba de la mesa y le empapaba la ropa, lanzóme una de esas miradas en las que se interroga, se amenaza, se duda ó cree, y concluyen por apartarse irritadas de no háber

llegado hasta el fondo del alma.

¿Y porqué había yo de pestañear si he dicho, y he probado y sostengo que no soy cómplice de ese homicidio?

—El asesino—prosiguió el joven Aragla— se llama Rosalío, y es el cochero de la Sra. Béstiahago, y ha sido conducido á Belen, lo mismo que un caballero de nombre Florencio. Este ha confesado y dice que el crimen fué premeditado y cometido con alevosía y ventaja. Los dos sirvientes fingian una riña al tiempo que salia el Licenciado, y al verlo Rosalío disparó sobre él, aunque sostiene que el disparo fué dirigido á Florencio. La bala entró por el costado y la víctima se encuentra en agonía.

Simultáneamente nos levantamos de la mesa, y el Sr. Guzman me acompañó hasta la puerta descuidando, al despedirse, el estrecharme la mano.

CAPITULO XIV

**Me Caso -- Me Embarco -- ¡ Paris ! ¡ Paris !
Compro un Palacio en la Avenida
Hoche -- ¡ Bon Jour, Monsieur
le Marquis !**

El asesinato causó un furor indescriptible y durante dos meses no se habló en México de otra cosa, y así en los corrillos callejeros como en los salones de la gente rica, se mencionaba mi nombre, desembozadamente, como uno de los protagonistas del drama. Pero esa criminal murmuración, ese continuado chascar de lenguas viperinas se deslizaban en mi epidermis como las flechas emponzoñadas en el dorso escamado de una bayena. Salía como de costumbre, dirigién-

dome por las calles de San Francisco y Plateros, focos principales de infección calumniadora. Al acercarme, los ruines maldicientes dejaban de murmurar, y cuando me alejaba volvían á la carga con mayor encarnizamiento. Algunos, que antes se decían mis amigos, se hacían de la vista gorda para no saludarme, creyendo sin duda ¡mentecatos! que una cárcel estaba próxima á tragarme en sus sombríos recintos.

El fin justifica los medios y yo sabía que si me casaba con Soledad, tendría de rodillas y á mis pies á todos esos granujas de levita, desde el farisaico ricachón que comulga por Pascua Florida, el juecesillo meticuloso y prevaricador y el vago de lupanar y de cantina. El verdadero héroe no es el que desafía las balas en el campo de batalla, sino aquél que pobre y aislado, arroja el guantelete á toda una sociedad.

La causa incoada contra Rosalio siguió su tramitación, y yo seguí impertérrito requiriendo de amores á Soledad. Vigilado por el Argos de la envidia, entré con talante erguido en la mansión de mi amada, fuí aceptado por

ella como futuro esposo, y mientras más nos conocíamos é intimábamos relaciones, más nos convencíamos de que habíamos nacido el uno para el otro.—“Habrá hechizado Camonina á la viuda? Le habrá dado á beber algun filtro de amor?” se preguntaban los grandes y pequeños galeotitos de la ciudad, con biliosa é implacable saña, haciendo añicos una reputacion que nunca tuve, y por lo tanto no valía la pena de ser despedazada.

Chole me contaba innumerables anccdotas de algunos de los miembros de la *buená sociedad*: visitábala por esos días Doña Marianita Leurot de G. y esta excelente matrona tenía empeño en que uno de sus parientes y amigos, el jóven Guillermo Adnal ó Asual (no me acuerdo bien del nombre) se casara con Soledad.

—Guillermo es de buena presencia, Cholita, y lo único que le falta para figurar es el dinero, pues es más pobre que un raton de sacristía. Pobrecillo! si no fuera por la ropa á medio usar que le regalan cada día de su santo sus primos los Escainones, andaría con las carnes al aire. Cásese usted con él,

Cholita, y hará una obra de caridad.

Otra tarde la misma Sra. le decía :

—¿Cómo le llorado, Cholita, no lo nota usted en mis ojos?

—Que le pasa, Marianita?

—¡Pues qué me ha de pasar! Imagínese que ayer estuve á visitar á la familia V. y me dolió el verla atareada cosiendo ageno, de dia y de noche, imagínese usted!

—Pero es una familia acomodada, pues tiene coche á la puerta.

—Coche! pues sepa usted que las niñas cosen ageno para mantener las mulas del coche. ¡Me dá jaqueca el solo pensarlo!

En gran parte yo obtuve la mano de Soledad merced á esas persecuciones amoroso-mendicantes de que ella fué victima, como me lo refirió más tarde mostrándome más de un *billet-doux* firmados por los jóvenes Romualdo Aromaz y S. Olam.

Seis meses despues y con una llavecita de oro, abrí la capilla privada de Monseñor Labastida, llevando de la mano y al altar á mi idolatrada Soledad, y cuando, al concluir la ceremonia el eminente prelado extendió la

apostólica mano bendiciendo nuestra union, lágrima ardiente vertida por el remordimiento rodó por mis mejillas, pues la santa que me acababa de dar fortuna y vida, ignoraba que otra mujer, con un infante en los brazos, iba en esos momentos camino de Toluca alejada por mi voluntad y con ella se iba la última sombra de mi tormentoso pasado.

Tomé posesion del palacio de la calle de Donceles, puse en órden nuestros bienes y realizando algunas propiedades, mi esposa y yo nos dispusimos á salir para Europa. Los dias que precedieron á mi viaje fueron de estruendosa dicha y aplastante triunfo: gloriábame en recorrer en mi carruaje las avenidas más populosas y de ver de paso las caras, ayer adustas y ceñudas, hoy risueñas y serviles, y cabezas venerables que ántes se enderezaban en altanera virtud, ahora se descubren saludando con un respetuoso:

—Buenos dias, Señor Don Jorge! Adios, Sr. de Camonina! Le felicito, déme usted un abrazo!

Los que más me habían mordido y ladrado por la espalda, eran los primeros en colmarme

de abyectas adulaciones. ¡ Por las orejas de Birjan! yo solo esperaba algo así como una rehabilitacion, y sin embargo, asistí sin saberlo á mi apoteosis, á la apoteosis del Rastignac sinaloense.

En Veracruz, horas ántes de embarcarnos y encontrándome en el almacén de mi amigo el Sr. Ritter, recibí el siguiente telegrama :

“Hoy en la mañana se fugó Rosalío de la prision de Belen.”

¿ Quien sería el autor del mensaje, y que me importaba á mí que el asesino se fugára ó fuera fusilado ?

— *¡ En voiture, Messieurs, en voiture!*

— ¿ Qué es lo que dice ese gabacho, querido Jorge ?

— Dice que entremos en los coches, porque el tren expreso va á partir.

Hacia media hora que habíamos desembarcado en el suelo de Francia, en el puerto del Havre, y ya la locomotora que nos debía conducir á París bufaba impaciente en la estacion, en tanto que pasajeros de diversas nacionalidades se atropellaban para entrar

en los carros, unos llevando sacos de mano, otros maletas y petacas y los más en trages de camino de extraordinaria variedad. Yankees con sombrero fieltro y hablando con acento nasal; ingleses con gorras pardas, saco rayado á cuadros y pantalones cortos; franceses con levita y sombrero alto y algunos sudamericanos vestidos segun las últimas modas de Santiago, Montevideo ó Lima.

El servidor de ustedes iba vestido con un flux color de ala de hormiga, sombrero blanco, corbata tricolor y zapatos amarillos. Completaba mi *habillement* un prendedor de perlas, media docena de anillos con brillantes y la cadena de mi reloj manufacturada con el oro de una de las minas del difunto Sr. Béstiahago.

A las dos de la tarde el tren se puso en motion y al oscurecer entrábamos en la babilónica capital de Francia, yendo á hospedarnos en el Hotel de los Embajadores, que entónces existía en la calle de Rívoli. ¡Cómo bendije la memoria del Coronel Garnier por haberme enseñado á chapurrar algo de francés! Así y todo, cuando bajamos al comedor sudé la

gota gorda con el bruto del *garçon*, pues cuando le pedía *des petits pois* me traía pescado, y cuando ordenaba vino, el muy animal me servía vinagre. Mi cólera montaba ya á la cabeza, cuando sucedió que un caballero correctamente vestido que me observaba desde un extremo de la mesa, y acercando su asiento cerca del mío me preguntó cortézmente que cual era mi nacionalidad.

—Mexicano—le respondí poniendo de manifiesto mi corbata tricolor.

Entónces el desconocido comenzó á hablar-me en buen español, diciéndome que todo cuanto deseáramos—mi señora y yo—él se consideraría dichoso de servirnos de intérprete.

—Pero si yo hablo francés, Monsieur—le contesté algo picado.

—Perfectamente—me replicó él sonriendo —pero estos parisienses hablan un francés bastante corrompido.

Gracias á la oficiosa deferencia de nuestro comensal, pudimos gustar de las mejores viandas y los vinos más añejos, y cuando mi

esposa se hubo retirado á su aposento, nosotros nos fuimos á tomar el café negro á la gran sala y poco á poco le fui revelando quien era, de donde venía y cuales eran mis intenciones para lo futuro. Se entiende que exageré algo al hablar de mis antecedentes: por ejemplo, díjele que yo era Coronel retirado, que había sido chambelan de Maximiliano, que poseía millones y que pensaba radicarme en la capital de Francia. Todo lo cual él escuchó con la más política atención, observándome con un par de ojillos azules y entrecerrados, deleitado al parecer por cuanto le decía.

—Yo quiero comprar un palacio en un barrio aristocrático, cueste lo que costáre, porque á mi me gusta la *vie chic*. Sabe usted de algun palacio que esté de venta?

—Muchos!—contestó apresuradamente— La guerra franco-prusiana arruinó á numerosos nobles y algunos han puesto en el mercado sus espléndidas mansiones por la mitad de su legítimo valor. Si usted lo desea mañana temprano vendré á verle, y juntos iremos á visitar los puntos de más interés.

Y luego, poniéndose los guantes y el abrigo, pasóme su tarjeta y exclamó :

—*J'ai sommeil, bon soir!*

En la tarjeta que me dió lei:

Tony Revillon, Diputado.

* **

Madrugador como siempre he sido, muy de mañana asoméme al balcon del Hotel, y desde allí contemplé un soberbio panorama, á lo largo la graciosa arcada de la Rue de Rivoli, el Louvre, la Place du Carrousel y una ondulacion de jardines que iban á perderse en los Champs-Elysées y el Arc de Triomphe. De las nobles lineas del Louvre mi vista pasaba al caudaloso Sena, á la fachada del Instituto de Francia, á las torres de Notre Dame, y á un laberinto en fin de siluetas esplendorosas que cortaban en ángulos agudos un cielo de azul purísimo. ¡Cómo acudió á mi memoria la frase del Coronel Garnier, que á fuerza de oírla repetir la había aprendido y ahora evocaba: "*¡O Paris c'est chez toi qu'il est doux de vivre, c'est chez toi que je veux mourir!*"

—Chata, ven acá y dime si habías visto un

espectáculo más sublime !

Soledad acudió, mas con sentimiento apenas sí dijo :

—La vista es muy bonita, pero la atmósfera no tiene la diafanidad de la del valle de México, y yo prefiero ver las cumbres del Popocatepetl y el Orizaba á esas montañas de piedra que parecen luchar unas con otras por un palmo más de terreno.

Y suspirando se alejó de la ventana.

¿En qué consiste que las mujeres no tienen un alma cosmopolita ?

A las diez el *valet* anunció á mi amigo Revillon, quien se presentó acompañado de un francesillo menudo y vivaracho, corredor de bolsa y de nombre Gustavo Leroux.

—Monsieur le Colonel. . . .

—Camonina, del 8^o Regimiento Lanceros de la Emperatriz ! dije, estrechando la mano del bolsista Leroux.

Este, segun me explicó Revillon, tenía encargo de la Duquesa de Brissac para vender su palacial residencia de la Avenida Hoche, pero venderla solamente á una persona de distincion.

—Lo que es por esto último no debe haber obstáculos, pues ó yo mucho me engaño ó el Coronel es persona de noble linage, de otra manera no hubiera sido chambelan de Maximiliano—exclamó Tony dirigiéndose en francés al agente comisionista.

Este me miró, yo me entiesé, y los tres bajamos á la calle donde nos esperaba el carruaje de Monsieur Leroux.

Un chasquido del látigo, y allá vamos rodando por avenidas macademizadas, con arbustos artísticamente recortados á un lado y otro y arrogantes mansiones por todas partes. Seguimos por los grandes boulevards, luego á lo largo de los Campos Eliseos, y cuando pasamos cerca de ese estupendo monumento que se llama Arco de Triunfo asomé la cabeza y observé en voz alta:

—Qué puerta cochera tan *grandota!*

Un minuto más y el carruaje se detenía frente á una aristocrática mansion, y precedidos por el agente Leroux penetramos respetuosamente en sus señoriales habitaciones.

Visitamos el salon, de tintes de rojo y oro,

tapetes de gabelinos, cuadros de afamados maestros y lunas venecianas; la *chambre a coucher* con sus colgaduras de amarillento brocado, el *boudoir*, en terciopelo de china azul, y en fin, todo cuanto veía y tocaba, no puedo decir que me cogía de nuevo, pues ya en sueños me lo había figurado.

—Cuánto vale? pregunté á Monsieur Leroux cuando descendíamos por una escalera de roble pulido hacia el jardin.

El agente, que hasta entónces parecía abstraído, fué todo oídos al momento, y sin vacilar, respondió con aplomo:

—Un millon quinientos mil francos!

Luego, fingiendo que había olvidado cierto objeto en el salon, volvió á subir la escalera, sin darme tiempo á que yo le replicára.

La suma me parecía enorme, y así se lo expresé á Revillon cuando nos quedamos á solas; mas Tony, que hablaba de los millones de otras gentes con el más alto desdén, me convenció del error en que me hallaba.

—Este Palacio (lo sé por el arquitecto que le edificó) tuvo de costo dos millones de francos. Y omito decir lo que costaron los

muebles y los cuadros, pues unos y otros son inapreciables, y solo uno de los lienzos de Meissonier, fué justipreciado en 50,000 francos por Monsieur Grigoll, el notable perito de la Rue Drouot. La casa es regalada, y si usted no se da prisa á comprarla Coronel, Guzman Blanco se quedará con ella. Se le espera aquí de un día á otro, y ántes de que él llegue, cierre usted la compra sin detenerse en unos miserables cien mil francos.

Ese argumento me aplastó, y á los tres días se tiraban las escrituras y yo entraba en posesion del Palacio de la Avenida Hoche, desde cuyas ventanas se divisa el Arco de Triunfo á la izquierda, y el lindo Parque Monceau á la derecha y en el extremo de la Avenida.

* * *

De regreso al Hotel nos detuvimos en una joyería de la Rue de la Paix, y allí compré un aderezo de brillantes para mi esposa, y dos anillos para mí, y con estos y los tres que poseía, mis manos positivamente resplandecían. Más adelante Monsieur Revillon, que venía observando mi pedrería con irascible

mirada, entró de improviso á una tienda y salió casi en seguida con unos guantes que me entregó diciendo :

—Coronel, hágame el favor de ponérselos, pues en París es de muy mal gusto el exhibir una joyería ambulante. Aquí llamamos *rastacoueres* á esa clase de individuos.

* **

Nuestra mansion fué montada con gran lujo: el infatigable Revillon nos proporcionó mayordomo, lacayos y *concierge*, mandándonos además un maestro de esgrima y otro de francés.

—Por qué estás triste, Jorgito mio, qué te falta para ser dichoso? decíame una noche la pobre Soledad, al oírme suspirar y poner los ojos en blanco.

—Lo quieres saber? Pues bien, me entristece el no haber nacido Duque, Marqués, ó cuando ménos Conde; tenemos palacio, joyas, lacayos, carruajes y caballos, pero la verdad es que hasta hoy nadie se ha fijado en nosotros, pues sabe que vivimos en una Avenida donde hasta los *concierges* de las casas son vizcondes. Díme, ¿querías tu ser

marquesa :

Chole me echó los brazos al cuello y se echó á llorar :

—Oh ! Jorge, Jorge ! es posible que pienses en semejante locura ?

Pero locura ó sensatéz, el caso es que esa idea había echado raíces en mi cerebro, y Tony y yo habíamos discutido el asunto en la sala de fumar. Una tarde, mi amigo el diputado, sin anunciarse, llamó á mi despacho :

—Coronel, ordene usted que enganchen el carruaje, que yá encontré lo que buscábamos.

Al cuarto de hora nos deteníamos frente al número 37 de la Rue Turbigo, y despues de subir dos estrechas y tortuosas escaleras, nos paramos á leer el siguiente letrero :

“Monsieur Aristedes Desmoullins, compra y vende títulos nobiliarios. Precios convencionales. Entrad !

Y entramos.

Un vegete con antiparras verdes salió á recibirnos, y despues de haberle expuesto mis deseos de adquirir un título, abrió una caja y de ella sacó voluminosos y amarillentos legajos que se puso á hojear :

—Veamos :—leyó—vizcondados, veinte mil francos ; condados, 40 mil ; marquesados, 100 mil. ¿Qué es lo que Monsieur prefiere ?

—Un título de Marqués, pero antiguo y legítimo.

—Ah ! vea usted, aquí tengo uno, pero no lo doy menos de 150 mil francos. Es un marquesado italiano. Y se puso á leer : “Luigi Bassodano y Arducci, Marqués de San Basilisco, descendiente en línea materna de César Perugino Borgia y por la paterna de Catalina de Médices. Luigi, el último Marqués de ese título murió hace dos años sin dejar descendientes, y su esposa vende el título apremiada por la miseria.”

Después de una acalorada discusión, obtuvimos el codiciado título en cincuenta mil francos, y á los tres días me fué entregado solemnemente con más sellos y estampillas que un Protocolo, y al salir de mi palacio y despedirse de mi, Monsieur Desmoulins, apretando el dinero en la bolsa de la raída levita me gritó, haciendo una pirueta de Polichinela :

—Bonjour, Monsieur le Marquis !

CAPITULO XV

Un Fantasma - - La Colonia Mexicana en Paris - - Marta y Rosalio en Francia. Polvos de Aquellos Lodos.

Pagué además cinco mil liras al gobierno italiano para que mi título de nobleza fuera registrado en la Cancillería del Quirinal, y algunos centenares de francos á la Municipalidad de París por el privilegio de usar mi escudo de armas en mis carruajes y las libreas de mi servidumbre. Mi escudo heráldico consistía en una paloma extendiendo las alas sobre la férrea manopla de un Caballero Templario, pues hay que tener presente que uno de mis antepasados fué el joven Marqués de San Basilisco, quemado en la

hoguera con el famoso templario Santiago de Molay.

Monsieur Revillon, con una paciencia digna de mejor causa—aunque no de mejor paga—me exhibía todas las tardas en la Avenida de las Acacias, y por la noche en la Opera, la Comedia Francesa ó los centros sociales donde se reunian los diputados oportunistas. Durante el primer año no tenía tiempo ni para rascarme: por la mañana y de diez á once, el maestro de francés; de dos á tres de la tarde, el maestro de esgrima; de cuatro á seis, un paseo en el Bosque de Bolofia; de ocho á nueve de la noche, el maestro de baile, y luego al teatro, á los salones, ó bien al Moulin Rouge ó Closserie de Lilas.

Una noche regresé ya muy tarde á mi palacio y al subir á mi dormitorio, encontré á mi *valet de chambre* profundamente dormido, y la lámpara de noche, que proyectaba luz indecisa y temblorosa, estaba por extinguirse; dime prisa, por consiguiente, á meterme en mi lecho, y ya iba á cerrar los ojos cuando advertí que una de los colgaduras de damas-

co se movía, cual si la agitára ráfaga de viento. Pero si yo dormía con las ventanas herméticamente cerradas, por donde se colaba el aire? Tal pensaba, redoblando mi atención, cuando de súbito apareció una mano huesosa tras de la tela, desapareció y apareció una cara lívida, con ojos fosforescentes que se revolvían en las descarnadas órbitas.... Transido de terror por aquella supernatural aparición comencé á gritar:

—¡Alfonso, Alfonso!

La lámpara se apagó en ese instante á la vez que mi valet entraba esperezándose y alarmado me preguntaba:

—Monsieur llama?

Mandéle que encendiera luces y registrara la habitación, mas por más que escudriñó el más recóndito pliegue, no halló sér viviente.

Díjeme que encendiera el fuego de la chimenea y se sentára á mi lado; y yo pasé esa noche de claro en claro, y hasta que el sol principió á dorar los árboles de la Avenida, hasta entonces no pude conciliar el sueño.

Y cada año y en cierto día, ese horrible espectro hace su aparición, y cuando ese día se acerca, agarro mi saco de mano y me meto en un coche de ferrocarril donde halla otros muchos pasajeros.

* * *

La colonia mexicana residente en París vive en una atmósfera de chismes, enredos, pequeñas envidias y grandes pretensiones. En la apariencia guardan la más perfecta harmonia, mas entre bastidores las familias se muerden unas á los otras, y la más ligera indiscrecion de Fulanita se comenta, corregida y aumentada, entre todos los miembros de la colonia. Hay sus honrosas excepciones y una de estas es la de la Sra. E. I. de I., cuya mansion, situada no léjos de la mia, fué la primera en abrirnos sus hospitalarias puertas. Es más: le Sra. E., compadecida de nuestro aislamiento, acogió bajo su nobilissima proteccion á mi esposa, iniciándola en los misterios de la alta sociedad, que tanto ella como yo desconocíamos. Porque del momento en que llegamos á París y acordamos establecernos allí permanentemente, rumores

calumniosos me habían precedido, y casi por el término de dos años las familias mexicanas nos pusieron, socialmente hablando, en rigurosa cuarentena.

El omnisciente Revillon me decía que el arte de *tenir un salon* necesitaba de un talento especialísimo, y á fin de que nuestras fiestas tuvieran mayor lucimiento (*eclat* como él lo expresaba) era indispensable que presidiera en mi Hotel una dama de sangre azul, nada ménos que alguna doncellona ó viuda del Faubourg St. Germain. De cómo se manejó mi amigo para descubrir una jóya semejante nunca lo llegué á saber, mas el hecho es que un día se presentó en casa con una vieja cotorróna, la condesa L., extensamente relacionada en los círculos aristocráticos de la capital. Esta noble reliquia de los tiempos de Luis Felipe se comprometió, por la insignificante suma de mil francos al mes, á presidir, como Diosa del Buen Gusto, los festivales de mi hogar. La condesa se encargó, además, de dar una educación fashionable á Soledad, y era de verse como la correteaba de aquí para allá, ora lleván-

dola con el *grand couturier* Worth, ora con Monsieur Severino el eminente *coiffeur*, al teatro y al Bosque, á las exhibiciones de pintura y al concurso hípico.

Cuando dábamos bailes, la ubícuita condesa se encargaba de arreglar las invitaciones, decorar el Hotel y vigilar, en suma, porque todo se hiciera en irreprochable y correcta forma. ¡Y como me marqueseaba en esas solemnes ocasiones!

—Marqués, quítese usted ese enorme diamante que es de muy mal gusto.

—Marqués, esa cadena de reloj, por lo grande, más parece de burgués que de gentilhomme.

—Marqués, las buenas formas requieren esto, lo otro y lo de más allá, y no haga usted esto ó aquello.

En la mesa no me perdía de vista, y á la más leve violacion de las buenas formas, solía darme un pellizco.

Pero me desquitaba de esas enojosas restricciones el día que dábamos una tamalada en familia, y en esas ocasiones la autoritaria condesa comía á solas, y yo mandaba poner

la mesa en el jardín, devorando á mis anchas y sin cuchillos ni tenedores, mole de guajolote, carne de puerco con chile verde, frijoles negros, queso fresco y tortillas calientes.

Mis rumbosos saráos, entretanto, comenzaron á llamar la atención del París elegante, y mi personalidad, mi título y mi fortuna eran objeto de extensos reportazgos en la prensa parisiense. Un cronista del *Figaro* llegó á decir que yo era dueño de las minas del Potosí, y otro del *Gil Blas* hizo ascender mi capital á ochenta millones. Pero todos concurrían en decir que el Marqués de San Basilisco era un Midas caído de un El Dorado, y no faltó quien dijera, por mera bufonada, que yo había ofrecido al municipio de París el comprar el Arco de Triunfo.

Como era de esperarse, esa publicidad motivó el que todos los mendigos vergonzantes de la gran metrópolis me importunaran solicitando préstamos bajo diversos pretextos, y las cartas me llovían pidiendo, desde una pieza de cinco francos hasta diez mil !

Mas ninguno sacó raja, pues si el Marqués de San Basilisco gastaba en flores y en una

sola noche cinco mil francos, Camonina, que siempre dormía con un ojo cerrado y otro abierto, apretaba la bolsa con mil nudos, y así le esprimieran que no le sacaban un solo maravedís.

En el concierto de alabanzas solían aparecer notas destempladas, debidas, según creo, á mentiras difamatórias propaladas por mis compatriotas B. S. M., P. R. G. y algunos otros, que habían desairado mis invitaciones.

Viajé por Italia, Alemania y Suiza, en Badén Baden dejé un vellon de 20 mil francos y en Monaco perdí á la ruleta cuarenta mil. En Monte Carlo me encontré al jóven A. A. R., quien por haber jugado unos cuatro mil francos, permanecía allí encampanado y sin más salida que la que tienen los corchos de champaña—es decir para arriba. Le dí mil francos para que regresára á París, y eso que él había sido uno de los que más infamias habían propalado contra mí. Al darle esa limosna lo hice por espíritu utilitario, pues una vez atrayéndolo á mi círculo, los demas le seguirían como carneros de

Panurgo.

* * *

Cierta vez, al concluirse la temporada balnearia de Trouville y de vuelta á París, recibí una sorpresa no muy agradable, pues no bien me apeaba de mi blasonado carruaje cuando de las sombras (era al anochecer) surgió un individuo de villana catadura, el que poniéndoseme delante y á vista del asombrado *concierge* me saludó diciendo :

—Patroncito, pos que, ya no me conoce ?

¿ Qué si le conocía ? le conocí al instante, y al instante me hice el ánimo de no dárselo á entender así, pues si le hablaba y álguien me veía, la atroz calumnia de antaño tornaría á cebarse en mi honra.

Sin dignarme pues, responderle, entré á mi palacio y dije al portero, afectando el tono de los grandes señores *ennuyes*:

—Mon Dieu ! uno no dá un paso en este París sin que no le persigan enjambres de mendigos. Mira, Alfonso, si ese belitre tiene la audacia de preguntar por mí, dile que no estoy en casa.

Alfonso se hizo arco en lacayuna genu-

flexion, y yo seguí para arriba penetrando en mi gabinete de estudio, desde cuya ventana se dominaba toda la Avenida Hoche y un segmento del Parque Monceau. Con pasos de gato me puse á atisbar hacia la calle, que por aquella hora se hallaba desierta. Era una noche de Octubre y girones de opaca niebla flotaban en el vientecillo del Norte. Uno que otro transeunte, con las manos metidas en el abrigo y este levantado hasta las orejas, entraba al rádio de luz proyectada por los faroles, y luego se perdía siguiendo la direccion de los Campos Elíseos. Y ya me disponía á retirarme de mi observatorio, cuando apercibí á Rosalío parado en la acera de enfrente y hablando con una mujer alta y vestida como visten las *femmes de trottoir*, que á esas horas, pero no en mi aristocrática vecindad, abundan en las calles de París. No sé por qué pero mi corazon dió un salto mortal en el pecho, pues esos contornos femeninos me recordaban.... ¡Sangre de Cristo! será ella.... será ella.... Marta, Marta la sonorense?

Las piernas me temblaban, y apenas podía

tenerme de pié; mas no, no puede ser, es imposible, ella es pobre y para venir á Francia se necesita dinero. Ah! ya va á volver la cara, se secretean, ya la vuelve ¡ es ella, es ella, cuernos de Lucifer!

Los dos cruzaron la calle hacia mi palacio; irán á llamar á la puerta?

Pero no; él iba á tocar, y ella le contuvo; hablaron en voz baja, y despues de abarcar con la mirada las ventanas que aparecían iluminadas, se fueron rumbo al Parque Monceau, desapareciendo luego en el espeso follage.

—¡Jorge!

Sobresaltado volví la cabeza: mi mujer había aparecido enmedio de la habitacion, y de su cuello se abrazaba con las tiernas manecitas nuestro pequeño hijo, sumergido en inocente suefio.

—Los criados me han dicho que desde hace una hora estás aquí, y sin embargo, te has olvidado de venir á besar al niño, y eso que no le ves desde hace tres meses.

—Marquesa. . . .

—No me llames con ese ridículo apodo,

Dios sabe lo que he sufrido en esta horrible ciudad con tus locuras y achaques de marquesados. Estoy harta de ser el hazme reir de estos franchutes que despues de sacar la tripa de mal año te despellejan y se burlan de tí en tu misma casa. Oh! cómo detesto estos gabachos, son muy políticos, eso sí, pero falsos como una peseta de cobre.

—Pero qué tienes, Cholita? le dije procurando calmarla, pues su cólera iba en aumento.

—¿Y tienes la audacia de preguntármelo? Desde que vivimos en París raras veces te veo, gastas mi dinero á manos llenas, y sabe Dios cuántas mujeres tienes. Y desde ahora te digo, Camonina, que voy á poner coto á esos despilfarros. Antes no te pedía cuentas, pero ahora es diferente, ahora tengo un hijo, y ¡por mi madre! que estoy résueita á marcarte el alto, pues estoy hasta el copete de festejos, bailecitos y zarandajos!

Y dando besos al niño, rompió en histérico llanto.

Al ruido de la disputa y los sollozos, acudió la doncellosa condesa que de confínuo

andaba oliendo, como falderillo, por todos los rincones de la casa.

Mon Dieu! Madame la Marquise se halla indispueta. Ciel! Monsieur le Marquis, mando al valet por un médico?

* * *

Permaneci sin salir por espacio de ocho dias, temeroso de encontrarme con Marta ó Rosalío, y todas las mañanas, al recibir mi correspondencia, abría las cartas con temblorosa mano.

La liebre saltó por donde menos lo esperaba. Una tarde mi amigo Tony Revillon, como de costumbre, fué á verme, y despues de sentarse y beber un vaso de coñac con agua gaseosa, díjome sin preámbulos:

—Coronel—él era el único que en Paris no me llamaba Marqués—yo soy amigo de usted y deseo que me hable con franqueza. ¿Tuvo usted en México un amorcillo, algo así como una querida?

Sin vacilar le respondí:

—La tuve por desgracia.

—Hijos con ella?

—Dos.

—Pardiéz, la cosa se complica.

En seguida desdobló un número del *Petit Journal* y señalando uno de los anuncios leyó:

“Si el individuo que se hace llamar Marqués de San Basilisco no quiere habérselas con la policía francesa, acuda esta noche al Café Tortoni, entre nueve y diez, que allí le esperará una Señora que desea tener una entrevista con él.—M.”

Revillon dejó caer el periódico, luego lo recogió arrojándolo á la chimenea.

—Es necesario acudir á la cita?

—Indispensable! me replicó prontamente.

Referí á mi amigo la historia de mis amores con Marta, callando, por supuesto, aquello que no me pareció prudente traer á la memoria.

Mandé disponer mi carruaje para las nueve, y á esa hora, Revillon y yo nos dirigíamos á los grandes boulevards deteniéndonos por fin frente á Tortoni. Antes de que descendiéramos, aquel me dijo:

—Hay que irse con tiento, porque una *liaison* es un asunto muy delicado, y sobre todo, tenga usted presente que en ciertas mujeres

le boudoir est un comptoir y con ellas el dinero puede más que el amor.

Es mejor omitir lo que pasó, en detalle, en esa entrevista, y baste decir que Marta, después de abrumarme con insultos y reproches, de haberme echado en cara cómo la había engatusado mandándola á Toluca mientras yo me casaba en México, formuló su ultimatum concebido en estas breves proposiciones.

1a.—En tanto que ella residiera en París, que sería todo el tiempo que se le antojara, yo le había de dar 2,000 francos mensuales.

2a.—De bulto, y fuera de esa pensión, la cantidad de 150,000 francos.

3a.—Que me comprometería á dar á Rosalío, siempre que no fuera á México, y por toda la vida, 500 francos.

Capitulé, y al día siguiente tuve que formar un contrato y aflojar la mosca.

CAPITULO XVI

**Paris? C'est un faux Paradis! -- Muerte
de mi Esposa -- Parasitos del Crimen
y del Amor -- Regreso a Mexico.
Lo que va de Ayer a Hoy.**

Me maravilla cómo existan mexicanos que se destierren voluntariamente y vayan á radicarse á Paris y allá vegeten y despues fenézcan, en la oscuridad y en el olvido, cuando podían haber acabado sus días en México, desenvolviendo, con los capitales que han sustraído del país, las industrias y riquezas naturales de la nacion. Yo incurri en el error mancomun creyendo que con millones, audacia y un título nobiliario costosamente adquirido, podría abrirme brecha

á través de los círculos más exclusivos del Faubourg St. Germain, hacerme de la cruz de la Legion de Honor, dominar la Bolsa con mi talento financiero, y ya en el pináculo de la gloria, cual otro Gargantuá en las torres de Notre Dame, decir al mundo allá abajo posternado:

—No te asustes, es simplemente Camonina, y si mi sombra te tapa el sol, yo estoy dispuestó á hacerme á un lado.

Pero esas ideas de grandeza, que reventaban por salir de mi cerebro, el tiempo y los desengaños las fueron atrofiando. A mis *soires* solo asistian aventureros y *grandes mondaines*, y mi dinero, en vez de crearme una aureola de distincion, era el cebo que atraía á los petardistas de todas clases y condiciones. Más tarde aclaré que se me habian vendido pinturas, firmadas por los grandes maestros, que no eran más de groseras cópias y aun mamarrachos detestables sin valor ninguno. Un lienzo de Bourgeraud por el que pagué 100 mil francos, resultó ser una tosca imitacion del Maestro, cuadro que no valia más de 50 francos. Me explotaban

las modistas y los sastres, el *epicier* y el carnicero, los periodistas y los lacayos. Carolina, una rúbia espigada y de la cual había dicho un cronista del *Figaro* que se parecía á una de los vírgenes de Perugino, me robó 20 mil francos, no obstante haberla mantenido con lujo en un entresuelo del Boulevard de los Italianos. Los hombres me llamaban *rastacouer* y las mujeres mal *élève*. Finalmente, despues de siete años de esa vida, París y los parisienses principiaron á causarme nauseas, y suspiraba por México y la existencia nómade que había arrastrado en mi juventud.

—Monsieur le Marquis, Madame la Marquesa dice que el coche espera.

Consulté mi reloj: eran las ocho y cuarto de la noche.

Casi en seguida entró mi esposa vestida para el teatro en primorosa *toilette* de seda plomo, con delicadas violetas en la orla y adornado el escote con finisimos encajes de Alencon. Su frágil cuello ostentaba triple collar de deslumbradoras perlas, y guantes

lisa, regalo de Monsieur Revillon, completaban ese atavío de Princesa. Coloqué en sus hombros el abrigo de acolchado satin con pieles de marta sibelina confeccionado por el gran Félix, y luego entramos al carruaje. Abatíase sobre París, esa noche, una furiosa nevada, y al pasar por los focos de luz los copos de nieve, al descender, chispeaban en argentina fulgencia. Húmedo y blanco manto cubría el asfalto de los boulevards, amortiguando el tráfico de los vehículos.

Se representaba esa noche la *premiere* de la obra de Sardou, *Pattes de Mouches*, y como era de esperarse, en el coliseo se hallaba el Tout París, las notabilidades en política, fianza, literatura y ciencias. Nuestro palco se encontraba orlado con fragantes rosas de invernadero, y Tony Revillon, en los entre actos, venía á nuestro *loge* entreteniéndonos con su gárrula conversacion.

—Aquel viejo de facciones israelitas—nos decía—es el Presidente Grévy; aquel otro del bigote de carabinero italiano es Pailleron, y el que está hablando con él es Dumas. Vea usted, Marquesa, aquella dama en gasa azul

es la Princesa de Sagan, y la inmediata es la Duquesa de Montmorency, hija del banquero Aguado. Ahí (saludando) es la Princesa de Broglie y el caballero que está cerca de ella el Baron Rothschild, quien fué presentado á usted en Aix-les-Bains por el millonario Erlanger.

La mañana siguiente y cuando estaba aun en mi lecho, mi *valet* fué á despertarme diciéndome que la *femme de chambre* deseaba hablarme, pues Madame la Marquesa había amanecido gravemente enferma y se quejaba de dolores en los pulmones. De un salto púseme de pié y fuime sin tardanza á la habitacion de mi esposa, á la que hallé febricitante y con síntomas de incipiente delirio. Caí de rodillas y besé sus estenuadas manecitas, sus calenturientas mejillas y sus negros cabellos, y por la primera vez observé lo que no había tenido tiempo de observar,—que mi santa mujer había enflaquecido. Alboroté la casa con mis lamentos y un lacayo fue corriendo por el Doctor Legrand.

Este vino del momento y despues de una breve examinacion diagnosticó que era una

pulmonía. Cuando hubo recetado, el Doctor me dijo, ya fuera del cuarto de la enferma:

—Marqués, prepárese usted para lo inevitable: es una pulmonía fulminante, y en el estado de agotamiento físico en que la marquesa se halla, no hay poder humano que la salve.

No! ¡líbreme Dios de evocar las horas sombrías que precedieron á la muerte de mi Angel Bueno, que la Providencia puso en mi camino para que yo me arrepintiera. Si pequé, si delinqué, si violé preceptos divinos y humanos, el Eterno me castigó al quitar de mi lado á la única mujer que en verdad me amára, á la esposa sublime, á la amiga abnegada, á la que, cuando todos me arrojaban piedras cual si fuera can rabioso, dióme albergue en su corazón, recogióndome del pantano en sus alas de armíño.

Tres días despues un imponente cortejo fúnebre dejaba la orgullosa mansion de la Avenida Hoche, dirigiéndose, bajo un cielo sombrío, hacia el Cementerio del Pere-la-Chaise.....

Inconsolable, permanecí dos meses encerrado en mi habitación, y si no hubiera sido por la charla espiritual y espirituosa de mi amigo Revillon, es probable que hubiera cometido suicidio. Una noche, á instancias de este, fuimos los dos á cenar al Café Americain, desde cuya portada se divisan las clásicas columnadas de la Madeleine y la Avenida Malesherbes; á mediados de la cena, y del gabinete contiguo al nuestro, partian risas estrepitosas y cliquetéo de copas, y aun me pareció oír frases en español, y convencido de que no me equivocaba, indiqué á Tony que guardára silencio para escuchar á mis anchas. La voz decía :

—Nuestro paisano Camonina se ha echado un alacran en el seno con tener en París á esa Marta; si supieran ustedes lo que anda diciendo.....

—Suéltale, Felipe, que dice? preguntó una vocesilla por la que conocí desde luego á P. R. G.

—Pues dice que los guantes de teatro....

Y no pude oír más, porque en esos momentos entró el *garçon* con la champaña y al

ruido de la conversacion sucedió el estallido de los corchos.

Segóme á tal extremo la cólera por lo que había oido, que agarrando un trinche me precipité fuera del gabinete, mas detúvome la mano de hierro de Revillon, quien obligándome á sentar, llenó mi copa de champafia y dijo :

—Coronel, donde vive esa harpía ?

—En el Boulevard Arago, 22.

—Y el nombrado Rosalio ?

—Rue Berbette, 60.

Mi amigo sacó la cartera y apuntó las direcciones, y entre bocado y bocado, continuó:

—Si usted desaffa á uno de esos majaderos, me temo, por lo que han dicho, que no acepten el reto, alegando que en el pasado de usted hay cierta mancha indeleble. Marqués, si quiere usted que lleguemos á una conclusion, en un sentido ó el otro, es preciso que usted no tenga reticencias para conmigo. En primer lugar, ¿ que clase de vínculos atan á usted con ese Rosalío ?

Repetile, palabra por palabra, todo lo que

había pasado en México entre el cochero y yo, la tragedia de la calle de Donceles, y los calumniosos rumores que circularon contra mí. El me escuchó con profunda atención, y al finalizar, miróme con cierto enojo, mas no sin piedad é indulgencia.

—Ah! ahora comprendo las historietas que ha estado publicando el *Gil Blas* y otros periódicos! Marqués, Marqués, si hace tres años me hubiera hecho usted su confidente en ese tenebroso secreto, yo hubiera sabido acallar la murmuración. Me sospechaba algún misterio según lo que me hablaron cierta noche en el salón de la Condesa de N. Pero que quería usted que hiciera en la ignorancia de lo que había de cierto? Diabolo de negocio! Antes de seguir adelante necesito de una respuesta categórica. ¿Quiere usted purificarse ante la sociedad?

—Daria un millon por conseguirlo, Tony, dos millones si era preciso.

—Convenidos: ahora, obedecer y callar. Mañana mismo embárguese usted para México. El asesino, faltándole el dinero, se irá tras de usted. Allá la policía le echa el

guante, le encausan, le condenan y le fusilan. Si le truenan, usted se salva; mientras viva, es mejor que usted se ate una piedra al cuello y se eche de cabeza al Sena. La calumnia que se escribe con sangre, solamente con sángr se borra.

Me retardé una semana arreglando mis intereses, y habiendo dejado á Revillon encargado de mi palacio, tomé el ferrocarril San Nazario y al día siguiente, y al cabo de ocho años de ausencia, me embarcaba para México.

* * *

Desembarqué en Veracruz en Diciembre de 1882 y seguí para la capital el mismo día, y al llegar á la estacion de Buenavista fué de necesidad que mi valet alquilára tres coches para que condujeron mi equipage. Este contenia regalos para los hombres más influentes en el gobierno, pues dádivas, como dijo el otro, quebrantan peñas. Despues de diez años de ausencia hallé á mi país mejor que le había dejado, y á mis viejos conocidos de las guerras de Reforma é Imperio, en mucho mejores condiciones que el mismo

país. Al otro día fui á almorzar al Café de la Concordia y al cruzar de la calle del Espíritu Santo á Plateros, un lujoso carruaje, tirado por dos yeguas inglesas, estuvo á punto de atropellarme.

—De quien es ese coche? pregunté al mesero de la Concordia.

—Del Gral. P.

¿Será posible—pensé—que eseseñor sea el mismo que en la época de Juárez conocí en la miseria? Absurdo! no puede ser, no debe ser, no quiero que sea.

Y mohino, me puse á cucharear la sopa de tortuga, resuelto á no sorprenderme ni admirarme de nada; mas este excelente propósito desapareció al ver una régia y reluciente carretela y reclinado en ella con la indolencia de un Nábab á un sugeto que en 1868 y en el Hotel San Carlos, me había pedido una peseta para comer.

—Ese?—repuso el mesero Atanasio anticipándose á mi pregunta—pues es el Dr. F.

—Ah! según veo debe tener numerosos enfermos.

—Cáspita: todos los contribuyentes del

Distrito Federal son sus pacientes.

Y esa original procesion de mendigos encochados, continuó hasta la una de la tarde, y ya estaba por levantarme cuando otro vistoso carruaje se detuvo á la puerta de la Concordia, bajando de él, con lentes y diplomático talante, un abarrotero que en 1869 despachaba tlacos de Manteca en un tenducho del callejon de Salsipuedes. ¡ Por los clavos de Barrabás ! ¿ me habré vuelto loco con la monomanía de riquezas ? Atanasio !

— Señor

— Qué ciudad es esta en donde me hallo ?

— México, señor, quiere usted que le traiga una taza de Café negro ? No hay cosa mejor para bajar los humos del vino.

¡ El infeliz ! me cree bebido !

— Atanasio— volví á decir— ¿ como se llama ese distinguido caballero de patillas que acaba de entrar ?

— Don G., especulador en bonos de la Deuda, dueño de un periódico y amigo íntimo del Ministro X.

¡ Ayer tenderillo y hoy millonario !

Al salir y por temor de ser atropellado

por algun rico de los nuevos, me metí en un coche dirigiéndome á mi habitacion. Llamé al hotelero y tuve con él una larga entrevista, de la que resultó que hiciera nuevo inventario de los regalos que había traído, pues era tan larga la lista de personajes, que hubiera necesitado, para contentar á todos, fletar un buque.

—Para ganar plata—dije al hotelero—no hay país como México.

—Y para gastarla, Sr. Camonina, no hay como París.

CAPITULO XVII

Nadar entre dos Aguas - - Belen - - Expiacion - - Vuelvo a Francia - - En Pos de la Bella Elena.

El México de mis ideales había adquirido por fin forma tangible: á las proclamas, motines y tiritos, habían sucedido los bonos de la deuda extranjera, los organizados sindicatos y los golpes de especulacion. Además, las casas de juego, por las cuales yo siempre había abogado, se hallaban en toda su privanza, y aquel de mis paisanos que no pensaba en un as de bastos, de seguro pensaba en un contrato financiero. Por virtud de esa benéfica evolucion en nuestras costumbres é ideas, hallé á gobernantes y

gobernados en la fraternidad más envidiable, aquellos cobrando y estos pagando los impuestos. En un centro así transformado, las labores de mi rehabilitación no fueron difíciles: cada regalo me atrajo un amigo, cada amigo, una indulgente tolerancia.

El viejo L. que se había adueñado de medio México con los negocios de Manos Muertas, me dijo una vez estrechándome las dos manos:

—Quien se acuerda de lo pasado, Señor Camonina? Estoy por decirle que usted fué nuestro Precursor....

Lo único que mis paisanos no querían olvidar era lo del marquesado, pero en lugar de sentirse ofendidos por mi aristocrática superioridad, diéronse á reír de mi título, y á los más burlones tenía yo que asilenciarlos con un banquete. Me manejé con tal atingencia que á los seis meses de haber residido en la capital tenía de amigos, desde al granuja que vocea los periódicos, hasta el ministro que los lee y subvenciona.

Hubo algunos que me tratarán con frialdad, entre estos un abogado á quien llamaban

Cristo de Marfil y que se opuso á que yo ingresara como miembro del Jockey Club. Lo supe por conducto del jóven A. T. que era, y aun continua siendo, el Boletin Ambulante de esa distinguida Asociacion.

Ese desaire no me lastimó, sencillamente por provenir de una persona cuyo padre había sido contrabandista y pirata en el Golfo de Cortéz, y aunque en Culiacan conocían á mi Papá con el nombre de Caramocha, digo y sostengo que él no tenía cola que le pisáran.

Por esos días había llegado á México Mauricio Grau con una compaña de opera francesa, inagurando la temporada de doce funciones con la opera *Mignon*. Fui de los primeros en abonarme y durante el primer acto noté que muchos de los auditores afocaban sus gemelos en mi direccion. Al finalizar el acto salí al vestibulo y allí me encontré con mi amigo Pepe Echeverria (Pistache), quien me dijo, apretándome cordialmente la mano :

—Camonina, esta mañana aprehendieron en Cuautitlan á Rosalío el célebre asesino de

Bola Dura.

La emoción que sentí no puedo explicarla, y si fuera dable fotografiar las sensaciones, la negativa de las mias habrían reflejado un arco-iris engarzando en sus prismas la imagen de un Camonina inocente y mártir de la calumnia.

* ** *

El lector me disculpará que al llegar al memorable episodio que sigue, ceda la palabra al Licenciado P. quien me dirigió la epístola que á continuación reproduzco :

“Cárcel de Belen, Marzo de 188.... Durante el curso del proceso, Rosalío no perdió por un solo instante la serenidad y el aplomo, y hasta lo último mantuvo que era inocente. En vano el Juez de lo Criminal que instruyó la causa trató repetidas veces de hacerlo que confesára, llegando hasta prometerle que de hacerlo, el Presidente le concedería el indulto. Cuando se le notificó que los recursos de amparo é indulto le habian sido denegados, diciéndole que se preparara para lo inevitable, ni siquiera palideció, contentándose con decir que no se había fundido

todavía la bala con que lo habían de matar. El Sr. Juez dijo al Alcaide que tenía la esperanza de que el reo declarara al ponérsele en capilla, mas yo fui de distinto parecer, pues habiendo tenido oportunidades de estudiar detenidamente el carácter del criminal, y á veces sin que él me viera, formulé mis conclusiones por la negativa. Y no es que el reo haya sido un tipo de homicida anormal y extraordinaria composición fisiológica, sino que, según mis deducciones, alimentó hasta lo último la ilusión de que alguien le salvaría la vida aún en el sitio mismo del patíbulo. ¿Quién es el simbolo X de esa incógnita? Porque el día en que Rosalío fué puesto en capilla, lejos de acuitarse, comió con voráz apetito, durmió con la tranquilidad de un niño, y rió, se estuvo bromeando con el Alcaide y los carceleros. La vispera de la ejecución, dos de los presos que fueron á adornar el altar fueron ayudados en la tarea por el condenado, quien les refirió sus impresiones de Francia con ese estilo gráfico y original propio de las gentes de nuestro

pueblo. Hoy á las cinco de la mañana el Alcaide fué á despertarle diciéndole que la hora de la ejecucion habia sonado. —¿Qué hora es? preguntó restregándose los ojos é incorporándose en el petate que le servía de cama. —Las cinco! repitió el Alcaide con voz solemne. En esto llegó un preso trayéndole el desayuno, del que gustó hasta la última migaja. Luego pidió una copa de cognac, que tambien le fué servida. Despues procedió á ponerse la chaqueta y ya vestido, se le acercó el Padre B. rogándole se arrodillára por algunos momentos, lo que él rehusó obstinadamente, por más que el sacerdote le diéra el ejemplo posternándose. —¡Vamos! dijo entónces el oficial de guardia, que con la espada desenvainada permanecía á mi lado. —A la hora que usted guste, jefecito—contestó Rosalío terciándose garbosamente el zarape. El Padre se adelantó con un crucifijo en la mano implorando al sentenciado que lo asiera con las dos manos y no lo soltára hasta el último instante. —Ven-ga! exclamó él recibéndolo—Cristó fué un hombre, murió como los hombres! El Juez

volvió á interrogarle de si no tenía cómplices, á lo que contestó que aun cuando los tuviera él nunca se *rajaria*. El oficial embrazó la espada y el preso, seguido del Capellán, Juez, Alcaide y dos carceleros, salió de bartolina entrando en una doble línea de soldados. Mas al verme retrocedió un paso apostrofándome en estos términos :—“¿ Está usted contento por lo que ha hecho, Licenciado ?” La silenciosa y lúgubre comitiva se encaminó por los sombríos corredores de Belen, alumbrada por los oblicuos rayos de las linternas de gendarmes y carceleros, rayos que al danzar en las amarillentas paredes reproducian disformes siluetas, que se aplaban, estiraban y movían cual procesion de sombras chinescas. De las galeras interiores partían los cánticos de los presos, un Miserere brotado de los antros del crimen, de notas estridentes y harmonía salvaje, protestas rítmicas más bien que himnos de agonizantes. Pasamos tres rejas de macizo hierro y entramos por fin al gran patio destinado á las ejecuciones. La luz lívida de la mañana daba á los semblantes tintes cadavéricos : el

canto de los gallos se oía á lo léjos, y las estrellas, más y más pálidas y borrosas, se engolfaban en los ábismos de azul y grana. Rosalío salió del cuadro y doblando el zarape se arrodilló, en tanto que el capellan le exhortaba á bien morir. Un sargento salió de las filas para vendar al reo, mas este, anticipándose, se vendó asimismo. Los soldados enfilaron, el oficial levantó la espada, y diez simultáneas detonaciones vibraron en la callada brisa matinal. El ajusticiado cayó boca abajo, y luego un soldado, aplicando el cañon del rifle en el oído, le disparó el tiro de gracia. Dos médicos se aproximaron y despues de examinarle, declararon que estaba bien muerto, levantando el acta respectiva, cuya copia tengo el gusto de adjuntarle. —De usted amigo afmo. y S. S., P.”

Ese día me exhibí por todas partes, pues la espada de Damocles que por tanto tiempo, habia amenazado algo más sagrado que mi vida, mi reputacion, habia caído á mis pies despedazándose en mil fragmentos!

* * *

Empéero, á bordo del vapor que me condu-

jo de regreso á Francia experimenté medrosas alucinaciones, que me privaron del sueño las primeras noches de la travesía. Fué al siguiente día de haberme embarcado y pasó de esta manera: huyendo, á consecuencia del maréo, de los olores culinarios que se desprendían del comedor, subí á cubierta, tendiéndome, del lado de estribor, en un una de esas sillas de lona que lomismo sirven de hamacas que de asiento. La noche, perfumada con las brisas del Golfo, convidaba á la meditacion y al sueño y bien pronto lánguido sopor embargó mis fatigados sentidos. Cuando desperté la noche había ennegrecido y reinaba en torno de mí el silencio más profundo. Las manecillas de mi reloj apuntaban las doce, hora en que la mayor parte de los pasajeros se habían retirado á sus camarotes. Por una especie de atracción que no me explico, irresistible y magnética miré hacia el mar, cuya hinchada superficie estruendosa palpitaba. Al espumear las olas dejaban estelas fosforescentes, las que se descomponian en múltiples y caprichosas formas. Fascinado por ese espectáculo de soberana

belleza, la perspectiva se concentró en un solo punto, y allí, del seno luminoso, surgieron dos formas, al principio indefinidas y vágas, mas luego—Dios mio!—definidas y humanas, la una, con las facciones del Licenciado Bola Dura, la otra, con las de Rosalío, claramente dibujadas como al través de un lienzo transparente!

Cerré los ojos y con esfuerzo me levanté y trasudando en frío, bajé á la sala á consultar con el Doctor de á bordo.

—Cálmese usted, Sr. Marqués—me dijo el médico sonriendo—es un efecto del mareo sobre los nervios. En el océano son muy comunes las ilusiones de óptica, aun en los mismos marineros, acostumbrados como estan á ese elemento. Hay personas que creen ver Sirenas, otrasserpientes, algunas, siluetas de castillos almenados y yo viajé una vez con un escéntrico comerciante de Jamaica que por la noche y en la cresta de las olas se le figuraba ver á su suegra. En otro viaje una criolla de la Martinica se echó de cabeza al mar, pues padecía la alucinacion de que la madre, que había muerto, le tendía los brazos lla-

mándola hacia el abismo. Es un fenómeno muy frecuente, Sr. Marqués, y voy á prepararle á usted, para que se le aquieten los nervios, una dosis de cloral.

.

Al llegar á París encontré mi palacio convertido en una sucursal de la cámara de Diputados, pues Tony pasaba los días en la agradable sociedad de algunos de sus colegas y como los diputados franceses son excelentes catadores y las bodegas de mi casa se hallaban repletas de vinos, tienen ustedes que los criados ya no hayaban qué hacer con tantas botellas vacías, las que formaban verdaderas pirámides, tan grandes como las de Cholula, en el interior.

También la servidumbre, en mi ausencia, no había subsistido precisamente de *soupe maigre*, pues al entrar sorprendí á mis criados y á todos los criados de la Avenida Hoche, cenando opíparamente á costillas mías, y en poco estuvo que no me acalabrara de rabia al ver mi Borgosa del año 1812 escanciado con mano pródiga por los tunantes lacayos.

—¡ Tony !

—¡ Coronel !

Narré á mi amigo mis aventuras, mis impresiones de viaje, el fin trágico de Rosalío, y por último, mis proyectos de dejar París y radicarme en México.

Al escucharme, oscurecióse el semblante de Revillon, meditó, como él tenia de costumbre, alisándose el cabello.

—No hay que entristecerse, Tony, pues si me ausento será solo temporalmente; además, para hacer dinero no hay como México, pues mi país evoluciona.

—Qué ?

—Evo-lu-cio-na !

—Diablo ! qué quiere decir eso ?

—Es muy sencilla la explicacion: ¿ qué diría usted por ejemplo, si los traperos Bijou y el Père la Gloire, resultaran mañana con carruajes y palacios ?

—Diría que esos *chiffonniers* han encontrado una mina. Pero eso es imposible en París.

—Pero en México todo es posible, y en mi país ese milagro se llama *evolucion*. ¿ Quiere venir á evolucionar conmigo allá donde

florece el maguey ?

Pero Tony se había reservado para los postres una noticia que me hizo olvidar, de pronto, mis proyectos de regreso á México y fué esta :

¿ —Sabe usted, Marqués, que la linda y espiritual rusa, Madama Elena Y. de Y. acaba de enviudar ? Ahí hay una oportunidad de evolucionar.

—Cómo, ha muerto mi paisano F. ?

—Hace ocho días.

CAPITULO XVIII

Desilusiones - - Una Orgia de Ramon Karakes - - Adios Paris ! - - Mar Sin Orillas.

La viuda Elena vivía dos cuabras léjos de mi palacial morada, pero con motivo de estar de luto por la muerte de F., solo se la veía en la Iglesia de la Madeleine á la hora de la misa y los domingos en el Cementerio del Péro-la-Chaise. Yo la seguía hasta la una y el otro, mas Revillon observó que era de muy mal tono el seguir haciéndolo, y lo mejor sería que yo fuera directamente á la casa cualquier día.

—*C' est a se donner au diable!*—exclamó mi amigo vaciando de un trago la copa de champaña—Marqués, en interés de usted me he

informado de la vida íntima que la bella E. y su marido llevaban, sacando en limpio que ella se había casado sin amor y más bien lo hizo por obedecer al viejo diplomático Sr. M. Y cuando la esposa comenzó á manifestar cierto cariño por el esposo, este mató esos gérmenes de amor al vivir abiertamente con una tal Ernestina, una *demoiselle mannequin* que estaba empleada en los talleres de Monsieur Pingat. Sé que E. es muy religiosa y la única manera de cautivarla será por medio de la religion. Ea, Marqués, aquí de la estrategia clericalista.

Púseme desde luego en campaña y fuíme á los Almacenes del Louvre y allí compré algunas reliquias espúreas, lomismo que varias condecoraciones del mismo jaez, que en ese afamado establecimiento uno compra cuanto desea. Armado con esos objetos me dirigí á la mansion de Madama Y. y pasé mi tarjeta con el lacayo, quien á poco volvió introduciéndome á una salita de recibo. Y á los cinco minutos entró la viuda, alta, esbelta, blanca y de ojos azules y de melancólica expresion.

—Señora—comencé—me he permitido el venir á darle el pésame, sin las fórmulas de una presentacion, porque F. y yo éramos amigos inseparables.

—Es extraño, él nunca me lo dijo, y solamente mencionaba el nombre de usted al tratar de negocios.

—Nunca ? usted me apena y me sorprende, Madama. Pero no importa, yo tambien, como usted, soy viudo, me hallo inconsolable y he encontrado un lenitivo en la Religion. He ido á pedir la bendiccion al Papa y en busca de consuelo visité las capitales de Europa. Vea usted, Madama—continué—aquí tiene usted esta condecoracion que me dió Pancho José.....

—Quien es Pancho José ?

—Pues quién ha de ser ? El Emperador de Austria, Madama, ni más ni menos; él me suplicó que le llamara Pepe ó Pancho cuando nos halláramos á solas. Y sabe usted por qué ? pues es historia breve de contar. Diez minutos ántes de que mi Emperador Maximiliano fué fusilado, me mandó llamar y me dijo:

—Coronel, si alguna vez sale usted con vida de este país de bárbaros, hágame favor de ir á Viena y entregar á mi hermano Francisco José esto que le voy á dar.—El Emperador sacó entonces unas tijeritas cortándose un pedazo de las patillas, me lo dió, y yo envolví la reliquia en un papel de cartucho y más tarde se la presenté en propia mano á mi amigo Pancho el de Austria.

En tanto que me escuchaba, observé que la hermosa y espiritual rusa leía y releía la tarjetá que yo había dado al lacayo, mirándome y remirándome á hurtadillas, hasta que al fin dijo con cierta vacilacion.

—Dispéñseme, mas yo imaginaba que usted fuera un hombre más viejo y sério, y solterón además por lo que me había dado á entender F. ¿Piensa usted permanecer largo tiempo en París?

Aquí de las flechas de Cupido! pensé al instante levantando los ojos como el gallo de estaca que vé á la distancia una gallina; luego llevé la mano al corazon replicando osadamente:

—Eso depende de usted, divina Señora!

—De mí? le ruego que se explique, Sr. Cuevas.

—Cuevas! Madama, usted sufre lamentable equivocacion, mi nombre es Jorge Camonina, ex-Coronel del Regimiento de Lanceiros de la Emperatriz.

Madama Y. se quedó como petrificada, en seguida se puso de pié, retrocediendo, y luego exclamó con cierto temblorcillo en los labios:

Entónces no es usted Don Félix Cuevas, de México?

—Ya he tenido la honra de decir mi nombre, y me mortifica que residiendo á dos cuadras de esta morada, no tenga el privilegio de ser conocido por usted. Puedo preguntarle por qué me confunde usted con ese señor Cuevas?

—Por esta tarjeta—respondió la interesante viuda, dejándola caer, sin tocar mis dedos, de sus manos á las mías.

Oprimió luego un boton eléctrico, y al momento se presentó un lacayo á quien dijo:

—Conduzca usted á Monsieur fuera de la casa!

Y al decir esto desapareció lanzándome una mirada de terror y repugnancia, cual si yo hubiere sido un venenoso reptil.

* * *

—Bonsoir, Monsieur le Marquis, qué dice la viudita, evoluciona ?

Transitaba yo en esos momentos á lo largo del Boulevard Montmartre de un humor negro, y la vista del *viveur* Revillon, en lugar de calmarme como en otras veces, amohinó más mi flatulenta vena.

—Diantre ! Solo digo que si tuviera dinamita haría volar la Avenida Hoche desde el Parque Monceau hasta el Arco de Triunfo ! Tony, la viuda me arrojó de la casa cual si yo fuera un pordiosero !

Mi oportunista amigo invitome á que entráramos al Café *du Helder*, y entre platillo y platillo le contára lo que había sucedido, concluyendo por decir que si la afrenta me hubiera sido hecha por un hombre él ó yo habríamos dejado de existir.

—Coronel, me permite usted llamar á mi abogado consultor ?

—¿ Cual es su nombre ?

—La encantadora viuda Clicquot !

Y sin esperar á que yo le respondiéra, pidió al *garçon* dos botellas de champaña, y en los momentos en que este volvía triunfante con ellas, tres detonaciones sucesivas hicieron retemblar el gabinete donde nos hallábamos, y al sonar de puertas y ruido de pasos precipitados, sucedieron gritos de ira, palabras suplicantes, batahóla, risas estrepitosas y cuchicheos.

Revillon, que en su carácter de diputado se mezclaba impunemente en todos los escandalitos y querellas de boulevard, dejó la mesa y salió corriendo hacia los pasillos, siguiéndole yo por la curiosidad de saber lo que acontecía. En el interior, el Café Helder tiene un pabellon con dos lineas de saloncitos que al unirse forman un ángulo agudo, y el vértice lo compone un largo gabinete *particulier* destinado á los amantes clandestinos que desean cenar *tete a tete*. Tiene más de *boudoir* que de sala privada, y en todo el café es el mejor amueblado y el más caro, y de ordinario lo ocupan príncipes rusos ó *demi-mondaines* á la moda. El ruido pro-

venía de ese departamento, y hacia él nos dirigimos en compañía de Monsieur Segliere, dueño del café y que nosotros conocíamos. Un grupo de meseros y parroquianos se agolpaba á la puerta, así como dos gendarmes.

Esta se abrió despues de repetidos golpes, y al abrirse, el humo de la pólvora salió flotando en espirales del interior; adentro, un hombre alto, bien vestido y de complexion alcoholizada, reía como un idiota agitando en la mano derecha un pequeño revolver. Cerca de él y acurrucada en un lujoso confidente, pálida y temblorosa, estaba la cortesana M. G., la que al vernos, se arrojó en los brazos de M. Segliere sollozando:

—Libradme de ese loco!

La alfombra se hallaba cubierta con fragmentos de espejos, de ricas porcelanas y otros costosos bibelotes.

—Por Júpiter!—exclamó Revillon tocándome el hombre—ese *fou* es Monsieur Ramón Karakés, paisano de usted, y á lo que parece víctima de un ataque de *delirium tremens*.

Y con la oficiosidad que era característica

en mi amigo, habló con el restaurateur explicándole quien era el ilustre energúmeno, mas éste no quería oír razones, y decía que sus espejos, salvagemente acribillados á balazos y otros objetos de bric á brac, habian costado 50 mil francos y hasta tanto que no se le firmára un pagaré, él consignaría el loco á la policia. Pero Tony le disuadió diciéndole que todo se arreglaría, y llamando un coche condujo al epiléptico Karakés á su palacio de la Avenida Kleber.

* * *

Decepcionado de París y de los parisienses, me embarqué el 18 de Febrero de 188--, en el vapor *Egle* que ese día salía del puerto de San Nazario para Veracruz. Un mes antes de partir vendí mis propiedades y visité por última vez el Père-la-Chaise cubriendo de violetas el mausoleo donde Soledad duerme el eterno sueño.

Tony fué á acompañarme hasta el embarcadero, y cuando el *Egle* levó anclas, partieron dos sollozantes gritos:

—Adieu, Coronel !

—Adieu, Revillon, adieu !

De pié, erecto, irreprochablemente vestido, con el blanco pañuelo en los ojos, la silueta del diputado oportunista fué la última que permaneció en los muelles, y cuando la tierra de Francia se hubo perdido de vista, bajé apresuradamente á mi Camarote.

El mar siempre me ha inspirado indefinibles terrores y ahora que voy navegando me asaltan presentimientos de catástrofe, de muerte cercana, trágica, inexorable. Dominado por ellos me puse á escribir estas *Memorias* desde el primir día de la jornada, para que si algo desastrado me pasa, sean publicadas para escarmiento de mis jóvenes compatriotas.

Anoche fuí víctima de una infernal pesadilla, que aún al recordarla y ahora que escribo de ella, me causa estremecimientos y calosfrío. Soñé que estaba en México, gozando de mis riquezas y de favoritismo, cuando derrepente y estando en mi lecho, una mano abrió el cortinaje, apareciendo luego la cabeza desgreñada y sangrienta de Rosalío; en los dientes asomaba la hoja de un cuchillo. Yo quería gritar, defenderme,

coger mi revolver que siempre dejo bajo mi almohada ; mas todo en vano ! una inercia de plomo me tenía sujeto á la cama, y si podía mover los lábios, me era imposible articular sonidos. Quedéme, pues, sin mover y con los ojos abiertos por el espanto. Entónces la odiosa aparicion avanzó, y con sardónica sonrisa me asió de un brazo, y acercando los agudos y blancos dientes á mi muñeca, mordióme con ferocidad de lobo rabioso, inoculando virus en mi sangre....

—Monsieur, Monsieur, qué tiene usted ?

Y á los sacudimientos del muchacho marsellés que aseaba mi camarote, desperté horrorizado.

Esta noche dormiré sobre cubierta, pues prefiero ver á los espíritus cabalgando en las olas, y no verlos aquí encerrado danzando á mi rededor.

¡ Dios mio ! ¿ es este un mar sin orillas ?

.....

.....

.....

EPILOGO.

*Narracion de Monsieur Jean Lefevre,
Capitan del vapor "Egle," certificada por el
Consul de Francia en la Habana.*

El *Egle* se hizo al vapor en San Nazario el 1 de Febrero y al dejar la desembocadura del Loira y remontarnos á alta mar, comenzó á soplar un viento de norueste que yo aproveché mandando desplegar las velas mayores.

En el vapor venían 150 pasajeros, cuarenta de gabinete ó de primera, y el resto de entrepunte ó de segunda. Entre los primeros se contaba un Monsieur Jorge Camonina, persona acomodada si debo juzgar por el número de baúles que traía y el camarote que ocupaba, que es el más lujoso de estribor. Desde los primeros dias de navegacion ese singular viajero despertó mi curiosidad, pues en vez de salir como los demás sobre cubierta, permanecía encerrado y en el aislamiento aún á las horas más calurosas del dia. A no dudarlo pasaba el tiempo en escribir, porque Monsieur Armando, el mayordomo, me dijo que le había pedido tinta y papel. Una

noche el misterioso señor llamó á la puerta de mi camarote y sentándose sin ceremonia, me suplicó le mandara poner una hamaca sobre cubierta y del lado de próa, pues rumores extraños y lamentos que parecían salir del casco del buque, le habían quitado el sueño toda la noche. Procurando tranquilizarle, pues me parecía muy agitado, hícele ver que esos ruidos eran naturales en cualquiera embarcacion, que el crugir del maderámen, las pulsaciones de la maquinaria y el silbido del viento, todo combinado, producen sonidos al parecer supernaturales, y que la mejor medicina para esa clase de imaginaciones era una botella de coñac. Mas habiendo insistido en su súplica, le manifesté que la disciplina de á bordo prohibía esa clase de privilegios.

—Pero usted no puede impedir el que yo pase la noche sobre cubierta, sentado ó andando.

—De ningun modo, pero es mejor que siga mi consejo y se vaya tranquilamente á dormir.

· Brindéle con una copa de madeira que él

aceptó yendose más calmado.

En la aparicencia, era un hombre como de sesenta años, regordete, más bien de baja que de alta estatura, ojos grandes y cafés, bigote negro y copioso y dientes blancos que enseñaba en un continuo *ricaner*. Si no hubiera sido por la estereotipada *ris moqueur* que no dejaba sus labios, hubiera pasado por persona agradable.

Informé al Doctor Merle de la conversacion que había tenido con Monsieur Camonina, y él me dijo que en los ocho años que tenía de navegar en el Atlántico de las costas de Francia al Mar Caribe, se le habían presentado casos análogos, principalmente en individuos de temperamento nervioso; no obstante, me prometió, por mera curiosidad profesional, el ir á ver al pasajero, lo que hizo al momento prometiéndome reunirse conmigo en el comedor.

Antes de bajar al comedor á tomar mi ponche á *l'anglaise*, me dirigí, con antejo en mano, al castillo de proá. Serian las diez de la noche, una de esas noches sofocantes del mar Caribe que se experimentan cuando las

brisas del Golfo duermen en el seno mexicano. Hacia el Occidente se formaban grandes acumulaciones sirrosas, y el océano, que por el día había estado en calma profunda, daba señales de sorda y magestuosa agitación. Consulté el barómetro y noté que descendía; y convencido de que no llegaría la madrugada sin que no tuviéramos un chubasco encima, ordené al maquinista aumentara la presión y dicté otras disposiciones para que pudiéramos salir á tiempo del radio de la tempestad que amenazaba descargarse.

Nos encontrábamos en 34° 29' latitud Norte y 60-19 longitud Poniente, y hacíamos 18 nudos marítimos por hora.

En el comedor se me reunió el Doctor Merle, y al verle, observé que su semblante, de ordinario festivo, tenía cierto aspecto de seriedad.

—Habeis visto á nuestro espantadizo viajero? le pregunté.

—Capitan Lefevre—me respondió—ese infortunado padece de un desórden mental que vá siendo muy comun en los grandes centros de civilizacion. En lo físico, él es tan sano

y fuerte como lo puede ser usted y más que yo; pero en lo moral es un enfermo que requiere atención y cuidado.

—Pero de que padece?

—Del delirio de la persecucion en la forma más peligrosa por ser incurable: él teme, no la violencia física, sino la impalpable del mundo de los espíritus. Le acabo de dar una pequeña dosis de morfina, mas como es de robusta constitucion y me dice que tomó café negro en la comida, temo que el letargo sea de breve duracion. Procure usted, Capitan, el no dejarlo á solas, y sería prudente que un *matelot* estuviera constantemente á su lado.

Prometí al Doctor el hacerlo del momento y los dos subíamos á cubierta con ese objeto, cuando al llegar cerca de la escotilla de bauprés me senti empujado por una racha de viento. ¡El chubasco se nos echaba encima por sotavento! Del lado del Poniente se desprendían columnas de condensados vapores, y del cielo negro y tempestuoso, desgarrado por una incesante fulguracion, desprendíanse cataratas de lluvia. A pesar de la potente energía de la maquinaria y

velámen, el *Egle* se inclinaba de costado, corbeteaba y temblorosos espasmos le sacudían de popa á proa, y para mantenerse en pié era preciso asistirse de los objetos firmes para no ser arrebatado como una pluma por los desencadenados elementos. En esa hora suprema consagré mi atencion al gobierno del buque, olvidando, en el estrépito del océano y el vocerío de los tripulantes, la recomendacion que me había hecho el Doctor Merle momentos ántes. A las doce, la tormenta había llegado á toda su intensidad, y en los instantes en que yo me hallaba al pié del castillo de proa ayudando á los marinos á izar la vela de trinquete, distinguí al través de la espesa niebla que nos envolvía, la figura de un hombre que á toda carrera y dando gritos se dirigía por estribor, y saltando sobre la baranda se precipitaba al mar. . . .

—Hombre al agua! gritó la voz del timonel.

Mas ¡ ay! toda maniobra de salvamento era imposible en las garras mismas de la tempestad, así es que seguimos adelante, y hasta las tres de la mañana, que la tormenta se

alejó con rumbo á Barbados, pudimos descender bajo cubierta.

El desventurado suicida había sido Monsieur Jorge Camonina.

El Doctor Merle, el Contramaestre Leblanc y yo entrámos en el camarote que había ocupado: el interior se hallaba en el más completo desórden, sembrado el suelo de fotografías pisoteadas y papeles rotos. Sobre la mesa ardía la lámpara de aceite, y bajo cubierta sellada con lacre negro y una corona de Marqués, se leía lo siguiente: "*Memorias del Marques de San Basilsco.*" No encontramos ningunos valores, en numerario ó alhajas.

Y para que conste y en presencia de las personas arriba citadas, redacté la presente narracion que al calce aparece debidamente suscrita. Febrero de 189—

Jean Lefevre, Capitan del vapor *Egle*.

Doctor M. Merle, M. D. F. P.

J. Leblanc, Contramaestre.

En vista de la relacion anterior, y por la veracidad de los testimonios aducidos, debe

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>